



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

**FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
ACATLÁN**

**LA DEMOCRACIA ANTE EL RETO DE
LA GLOBALIZACIÓN.**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
**LICENCIADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y
ADMINISTRACIÓN PÚBLICA**

P R E S E N T A:
ELBA CHÁVEZ VIZUET

ASESOR: RODOLFO JIMÉNEZ GUZMÁN



NOVIEMBRE, 2005.

0349719



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Quiero empezar agradeciendo y dedicando este trabajo, a los pilares más fuertes que tengo, quienes me dieron las bases y la libertad con responsabilidad para ser quien soy: Daniel Chávez Díaz y Elba Vizuet Falcón, mis padres. Gracias por todo su apoyo, pues sé que sin ustedes no lo habría podido hacer del todo sola; gracias por la paciencia y comprensión, por acompañarme en este momento y mucho más, por ustedes.

Con mucho cariño, lo dedico a mi abuelita Rufina Falcón y agradezco su interés en la conclusión de esta etapa... así como a la memoria de mis abuelos Alfredo Vizuet, Eliseo Chávez y Nieves Díaz, quienes a su manera me dieron su cariño y hoy también a su manera, estarían orgullosos... Gracias por sus lecciones de vida.

A mis hermanas Maggy y Edith, aunque aún no sepamos por qué terminé siendo politóloga... cada una en su momento, sabiéndolo o no, me ayudaron y enseñaron a ser tenaz, Gracias.

A mi cuñado Ramón, por enseñarme que los sueños se pueden realizar con paciencia y esfuerzo, Gracias.

A mis sobrinos Ramón y Lisset, por recordarme la importancia de ser niño, por no dejar de maravillarme frente a cosas nuevas, Gracias.

A todos mis tíos y primos de ambas familias, comparto este logro, sin entrar en detalles, Gracias por todo.

Dicen que los últimos serán los primeros...y no menos importante por el contrario, a Paulo, quien ha sido fundamental en la realización de este trabajo, lo vio nacer y crecer junto conmigo, aún cuando ello significó sacrificar parte de nuestro tiempo, te tocó acompañarme en este andar y aguantar esa parte oscura, Gracias por tu comprensión, apoyo, paciencia... por estar en mi vida. Por tí, por mí, para Nosotros...

A la Máxima Casa de Estudios, a esta Facultad y a la carrera, que me han dado mucho más que una formación profesional, me permitieron un desarrollo integral en el área y sobre todo humano, desde hace más de nueve años, acepté con orgullo el compromiso de ser Universitaria...

Gracias a muchos maestro de la FES-Acatlán, por todas sus enseñanzas, no sólo teóricas o respecto a la carrera, sino de vida, algunos por mostrarnos lo que queríamos o podíamos ser, como de igual modo lo que no... por mostrar su lado humano y que no sólo en esta vida se es un cargo...

A la gente que ha sido parte del Programa Político, pues fue mi segunda casa, en distintas etapas a lo largo de cuatro años, hubo apoyo, confianza, respeto y trabajo en conjunto. Al Lic. Estévez, Lic. Mari Cruz Gómez, Profa. Mariana Ramos, Lic. Judith Romero, Mtra. Susana Cepeda, Lic. Arturo Hernández, Lic. Miguel Santillán, Lic. Víctor Rosales, también a Lupita, Laurita y Araceli, Gracias por todo...

Muy en especial, quiero dar las gracias y dedicar esta tesis a cinco personas que más allá del tiempo, la distancia o las circunstancias, alguna vez decidimos estar juntos, en las buenas y las malas, iniciamos juntos este andar de la licenciatura... Vane, Maga, Nacho, Joaquín y Miguel, porque también terminamos juntos la carrera y poco a poco vamos llegando a la meta, por ustedes y con ustedes, Gracias por lo que cada uno sembró en mí...

Pero hay más gente... cada uno dejó huella en mí y también son importantes para llegar a este momento: Daniel, Paloma, Consuelo, Lilian, Israel El "Ché", Dulce, Adriana, Vianney, Ubaldo, Vero, Julio César, Marco A. Flores... espero no haber olvidado a alguien, gracias por todo lo que compartimos, más allá de que nos fuera amena nuestra estancia, realmente compartimos ideas, sueños. incluso fuimos capaces de verlos consolidados, un gusto haberlos conocido...

Gracias a los sínodos, por dedicar un poquito de su tiempo a la revisión de esta tesis, por sus comentarios que fueron muy importantes y por lo que cada uno sembró en mí en las aulas:

Mtro. Manuel Martínez Justo, por su apoyo, confianza y sencillez...

Mtro. Enrique Bailleres Helguera, por enseñarme que todo es posible y por su compromiso con el gremio...

Lic. Ernesto González Tenorio, por presentarme a Castoriadis, ayudarme en esa primera búsqueda del tema y por su paciencia...

Lic. José Antonio Mendoza Aguirre, por su humildad en la docencia y enseñarme que las cosas no son tan difíciles como parecen, sólo es cuestión de constancia y trabajo...

Mención especial, es sin duda para el Maestro Rodolfo Jiménez Guzmán, no sólo por sus importantes observaciones, por la paciencia y dedicación para dirigir esta tesis... sino porque también me apoyó en el proyecto de la docencia, al permitirme dar clases con él y seguir aprendiendo; Gracias por la confianza, por regalarme un poquito de su tiempo, por seguirme enseñando, por recordarme que las cosas valen la pena cuando se hacen con pasión, por las pláticas tan amenas... le dedico este trabajo de reflexión crítica o de crítica reflexiva, pero 100% de Ciencia Política, que también es su pasión.

Hay un colega, aunque su formación fue en la Facultad de Ciencias Políticas, seguimos en contacto y hemos sido compañeros de reflexión, sarcasmo e incluso cómplices en "pasar tijera", también hemos compartido sueños y poco a poco los vamos realizando, dedicado a mi también amigo, Víctor Zúñiga Trejo, Gracias por las charlas de café y mucho más..

A quienes pusieron obstáculos en el camino, también les agradezco, pues me dieron grandes lecciones de vida, me ayudaron a perfeccionarme y crecer como ser humano, pues sin ustedes no habría sabido de todo lo que soy capaz de hacer y de cuan grande es mi fortaleza...

Í N D I C E

Introducción	3
Capítulo 1: Democracia	
1. 1.¿Qué es la Democracia?	9
1.2.Reglas y valores de la Democracia.	21
1.3.La Democracia y los retos del tiempo.	27
Conclusión	41
Capítulo 2: Globalización.	
2.1.¿Qué es la Globalización?	45
2.2.Modernidad y Globalización.	57
2.3. Cosmopolitanismo y Libre Mercado.	65
Conclusión	77
Capítulo 3: Democracia Autoritaria.	
3.1. Impacto de la Globalización en los Estados nacionales.	81
3.2. Decisiones de organismos internacionales ¿son democráticas?	86
3.3. Imposición del modelo democrático.	92
3.4.Retraso social y el bienestar que no llega.	97
Conclusión	104
Capítulo 4: Alternativas para una Democracia Amplia.	109
Conclusión	121
Conclusiones.	123
Bibliografía.	127

Introducción

En la actualidad, escuchamos en cualquier lugar y a cualquier persona, decir que vivimos en un mundo globalizado; de igual modo se habla respecto de la Democracia, vista como la mejor forma de gobierno, planteándose incluso como un elemento indispensable para el nuevo mundo en que vivimos. Ambas palabras repercuten en nuestra vida diaria en todos los ámbitos, se utilizan a diestra y siniestra, por lo cual parece innecesario cuestionar su significado, pensamos que se explican por sí mismas con el simple hecho de mencionarlas, sin embargo, no es así.

Particularmente las ciencias sociales, coinciden en decir que nos encontramos en una crisis ante la evolución tan acelerada del mundo, pues afecta directamente a la humanidad, en el ámbito individual como colectivo, en torno a la economía, al modo de hacer política, reflejándose en su cultura e ideología, principalmente.

Es por ello, que encuentro en la Ciencia Política las herramientas idóneas para hacer el cuestionamiento sobre cómo se vive hoy la Democracia ante la Globalización, pues es la disciplina que mejor puede entender y explicar no sólo las luchas de poder, sino todo lo que éstas implican de manera integral, tomando en cuenta aspectos económicos, culturales, etcétera, así como plantear la diversidad o inexistencia de escenarios.

Dentro de las múltiples ciencias sociales, que se han abocado a la tarea de investigar y tratar de dar un sentido y significado tanto a la Democracia, como a la Globalización, como parte del quehacer actual, podemos encontrar literatura muy vasta al respecto, donde por lo general, ésta tiende a dos escenarios: el primero de ellos, consiste en “hablar bien”, rescatando todas las bondades que ambas implican, ya sea juntas o por separado; y el segundo, que por cierto son los menos, presentar “lo malo”, tal como lo son los vicios, inconsistencias, contradicciones, etcétera, dicho de otra manera, se trata el tema de manera maniquea.

Por ello, el presente trabajo, va más allá de la postura maniquea, buscando rescatar lo mejor de la Democracia, más allá de las reglas o del procedimiento, recordando cuál es su fin último, sin caer en la utopía de igualdad, ante un mundo donde impera la desigualdad, ante el proceso inevitable de la Globalización, pues es necesaria su convivencia para alcanzar un equilibrio en todos los aspectos de la sociedad. Propiamente el acento está puesto en la Democracia, se cuestiona su pretendida universalidad, pues en una primera aproximación es válido pensar que se trata de un acto de imperialismo cultural de Occidente, como lo dice Huntington entre muchos otros; por lo que la Democracia se ha convertido en una imposición, contraponiéndose a sí misma un adjetivo que aunado al retraso social y la idea del bienestar que no llega, es compañera del nuevo orden mundial, del neoliberalismo, de la Globalización.

El mundo ha cambiado radicalmente, ya no es el mismo de la Posguerra, ha hecho sus efectos el entrar al siglo XXI, pues más allá de la configuración geopolítica, ha cambiado el pensamiento del hombre, sus costumbres, su cultura, la manera de relacionarse, su perspectiva del mundo, de lo que construye, de lo que sueña y de lo que espera, si es que aún espera algo, pues a raíz de la crisis que trajo como consecuencia la desaparición de la bipolaridad, también desapareció la fe del hombre respecto a un mundo mejor, en cierta medida el hombre se encuentra en un estado de letargo, donde parece que acepta con la mayor resignación o sin el menor cuestionamiento, cualquier discurso que se presente como la mejor o única opción viable para enfrentar los retos del “caos” respecto a este nuevo orden mundial.

Con base en lo anterior, la hipótesis de este trabajo es que la Globalización, se ha caracterizado por la toma de decisiones unilaterales, de un grupo conformado por las potencias a través y respaldadas por las instituciones financieras internacionales, dando lugar a un proceso que se opone a las características esenciales de la Democracia y su trabajo reproduce el sistema de dominación al persuadir a diferentes actores políticos de la pertinencia de su concepción democrática, legitimándose.

En este sentido, el presente trabajo tiene como finalidad estudiar y analizar la relación de la Democracia con la Globalización, explicando sus principales contradicciones y observando la forma en la cual, la Globalización impulsa una teoría-práctica democráticas que son opuestas al contenido real de esta última. Así como el reflexionar sobre alternativas más amplias de desarrollo democrático que suponen su dimensión exclusivamente procesal-electoral.

Con base en lo anterior, el capítulo uno aborda el tema de la Democracia, partiendo de su etimología y vista a través del tiempo, es decir, cómo evolucionó desde su nacimiento en la antigua Grecia, como un modo de consenso comunitario, hasta convertirse en un conjunto de reglas, un modo un tanto elaborado para saber cómo tomar decisiones, limitándose a veces, a ser entendida en un carácter institucional, normativo, con sus reglas y valores, reflejados en el ámbito de lo meramente electoral.

En el capítulo dos, de igual modo se hace una revisión respecto al término Globalización, desde las posturas que plantean su existencia desde el descubrimiento de América, hasta la idea de que se trata de un proceso en curso, que nació con la caída del Muro de Berlín, resultado de una crisis en todos los aspectos de la vida social del hombre, proceso que algunos consideran moderno o posmoderno, que impacta de manera inevitable en el individuo, llevándolo a un replanteamiento de sí mismo en sentido colectivo, donde busca redefinir su postura ante conceptos o ideas, como el de la modernidad misma, a pensar en el cosmopolitanismo y la manera en que repercute el libre mercado, no sólo como consumidor, sino en la manera que afecta el campo laboral.

El capítulo tres, aborda diversas posturas y problemáticas que han surgido a partir de unir en discurso a la Democracia con el proceso de la Globalización, se plantea así la crisis existente en los Estados, las sociedades y el individuo, ya que la razón de ser de los Estados nacionales, perdió sentido en cierta medida, a partir del nuevo orden mundial; en el ámbito económico, se dio quizá el cambio más significativo, pues al triunfar el capitalismo, algunos de los pocos países que

supieron aprovechar desde un inicio ese sistema, así como instituciones u organismos financieros internacionales, se encuentran hoy en condiciones de autoerigirse como líderes mundiales, protagonizan y marcan las pautas de dirección política, imponiendo como requisito a la Democracia, como garantía de desarrollo, riqueza y progreso, aún cuando ello signifique incumplir las promesas de bienestar y equidad.

Finalmente en el capítulo cuatro, se presenta un bosquejo y a su vez, una reflexión crítica, respecto a cómo se ha buscado replantear el papel e importancia de la Democracia, reestableciendo el funcionamiento entre sociedad y Estado, enfrentar el reto que implica hoy en día, hablar de Democracia, incluso llegando a la idea de radicalizarla, dar un paso adelante de verla como meras reglas o procedimientos electorales, sin hacer éstos a un lado, pues son importantes, más no bastan; sobre todo buscar su convivencia armónica dentro del inevitable proceso de la Globalización y sus consecuencias.

Más allá de las reflexiones a las que me haya conducido la presente investigación, es claro señalar que no se llega a la construcción de una verdad absoluta, que el tema aquí no se agota y que incluso, es una invitación a pensar qué es la Democracia en la actualidad, a preguntarnos si ¿en verdad la vivimos o sólo la idealizamos?, ya que abordo el tema de modo muy genérico, no me limito a hablar de un país en concreto o de algún proceso electoral, hablo en sí de la tendencia que sigue, de cómo su discurso viaja por todo el mundo, muchas veces sin el menor cuestionamiento al respecto. Tampoco se trata de mostrar una postura donde la Democracia parezca deplorable e incompetente, sólo quizá insuficiente frente a las necesidades de este mundo que no se había contemplado y que además cambia a pasos acelerados.

Capítulo 1 **Democracia**

“El Estado nacional, tal como había sido creado en Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia, y que era sobre todo un conjunto de mediaciones entre la unidad de la ley o la ciencia y la diversidad de las culturas, se disuelve en el mercado o a la inversa, se transforma en un nacionalismo identitario intolerante que desemboca en el escándalo de la purificación étnica y condena las minorías a la muerte, la deportación, la violencia o el exilio. Entre la economía globalizada y las culturas agresivamente encerradas en sí mismas y que proclaman un multiculturalismo absoluto cargado de rechazo al otro, el espacio político se fragmenta y la Democracia se degrada, o se reduce, en el mejor de los casos, a un mercado político relativamente abierto pero al que nadie tendrá el valor de defender, dado que no se deposita en él ninguna carga intelectual y afectiva”.

Alain Touraine. ¿Qué es la Democracia?

Capítulo 1

Democracia

1.1. ¿Qué es la Democracia?

La pregunta que da título a este apartado, no es nueva y a más de un teórico o estudioso de la Ciencia Política, ha servido para adentrarlo a una reflexión sobre el término, vertiéndola finalmente en todo un libro o cuando menos un ensayo, sin embargo, en la actualidad, implica todo un reto encontrar una respuesta concreta y que además concuerde con la realidad, situación poco sencilla, pues varias veces al día oímos y/o hablamos de la Democracia o palabras que se derivan de ésta (democrático(a), democráticamente, etcétera), llegando a ningunearla, hablando de ella a diestra y siniestra, sin la menor contemplación posible, dejándola a la deriva y que cada uno la interprete de la mejor manera o según le convenga.

Bien puedo iniciar un viaje por el tiempo, regresar a la antigua Grecia, a la etapa más intensa donde aparece la filosofía, se empiezan a escribir la historia, el teatro y la comedia, y también se piensa en política, entre muchas de las aportaciones se acuña el término *Democracia*, que etimológicamente significa *Demos*, pueblo y *Kratia*, gobierno o autoridad: *el gobierno del pueblo*, de todos los ciudadanos (cabe recordar que no se contemplaba a las mujeres, esclavos y extranjeros), tal definición corresponde a las primeras tipologías de gobierno, herencia de dos grandes pensadores: Platón y Aristóteles, de ahí que se aborde dentro de la teoría clásica, transmitida como teoría aristotélica.

Para Platón en su libro de "La República", las sociedades transitan permanentemente de una forma de gobierno a otra, de la Monarquía, la forma de gobierno del mejor hombre, decae en Tiranía, el gobierno de un solo hombre, pero ya no necesariamente el mejor, para defenderse de los abusos del tirano, se reúnen los mejores hombres para derrocarlo y establecen así la Aristocracia, sin embargo, la conspiración de los poderosos derroca a la Aristocracia y se forma la Timocracia (Oligarquía), pero las arbitrariedades obligan a que todo el pueblo se

una en contra de ellos y cuando ejercen el poder, se forma la Democracia, pero la extensión del poder en todos, trae como consecuencia contradicciones permanentes que sumen a la sociedad en la Anarquía, que logra salvarse con la aparición de un hombre virtuoso y capaz de reordenar a la sociedad y... el ciclo se volverá a repetir y el tiempo que dure cada forma de gobierno, se determinará por la cohesión de los ciudadanos y el mantenimiento de los valores morales colectivos (Platón, 1969).

Junto con las tipologías de gobierno, Platón entendió que el Estado guardaba estrecha relación con la división social, así como la complejidad de las actividades realizadas en la comunidad, propuso su famosa utopía, donde la República debería organizarse a través de tres clases de ciudadanos: la Clase de Bronce, compuesta por artesanos y comerciantes; la Clase de Plata, por los militares y la Clase de Oro, conformada por los filósofos. Así, Platón buscaba el gobierno de los mejores, a lo largo de la obra, elogia lo que es razonable respecto a lo que son simplemente impulsos de las pasiones, de ahí un tanto su carácter idealista, que presupone existen verdades anteriores a la voluntad, que deben determinar el comportamiento del hombre en sociedad. Para Platón, la Democracia era el gobierno de la mayoría que carecía de virtud, pues simplemente se anteponía a la calidad de los pocos, la cantidad de los mediocres.

Por su parte, Aristóteles, incorpora la tipología de las formas de gobierno de Platón, en su "Política", de una manera más realista, aunque plantea que la política debe perseguir el bien común, reconoce que ésta actúa dentro del marco de lo posible y no con relación a metas ideales o utópicas, el gobernante debe hacer aquello que ayude tanto al mantenimiento del poder como al bien público, en caso de conflicto entre ellos, siguiendo su teoría moral del punto medio (*aurea mediocritas*), plantea que el político debe buscar el equilibrio. Clasifica las formas de gobierno en puras e impuras, en las primeras están la Monarquía, la Aristocracia y la Democracia; dentro de las segundas y se corresponden con las anteriores, la Tiranía, la Oligarquía y la Anarquía, respectivamente. No propone un gobierno ideal, sin embargo, plantea cual puede ser la mejor forma de organizar el

poder para beneficio de las metas colectivas del Estado, mediante un gobierno mixto, quizá de manera simple plantea la división de poderes, pues señala que el poder de ejecución debe ser Monárquico, respecto a la impartición de justicia, opta por la Aristocracia y finalmente en asuntos relacionados con la administración, está de acuerdo con la Democracia (Aristóteles, 1968).

En el mundo griego, luego de distinguir las formas de gobierno, entre "buenas" y "malas", con base al criterio de legalidad o ilegalidad, resultaba, que la Democracia, era considerada, la menos "buena" de las formas buenas, pero también la menos "mala" de las formas malas.

Como se puede observar, se van haciendo modificaciones al pensamiento anterior y se van agregando pequeñas variantes, de acuerdo al contexto que cada cual va viviendo, un factor importante y que es herencia del pensamiento clásico, es la racionalidad, la cuál poco a poco, con el mismo desarrollo de la humanidad irá quedando en tela de juicio cada vez más.

Siguiendo en este viaje por el tiempo, podemos encontrar que, un tanto por lo que vislumbraban Platón y Aristóteles, o por lo que nos diría Vico hacia el siglo XVIII, sobre el *corso et ricorso* en la historia, o lo que plantearía la dialéctica sobre la historia, un avance en espiral, se cierran ciclos pero cada vez un nivel arriba... o por simple herencia romana, es en el medioevo donde se trastoca la Democracia, pues se anexa la idea de soberanía popular, la cual se entiende de modo descendente, donde el poder supremo derive del pueblo y sea representativo o derive del príncipe y sea transmitido por delegación del supremo al inferior.

Básicamente, fueron los juristas medievales quienes elaboraron la teoría de la soberanía popular, haciendo alusión a que la costumbre es la fuente del derecho, pues no sólo lo creaba con el voto, dando vida a las leyes, más bien, dando vida a las costumbres. Fuera cual fuera el efectivo detentador del poder soberano, la fuente originaria era siempre el pueblo, se distinguió entonces entre la titularidad y el ejercicio del poder; al mismo tiempo, se sostuvo, que donde el pueblo había transferido a otros el poder originario de hacer leyes, había

conservado siempre el poder de crear derecho mediante la costumbre; sin embargo, empezaron los choques entre los partidarios y adversarios de la soberanía popular, básicamente, sobre si la costumbre tenía o no la fuerza de abolir las leyes.

Cabe señalar, que no se debe confundir esta soberanía popular, con lo que siglos después plantearían los contractualistas, pues no todo el contractualismo es democrático, ni todo democraticismo es contractualista (Bobbio, 1986).

Posteriormente, durante el Renacimiento, entre los siglos XV y XVI, aparece un importante y trascendental personaje: Maquiavelo; en esta época, el hombre vuelve a tomar importancia, se recupera la idea de que actúa por sí mismo y no por reflejo de la voluntad divina, sin llegar a una ruptura con la tradición cristiana, sigue teniendo valor e importancia la Providencia, pero ya no es determinante, es uno de los factores en juego, pues el pensamiento renacentista es profundamente racionalista, y sería a partir de su inclinación por la historia y la política, lo que daría paso a lo que se conoce como teoría moderna o incluso teoría maquiavélica, emanada junto con el surgimiento del Estado moderno, en la condición de grandes monarquías y donde se tenían presente dos formas históricas de gobierno: Monarquía y República; se entendía la antigua Democracia como una forma de República, donde tienen origen los grandes ideales democráticos y republicanos, y el gobierno genuinamente popular, es llamado, antes que Democracia, República.

Maquiavelo dejó un gran legado para escritores radicales de los siglos XVII y XVIII hasta la Revolución Francesa, entendida en gran medida como contraposición al gobierno regio, como aquella forma de gobierno en la que el poder no estaba concentrado en las manos de uno solo, sino que estaba distribuido entre diversos grupos colegiados, algunas veces contradictorios entre sí, encontrándose así diversos rasgos que contribuyeron a formar parte del mosaico, de la Democracia moderna, definida como un régimen policrático.

Entre la diversidad de autores, destaca Montesquieu, quien también describe formas de gobierno: República, Monarquía, Despotismo; y en la República, contempla tanto la Democrática como la Aristocrática; pero al adentrarse al tema de los principios de todo gobierno, el propio de la República, su virtud, es el principio clásico de la Democracia y no de la Aristocracia.

Es Rousseau, considerado como el gran teórico de la Democracia moderna, en él coinciden perfectamente el ideal republicano y el democrático; es en "El Contrato Social", donde confluyen hasta fundirse la doctrina clásica de la soberanía popular, a quien compete mediante la formación de una voluntad general inalienable, indivisible e infalible, el poder de hacer las leyes, y el ideal, no menos clásico, pero renovado en la admiración por las instituciones de Ginebra, de la República, la doctrina contractualista del Estado, basado en el consenso y en la participación de todos, en la producción de las leyes y el ideal igualitario, que ha acompañado en la historia a la idea republicana erigida en contra de la desigualdad, heredada de los regímenes monárquicos y despóticos. El Estado que él construye es una Democracia, aunque prefiere llamarlo República, refiriéndose a la forma del Estado o del cuerpo político, considera a la Democracia como una de las tres posibles formas de gobierno de dicho cuerpo político que, o es una República o no es ni siquiera un Estado, sino, simplemente el dominio privado de algún poderoso que se ha apropiado de él y lo gobierna con la fuerza (Bobbio, 1986).

La sociedad se había edificado mediante el sistema de castas, apoyándose en la idea de que los hombres no nacen en forma alguna iguales, ya que nacen en el marco de un "Estado" que les delimita sus derechos y sus deberes, para el curso de toda su vida, por lo que las sociedades se caracterizaron por una diferencia de orden jurídico entre las personas, ya que dependía del nacimiento. Pero esta mentalidad fue socavada por la evolución económica e intelectual del "Estado llano", el de la burguesía; ésta había experimentado la revolución en su forma de pensar, antes de que comenzara su revolución política; la filosofía racionalista y la ciencia experimental, en el curso de la grandiosa evolución que

comenzó en el siglo XVI, habían sabido hacer triunfar el principio que afirmaría cada vez más radicalmente, de la supremacía exclusiva de la razón; que no tolera por encima de ella ninguna potencia celeste, y aún menos terrestre. Y cuando un Estado en su totalidad, el del trabajo creador, comenzó a hacer uso de su cerebro, la institución de los privilegios perdió progresivamente su ideal, capa jurídica, para aparecer en toda su desnudez con su forma verdadera: la de la fuerza. La burguesía, terminó por oponer a aquella fuerza, la suya propia, suprimió los privilegios y fundó un nuevo orden jurídico, en el cual todos los hombres, solemnemente, fueron proclamados iguales. "Libertad, Igualdad y Fraternidad", esta deslumbrante trinidad, no sólo colmó de admiración y entusiasmo al mundo entero, sino que parecía realmente inaugurar el reino moral de la humanidad, este reino al que se había aspirado a lo largo de los tiempos y que "debía ser", también el de la Democracia. "Todos los ciudadanos gozan de los mismos derechos", "todos son iguales ante la ley", "todos los hombres han nacido libres"... se pensó que al fin, se había abolido definitivamente todas las desigualdades e injusticias sociales que hasta entonces habían reinado entre los hombres.

Para que esta sociedad pudiera funcionar, se necesitaba un gobierno responsable, no arbitrario, el cual se estableció por acción revolucionaria: en Inglaterra en el siglo XVII y en Francia en el XVIII y XIX, y a través de una gran variedad de métodos, en la mayoría de los países occidentales durante esos mismos siglos.

Así, en gran medida, la mayor herencia que nos deja la filosofía liberal, que comenzó a desarrollarse en Europa desde finales del siglo XVII, es la idea de las Democracias Liberales, que en el siglo XIX, sería protagonista de múltiples debates y enfrentamientos entre dos doctrinas predominantes: liberalismo y socialismo. La primera, apela a la libertad individual respecto del Estado, a través de libertades políticas y civiles, por lo que la forma de Democracia compatible con el Estado Liberal, era la representativa o parlamentaria, donde la tarea de hacer leyes no importa a todo el pueblo reunido en asamblea, sino a unos cuantos, un cuerpo restringido de representantes elegidos por aquellos ciudadanos a quienes

se les reconocen sus derechos políticos. En términos muy generales, la Democracia en regímenes representativos, se desarrolla en dos direcciones: ampliar de modo gradual el derecho de voto y multiplicar los órganos representativos.

Por su parte, el socialismo entiende de otra manera el proceso de democratización del Estado, empezando por considerar el sufragio universal, como punto de partida de dicho proceso; además de que es necesaria una crítica de la democracia solamente representativa, y demandar la participación popular, que el control del poder desde la base se extienda de los órganos de decisión política a los de decisión económica, de la sociedad política a la sociedad civil; implicaba toda una labor de conciencia de clase, donde todos y cada uno de los actores, desarrollaran su papel.

Fue también, a principios del siglo XIX, cuando Alexis de Tocqueville realiza un viaje a los Estados Unidos de Norteamérica (1831), y a partir de lo que observa y de sus profundas reflexiones, hace historia dentro de la filosofía política con su obra "La Democracia en América"; en aquellos años buscaba comprender cuáles eran los beneficios y los riesgos que la Democracia podía traer consigo, ya que conociendo los primeros podría establecer una relación entre igualdad y libertad para el progreso humano; conociendo los segundos podría evitarse una Democracia sin libertad. En el primer tomo aborda la influencia de la Democracia en las instituciones y costumbres políticas de los norteamericanos; mientras que en el segundo, respecto a los sentimientos y opiniones. Lo que más llamó su atención durante su estancia en Estados Unidos, fue la igualdad de condiciones; pues ésta influye prodigiosamente sobre la sociedad, todo era influido por ella; para él, se trataba de algo universal, durable, que escapaba a la potestad humana y todos los acontecimientos, como todos los hombres, sirven para su desarrollo; todas las condiciones apuntaban en la misma dirección: el triunfo ineludible de la Democracia y la muerte de las sociedades aristocráticas. Veía a la Democracia como un hecho consumado, del que era necesario conocer sus peligros y excesos, buscando soluciones para que fuera útil; donde la igualdad de

condiciones no decayera en dictadura; ante los diversos peligros, es necesaria como antídoto, la libertad, ya que sin ésta, sería una tiranía.

Por la división y relación de poderes, Tocqueville, encuentra dos peligros para la supervivencia de la Democracia: la subordinación del Legislativo ante los caprichos del electorado y que queden concentrados en éste los demás poderes del gobierno. Sin embargo, encuentra que a través de los partidos políticos, las asociaciones y los periódicos, además de las libertades locales, como la autonomía de la comuna, son antídotos efectivos contra los excesos y peligros de la Democracia; pues cada uno de ellos, conduce la libertad que la igualdad de condiciones demanda.

Para él, la libertad se manifiesta en diversos tiempos y no es signo distintivo de la Democracia. Es la igualdad de condiciones lo propio de esta forma de gobierno. Los males que la libertad trae consigo son visibles para todos y algunas veces inmediatos. Los males de la Democracia, de la "extrema igualdad", se manifiestan poco a poco y no se les ve más que de tiempo en tiempo. Los bienes que produce la libertad no se descubren sino a la larga y no es fácil averiguar la causa que los produce. Los bienes que produce la igualdad son inmediatos para todos y se manifiestan en una multitud de pequeñas cosas. La libertad se consigue con mucho esfuerzo. La igualdad produce placeres que se ofrecen por sí solos; la idea de libertad implica movimiento y progreso; la ausencia de ésta, estancamiento (Suárez, 2001).

Luego de las confrontaciones, entre ambas corrientes (liberalismo y socialismo), y que se implantaran de modo simultáneo en el mundo, creando conflictos mayores, a finales del siglo XIX, habría una nueva crítica a la Democracia entendida en su sentido tradicional de doctrina de la soberanía popular, crítica basada científicamente, por los teóricos de las minorías gobernantes; Mosca y Pareto, consideran la soberanía como un ideal, que no corresponde de ninguna manera a la realidad de hecho, ya que siempre será una minoría de personas quienes detentan y ejercen el poder efectivo.

A principios del siglo XX, Schumpeter contraponen a la doctrina clásica de la Democracia, donde se dice, que ésta consiste en la realización del bien común a través de la voluntad general, él plantea una doctrina que toma en cuenta el resultado discutible de la teoría de las élites. Por ello, decía que, hay democracia donde hay diversos grupos que compiten entre sí, por la conquista del poder, mediante una lucha que tiene por objeto el voto popular.

Partiendo de esta visión, al hablar de competencia, se está hablando de liderazgo y se hace necesaria la presencia de más clases políticas, que para entrar a dicha competencia, tendrán que tomar en cuenta algunos aspectos, como su reclutamiento, es decir, la gente que conforme una clase política, obtenga su lugar por libre competencia, no por herencia o cooptación; su extensión, que no se trate de un grupo cerrado, restringido y que acapara todos los espacios de acción; por último sus fuentes del poder, es decir, la manera en que deberá ejercer el poder, con base a una delegación renovable periódicamente, basada en una declaración de confianza y mediante reglas bien establecidas, no en virtud de carisma o mediante la conquista violenta (Bobbio, 1986).

El siglo XX, fue un siglo rico en reflexiones respecto a la Democracia, por lo que resulta difícil, establecer un significado formal para ésta, sin embargo, una figura importante, dentro de la Ciencia Política, es Norberto Bobbio, quien nos dice qué puede deducirse que por Democracia; se ha entendido siempre, un método o un conjunto de reglas procesales para la constitución del gobierno y para la formación de las decisiones políticas, más que una determinada ideología. Es compatible, por un lado, con doctrinas diferentes en contenido ideológico; por otro, con una teoría, que en algunas de sus expresiones y en su motivación inicial, ha tenido un contenido netamente antidemocrático, precisamente porque siempre ha asumido un significado esencialmente procesal y no sustancial, aún cuando la aceptación de dichas reglas, presupone una orientación favorable a algunos valores, que a menudo, son considerados características del ideal democrático.

Hasta los años cuarenta, no existía división alguna entre la teoría normativa y empírica de la Democracia; poco a poco se dio la sensibilidad a la división entre lo ideal y lo real; así, la teoría normativa se aplica a, y explica, los ideales y valores de la Democracia; mientras que la teoría empírica se aplica a, y generaliza los hechos: cómo funcionan las Democracias y qué son en realidad. El problema esencial, es hasta qué punto y de qué manera, se realizan los valores, y si son realizables (Sartori, 1988).

Para el año de 1953, Robert Dahl junto con Charles Lindblom, utiliza la palabra *poliarquía*, que si bien, procede de un uso bastante antiguo cuyo significado etimológico es el de "muchos gobernantes", Dahl, lo refirió a las instituciones o procesos políticos de la Democracia representativa. En forma histórica, la poliarquía puede entenderse como una serie de instituciones que evolucionaron en gran medida, aunque no exclusivamente, como resultado de los movimientos tendientes a la democratización y liberalización de las instituciones políticas de las naciones-Estado. Se refiere a los principales procesos sociopolíticos que nos permiten acercarnos a la Democracia, aunque no a alcanzarla.

La poliarquía puede considerarse entonces como una serie de instituciones políticas necesarias para proporcionar un acercamiento positivo al proceso democrático; cuando el objetivo es su aplicación a gran escala, resulta necesario crear un nuevo complejo de instituciones que garanticen y protejan determinados derechos. Cada una de las instituciones de la poliarquía prescribe unos determinados derechos necesarios para la existencia de la institución misma (Dahl, 1984).

La transformación de un régimen hegemónico en otro más competitivo a través de la poliarquía, debe aumentar las oportunidades de participación y debate públicos y, por consiguiente, el número de individuos, grupos e intereses cuyas preferencias son tomadas en cuenta al ejercer el poder; lo cual exige atender a una serie de condiciones tales como el grado de concentración en el orden

socioeconómico, el nivel de desarrollo socioeconómico, las desigualdades, la segmentación cultural, el control extranjero y las creencias de los líderes políticos.

La poliarquía, puede entenderse como un sistema institucional de control político en el que los altos cargos del Estado se enfrentan al procedimiento de sustitución mediante elecciones populares (Orozco y Dávila, 2001).

Por su parte, Arend Lijphart, también mostró su preocupación no por el ideal de la Democracia, sino por el funcionamiento de lo que se aproximaba a tales ideales, distinguiendo así los regímenes con base a la mayor o menor fragmentación de la cultura política, la importancia de la variedad de instituciones formales e informales y las prácticas utilizadas para convertir las opciones del ciudadano en política de gobierno, asegurando también un gobierno responsable.

Se interesó por dos modelos diametralmente opuestos: el mayoritario y el de consenso, que indiscutiblemente modifican el comportamiento del régimen democrático; llegando a sugerir que la Democracia mayoritaria es particularmente apropiada para sociedades homogéneas a la vez que con ellas funciona mejor; mientras que la Democracia de consenso es más apropiada para sociedades plurales (Lijphart, 1999)

Giovanni Sartori, nos habla del cómo se entendió la Democracia, cómo trató de vivirse en la transición de la década del sesenta a la del setenta, la generación de la revolución estudiantil, se convenció de que la "Democracia real", sencillamente consistía en dar cada vez más poder a más y más gente; la Democracia no puede ser sencillamente el "poder del pueblo", porque éste es sólo un nombre abreviado de la expresión completa: "el poder del pueblo *sobre* el pueblo". El poder es una relación, y tener poder implica que alguien controla (de alguna manera y en cierta medida) a alguien. Además, el poder real es el poder que se ejerce. De modo que ¿cómo puede todo un pueblo ejercer poder sobre sí mismo?. No hay una respuesta clara a esta pregunta.

En forma parecida, la revolución cultural de los sesentas desarrolló la idea de que la auténtica Democracia, tenía que ser una "Democracia total" – Democracia en todo– y esto implica que la Democracia política debe ser complementada por la Democracia económica. Pareció fácil, porque el argumento simplemente requirió llevar a las fábricas, a las oficinas de la sociedad posindustrial, el mecanismo del autogobierno de la Democracia política. La dificultad que no se observó y que aún no se ha resuelto, fue que la Democracia económica, debía seguir siendo económica. Pero ciertamente, no hay ninguna respuesta fácil a la forma en que la toma de decisiones democrática se ajusta a los costos, a la productividad, a las utilidades, y a la sobrevivencia en los mercados mundiales competitivos.

Hemos dedicado todo nuestro ingenio a la ampliación de la "Democracia horizontal" y en el proceso no sólo hemos descuidado, sino asimismo, ridiculizado a la "Democracia vertical", lo que equivale a decir, que durante décadas, hemos olvidado e ignorado, que a final de cuentas, la Democracia es, y no puede evitar ser, un sistema de gobierno. Y cuando se descuida la función de gobierno, lo empeoramos e incluso ponemos en peligro su funcionamiento (Sartori, 2003).

Alain Touraine, está consciente de la crisis por la que transita actualmente la Democracia, por un lado, nos dice que el régimen democrático es la forma de vida política que da la mayor libertad al mayor número, que protege y reconoce la mayor diversidad posible; por el otro, distingue tres tipos de Democracia, el primero de ellos, da una importancia central a la limitación del poder del Estado mediante la ley y el reconocimiento de los derechos fundamentales. El segundo tipo, da la mayor importancia a la ciudadanía, a la Constitución o a las ideas morales o religiosas que aseguran la integración de la sociedad y dan fundamento sólido a las leyes; la Democracia progresa más por la voluntad de la igualdad, que por el deseo de la libertad. Por último, el tercer tipo insiste más en la representatividad social de los gobernantes y opone la Democracia, que defiende los intereses de las categorías populares, a la oligarquía, ya se asocie a ésta una

monarquía definida por la posesión de privilegios o bien de la propiedad del capital (Touraine, 2001).

Como se puede observar, se trata de una evolución bastante compleja del concepto de Democracia, implica mucho más que hablar simplemente del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, como alguna vez dijera Lincoln; a veces pareciera que la realidad supera a la idea y por ello se considera que atraviesa por una crisis. Fue a partir del modo en que se desarrolló la Democracia liberal y de las transformaciones que sufrió a lo largo del siglo XX, que actualmente predomina el entenderla como un conjunto de reglas y un juego abierto a la libre competencia entre partidos políticos, pero aún le pesa la ambivalencia entre lo real e ideal, por lo que se le han concedido una serie de valores o principios inconfundibles de ella, para así poder legitimarla e incluso darle el carácter de universal.

1.2. Reglas y valores de la Democracia

Como señalamos anteriormente, dentro de la teoría política contemporánea, de los países con tradición democrático-liberal, la Democracia, tiende a resolverse y a agotarse en un conjunto de reglas del juego, o como lo aborda Bobbio en su diccionario, "procedimientos universales", los cuales son:

1.- El máximo órgano político, tiene asignada la función legislativa, debe estar compuesto por miembros elegidos directa o indirectamente, mediante elecciones de primer o segundo grado, por el pueblo.

2.- Junto a dicho supremo órgano legislativo, deben existir otras instituciones con dirigentes elegidos, como son los entes de la administración local o del Estado.

3.- Los electores, deben ser todos los ciudadanos que hayan alcanzado la mayoría de edad, sin distinción alguna de raza, religión, situación económica, sexo, etcétera.

4.- Todos los electores deben tener igual voto.

5.- Todos los electores, deben ser libres de votar según su propia opinión formada lo más libremente posible, esto atiende a la idea de la sana y libre competencia entre los grupos o partidos políticos, que compiten por la representación y ofrecen una alternativa de gobierno.

6.- Deben ser libres también en el sentido, de que deben estar en condiciones de tener alternativas reales.

7.- Tanto para elegir representantes, como para la toma de decisiones del supremo órgano político, vale el principio de la mayoría numérica, aún cuando pueden ser establecidas diversas formas de mayoría.

8.- Ninguna decisión tomada por mayoría, debe limitar los derechos de la minoría, de manera particular el derecho de convertirse, en igualdad de condiciones, en mayoría.

9.- El órgano de gobierno, debe gozar de la confianza del parlamento o bien del jefe del poder ejecutivo a su vez elegido por el pueblo.

Todas estas reglas, establecen el cómo se debe llegar a la decisión política y no el qué se debe decidir; como todas las reglas, se debe tener en cuenta la desviación existente entre la enunciación del contenido y la manera en que se aplican; además de que ningún régimen histórico ha observado completamente el dictado de todas estas reglas, por lo que es válido hablar de regímenes más o menos democráticos (Bobbio, 1986, 504).

Nos encontramos inmersos, en el problema de antaño sobre el "deber ser", en la situación que parece contradictoria entre la realidad y la idea, donde pareciera que la primera rebasa y por mucho a la segunda. En la actualidad, son ampliamente cuestionables estas reglas del juego, desde el hecho mismo, de que se trata de una democracia representativa, donde más de un teórico, ha hablado de la oligarquía y donde la realidad misma, nos presenta cuán difícil es en la

actualidad homogeneizar criterios, valores, necesidades... ante una sociedad tan plural y compleja; cuán difícil es ser dueños o tener la conciencia de libertad de elegir, pero además de cuán reducido es el mosaico de dichas opciones, pues es difícil crear no sólo partidos o grupos políticos, sino, lo más importante: proyectos de nación y gobierno que sean incluyentes y además puedan ser vistos y desarrollados como soluciones concretas, ante problemas tan diversos, lo que se planteó anteriormente, como alternativas reales; y otra controversia significativa, se genera a partir de la idea de la mayoría, realmente, qué tan válido es pensar que la "mayoría" puede decidir el camino correcto del resto, tal controversia aparece desde antaño con los griegos, qué tan consciente puede estar esa mayoría de los problemas reales y de las soluciones idóneas, qué tan fácil le puede ser el discriminar escrupulosamente entre las reducidas opciones que tiene.

Como bien señala Bobbio, sólo se trata de determinar cómo se hacen las cosas, sin embargo, ello implica demasiado, pues marca el inicio del rumbo que se habrá de seguir, se está delegando el poder de decisión y acción a alguien más, pese a que también se señale que en cualquier momento, de nuevo, la mayoría puede destituir a sus representantes cuando éstos no cumplan sus expectativas, pero de nueva cuenta, volvemos a la controversia respecto a la mayoría, cómo saber que lo que decidan, realmente será lo mejor, y más en una sociedad tan cambiante y heterogénea.

Señalábamos anteriormente, que existen ciertos valores y principios propios de la Democracia, ya que en términos generales, se plantea que dentro de la Democracia, no existe algún poder externo o interno que pueda imponerse sobre las decisiones tomadas, por lo que, al interior de ésta, se puede convivir respetando las diferencias, porque existe igualdad de oportunidades, mediante la igualdad ante la ley y el goce de garantías, además de que existe el espacio para elegir.

Algunos de ellos son:

1.- El principio de la soberanía popular, se plantea, que no debe existir más instancia política, que la legitimada por el pueblo, para que detente la decisión última respecto a las leyes bajo las cuales el pueblo habrá de vivir.

2.- El concepto de pueblo, entendiéndolo como todos los ciudadanos que residen permanentemente en un territorio y que disfrutan de la mayoría de edad legal.

3.- El principio de la igualdad, en lo que atañe a la participación en el proceso de formación de la voluntad política.

4.- La exigencia de que existan diversas instituciones, por medio de las cuales, el "pueblo soberano" exprese su voluntad y participe en el proceso de formación de la voluntad política.

5.- La Democracia, reclama la protección de al menos aquellas libertades que el pueblo necesita para la libre formación de su voluntad política: sus derechos fundamentales.

6.- La igualdad social, donde ninguna parte de la población, se vea excluida de la posibilidad de percatarse de sus propios intereses (Görlitz, 1972, 126-127).

Existen otros valores que alberga la Democracia: la libertad, considerada como primordial, para que existan los demás, entendida como la situación real donde se tiene la posibilidad de actuar o no, sin referencias, presiones o constricciones. A partir de esto, se plasman en las leyes, los derechos fundamentales de los individuos que garantizan libertades de expresión, culto religioso, asociación, etcétera, y estas libertades, constituyen la base misma de las sociedades democráticas. Sin embargo, no puede ser ilimitada y absoluta, por lo que el propio marco legal es uno de sus límites.

La responsabilidad, relacionada estrechamente con la libertad, es responder por lo que uno hace o dice; es una forma de autolimitarnos, no siempre los límites van a ser puestos desde afuera.

La igualdad, que tanto se ha mencionado, se resume en una igualdad para la libertad y la participación, en el marco del respeto al pluralismo y a la ley.

La tolerancia, vinculada con la diversidad y el derecho a la diferencia; la Democracia genera soluciones colectivas aceptadas y legitimadas por todos; por lo que no se limita a no agredir o excluir al otro, significa, sobre todo, tomarlo en cuenta, reconocer sus derechos, discutir libre y racionalmente con él, sin discriminación alguna. Para lo cual es necesario, ser flexible y adaptable, entender el conflicto y la competencia, como una lucha civilizada y pacífica. Apela a la coexistencia pacífica dentro de un contexto de pluralismo, donde hay que tomar en cuenta a los otros y obliga a preservar sus derechos y además hacerlos efectivos. Ya que vivir en Democracia significa convivir con formas de pensar y costumbres con las que uno no está necesariamente de acuerdo.

La justicia, sirve para lograr el equilibrio entre las distintas partes, para asegurar que más allá de las diferencias tengamos los mismos derechos y obligaciones y para que se tome en cuenta interés general, no sólo el de las partes. Es decir, que la ley sea igual para todos y se aplique a todos por igual, sin privilegios de ningún tipo.

El pluralismo, remite a una sociedad, donde conviven pacífica y productivamente diversos puntos de vista, intereses y proyectos, pese a que a veces puedan entrar en conflicto. Una de sus reglas, es la competencia regulada, con apego a principios, normas, valores y causas institucionales, es indispensable para crear una base de equidad y evitar abusos, propiciando la aceptación general de los resultados de la propia competencia. Luego de las elecciones, es necesario aceptar el principio de mayoría, el cual establece que la opción que logre mayor número de adhesiones es la que gana; más no significa que la mayoría puede

hacer lo que quiera e ignore a la minoría, por el contrario, habrá de respetarla y de garantizar sus derechos.

También podemos mencionar la participación, la cual se manifiesta en dos formas, la primera, es pasiva, pues se refiere a la presencia en reuniones, la recepción de diversos mensajes, situaciones donde el individuo presenta una posición de observador. La segunda, es una conducta activa, comprometida con alguna causa específica, que se trabaja en colaboración con otros, que comparten los mismos propósitos. Así, la participación en sentido político, se da fundamentalmente en una multiplicidad de acciones que tienen como finalidad convertir a los individuos en actores determinantes de la vida pública. Quizá la más conocida, es el voto, más no es la única, se puede militar en algún partido político, participar en organizaciones no gubernamentales, sindicatos, en muchos otros espacios. En síntesis, es la participación política, la que garantiza la vigencia de los valores democráticos, el respeto a las libertades y derechos individuales, así como el ejercicio responsable del gobierno (IFE, 2000).

Se dice que hay más valores, aparte de los ya señalados, como la solidaridad, el diálogo, el respeto, entre otros, pero se puede observar que se encuentran estrechamente relacionados; sin embargo, qué pasa respecto a estos valores que alberga la Democracia, no basta con que existan, es más importante la manera en que se practican, y lamentablemente en la actualidad, no sucede así, pese a que todos los días hablemos de ellos, en general hay una ignorancia al respecto y sobre todo, una negación al "otro", no sólo no lo reconocemos, no le damos cabida, creemos que no existe. Hablar de los valores de la Democracia, pareciera que pretende funcionar como receta de cocina, pero no es así, no basta con que existan, aún cuando se conozcan, la sociedad podrá aumentarle o quitarle virtudes en su peso real, además de que las condiciones actuales de vida, llevan al individuo a una forma de vida muy indiferente, buscando satisfacer necesidades a corto plazo, dicho de otra forma, al ciudadano promedio, poco le habrá de interesar la política, y menos el ser actor de su conducción.

1.3. La Democracia y los retos del tiempo

Todos sienten el deseo de vivir según su fantasía, este deseo es innato en el hombre, pero en las naciones democráticas se exagera extrañamente y ha terminado por adquirir una intensidad verdaderamente morbosa. Fueron los filósofos del siglo de las Luces, los que entronizaron en Europa y en América este culto ciego a la libertad. En nombre de la razón, lanzaron el ridículo sobre las disciplinas tradicionales; hicieron de este modo absurdo u odioso, todo constreñimiento, entonces comenzó el período final de la lucha contra las reglas a las cuales nuestros antepasados cometían su conducta, reglas que procedían a la vez de la experiencia duramente adquirida por la humanidad en el curso de los milenios e incluso de la moral evangélica.

En verdad, nuestra emancipación comenzó hace ya más de cuatrocientos años, sin embargo, a pesar del inmenso esfuerzo del siglo XVIII, apenas ha terminado hoy, porque su éxito último dependía del progreso del conocimiento científico. Para gozar de la libertad integral era preciso, no solamente liberarse de antiguas concepciones, sino obtener también la dominación del mundo material, y ésta, solamente era posible por la ciencia. Ahora bien, la ciencia tuvo una infancia difícil y lenta; su madurez sólo data de ayer, ésta es la razón de que hayamos tardado tanto en proclamar nuestra independencia de las costumbres antiguas de la vida y del pensamiento.

Esta rebelión tiene una larga historia, comienza quizá durante el Renacimiento, pues se produjo en esta época un acontecimiento insignificante en apariencia, Copérnico, demostró que la Tierra no es más que un satélite del Sol y entonces se derrumbó el mundo de Ptolomeo, y la Tierra fue desposeída de su posición preeminente del centro del Universo, la Iglesia se conmovió con justa razón; pero en vano. El proceso de Galileo exageró más todavía la importancia de esta revolución; el mundo de Aristóteles, de Santo Tomás de Aquino, de Dante, cesó de existir, este mundo tan lógico, tan completo, tan confortable, en que el

hombre no pasaba sobre la Tierra sino para prepararse para la vida futura, en que paraíso e infierno se encontraban a nuestro alcance.

Lo mismo que el cielo, la tierra adquirió una inquietante amplitud, Marco Polo había revelado al Occidente la inmensidad fabulosa de Asia; ante Cristóbal Colón se había abierto el Nuevo Mundo; Vasco de Gama había encontrado la ruta de las Indias, hubo entonces un maravilloso florecer de aventureros, conquistadores, exploradores, y apóstoles. La riqueza de Europa aumentó prodigiosamente, y también el deseo de conocer y de dominar el mundo material. Comenzó la era de la ciencia, pocos años antes del advenimiento de Maquiavelo, Copérnico y de Lutero, Gutenberg había descubierto la imprenta, las ideas nuevas se difundieron con rapidez. Al lado de las afirmaciones de la filosofía y de la religión, apareció la certidumbre que da la observación sistemática de los fenómenos. La claridad de los conceptos científicos se opone a la luz no intelectual de la fe; Dios, sus ángeles y sus Santos se alejaron de nosotros. Comenzó entonces la corrosión de la armazón que durante tanto tiempo había mantenido a los hombres de la Edad Media en un estado de paz espiritual y social inigualada hasta entonces. Los ataques de Lutero, habían quebrantado profundamente la autoridad de la Iglesia sobre los individuos y sobre los pueblos. La cristiandad se dividió; las naciones de Europa se formaron, así se sembró la semilla, que después de varios siglos de germinación, engendró la guerra entre todas las naciones del mundo y el caos universal.

De modo análogo, los gérmenes de dicha división del mundo se implantaron en el seno de la conciencia individual, el conflicto entre la fe, la filosofía y la ciencia produjo inquietud en el alma de los hombres de Occidente, ya no había regla indiscutible para la dirección de la vida y la disciplina moral se relajó. La belleza del arte y de la poesía fue preferida a la de la virtud, la voluntad dejó de tender hacia el más allá, limitó su esfuerzo a la adquisición de bienes de este mundo, tal como lo había proclamado audazmente Maquiavelo, la finalidad de la existencia humana es, no ya Dios, sino el provecho.

Entonces comenzó la ascensión de las fuerzas económicas hacia el poder supremo, sin embargo, las antiguas costumbres no se desquiciaron inmediatamente de modo completo, porque los pueblos de Europa se hallaban profundamente impregnados de cristianismo. Todavía recordaban haber construido las catedrales góticas, y el campanario que se elevaba por encima del pueblo, simbolizaba verdaderamente una aspiración de las comunidades humanas hacia lo divino. Fueron precisos varios siglos para que la razón obscureciera la fe, además, la dureza de la lucha por la existencia vedaba el abandono de las reglas de conducta indispensables para la supervivencia de la raza. La tecnología no se perfeccionó sino lentamente, tendía, no obstante, cada vez más a crear condiciones de vida que permitían al hombre comportarse según su capricho; al mismo tiempo, la sorda lucha de la filosofía y de la ciencia se agudizó, en el terreno de la materia inerte, la ciencia triunfa, engendra multitud de máquinas y nos dá el dominio de la tierra; pero en el campo de lo humano, es decir, de la conducta individual y social, fue vencida. Las construcciones lógicas del espíritu tuvieron preeminencia sobre los datos de la observación y de la experiencia, se prefirieron las ideologías a los conceptos científicos e incluso a la moral religiosa. Pascal fue abandonado; después de Descartes, se figura uno que la claridad de una idea es la prueba de su verdad. Desde entonces toda ideología lógica, toda fantasía de la inteligencia, siempre que fuera nacional, pareció digna de servir de base para guiar la vida. Nadie comprendió que, para ser durable, debe edificarse la civilización, no sobre principios filosóficos, sino sobre los conceptos científicos del ser humano y de su medio (Carrel, 1958).

Las tendencias simbolizadas por Maquiavelo, Lutero y Galileo caminaron obscuramente en el espíritu de los hombres durante muchos años, hasta el siglo XVIII no se manifestaron con toda claridad, en ese momento, bajo la influencia de Voltaire y de los enciclopedistas, se desarrollaron definitivamente. Los Estados Unidos proclamaron su independencia en nombre de esos símbolos; se reconoció que el poder de los gobernantes depende del consentimiento de los gobernados, y que cada individuo es libre de perseguir la felicidad como le place.

Al mismo tiempo se extendía rápidamente la revolución industrial en Inglaterra, Adam Smith expuso de modo resonante, en su libro "La Riqueza de las Naciones", la nueva religión, el hombre de negocios se convirtió en una especie de bienhechor público, por una extraña impostura, la libertad ilimitada de algunos en la adquisición de la riqueza fue considerada como la condición de la felicidad de todos.

En esta época, también Lavoisier fundaba la química moderna, era aquélla el alba de la libertad, de la prosperidad y del triunfo de la ciencia, el porvenir se presentaba lleno de promesas.

Estalla la Revolución Francesa, el aristócrata quedó reemplazado por el burgués, y la feudalidad militar por la feudalidad capitalista, el liberalismo económico comenzó su ascensión; ascensión que prosigue triunfalmente desde Waterloo hasta la Gran Guerra; durante este mismo período transformaba la ciencia los modos de vivir y de pensar. Por otra parte, la religión se mostraba incapaz de resistir los ataques del racionalismo, bajo la influencia de factores inextricablemente mezclados, tales como la descristianización, el desarrollo de la tecnología, el aumento de la riqueza, el bienestar material, y muchos años después, el automóvil, el cine y la radio, el tono moral de la sociedad descendió cada vez más, había llegado para los civilizados el momento de lanzar por la borda los últimos restos de las disciplinas ancestrales.

Una cosa lógicamente verdadera puede ser prácticamente falsa. La cosmología de Aristóteles y la de Santo Tomás de Aquino, ¿no son completamente erróneas? La geometría de Reimann no es menos lógica que la de Euclides; sin embargo, no se aplica en nuestro mundo. Para no equivocarse en la búsqueda de lo real, conviene basarse, no en representaciones o modos de ver del espíritu, sino en los resultados de la observación y de la experiencia. Así las naciones democráticas desconocen el valor de los conceptos científicos en la organización de la existencia colectiva, ponen su confianza en las ideologías; sobre todo en la ideología liberal y en la ideología marxista, esas hijas gemelas del

racionalismo del siglo de las luces. Ni el liberalismo ni el marxismo, se han basado en una observación exacta que haya agotado la realidad. Los padres del liberalismo, Voltaire y Adam Smith, tenían una concepción tan arbitraria e incompleta del mundo humano como Ptolomeo del mundo sideral. Lo mismo ocurría con los signatarios de la Declaración de Independencia, y con los autores de la declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano; lo mismo también con Karl Marx y Engels.

De hecho, los principios del Manifiesto Comunista, como los de la Revolución Francesa, son opiniones filosóficas y no conceptos científicos. Burgueses liberales y obreros comunistas, comparten la misma creencia en la primacía de lo económico. Esta creencia es una herencia de los filósofos del siglo XVIII. Para nada tiene en cuenta, el conocimiento científico que poseemos hoy de las actividades fisiológicas y mentales del ser humano, y del medio que exigen esas actividades para desarrollarse de modo óptimo. Un conocimiento así muestra que la primacía corresponde, no a lo económico, sino a lo humano. En lugar de preocuparnos del modo de organizar el Estado desde el punto de vista humano, nos contentamos con declamar los principios de la Declaración de Independencia y los de la Revolución Francesa. Según dichos principios, el Estado es ante todo el guardián de la propiedad, el primer servidor de la banca, de la industria y del comercio.

La libertad de que gozan la mayoría de los hombres, no es de orden económico, ni intelectual, ni moral, los que nada poseen, tienen solamente la libertad de ir de tugurio en tugurio, de taberna en taberna; de escuchar las mentiras de uno o de otro periódico, de una propaganda radiofónica o de la propaganda opuesta, finalmente de votar, son libres políticamente, pero económicamente son esclavos. La libertad democrática, no existe más que para los poseyentes, les permite aumentar su riqueza y gozar de toda la variedad de bienes de este mundo.

Es preciso reconocer que, gracias a ella el capitalismo ha obtenido la expansión económica a partir del siglo XIX, inmenso crecimiento de la riqueza y una mejora general de la salud, de las condiciones materiales de la vida; pero al mismo tiempo ha creado el proletariado, asimismo ha desposeído a los hombres de la tierra, ha fomentado su amontonamiento en las fábricas y en las viviendas infames, ha comprometido su salud física y mental y ha dividido las naciones en clases sociales enemigas. Los enciclopedistas tenían un profundo respeto a los poseyentes y despreciaban a los pobres; la Revolución Francesa se produjo a la vez contra el aristócrata y contra los proletarios y podría decirse, que en buena medida se conformó con sustituir el león por la rata, es decir, el señor por el burgués. El marxismo, por su parte quiso reemplazar al burgués por el proletario, al capitalismo sucedería la burocracia; lo mismo que el liberalismo, el marxismo da arbitrariamente la primacía a lo económico. Concede una libertad teórica solamente a los proletarios, y suprime las demás clases, el mundo real es mucho más complejo que la abstracción que contemplaban Marx y Engels.

El sufragio universal viene de la creencia en la igualdad de los individuos, esta creencia no es, sin embargo, más que una fantasía de nuestro espíritu, porque un individuo no es igual a otro sino por razón de ser un hombre y no un chimpancé o un orangután, y todavía es preciso preguntarse si ciertas criaturas, nacidas de un hombre y de una mujer, poseen personalidad humana, ya que entraríamos en visiones subjetivas del "deber ser" y del "ser".

Al hablar de la Democracia, se pensó en que tal forma de gobierno viniera, no sólo a abastecer la bondad política de la ley y el orden en general, sino también las mercaderías políticas que demandaban los que detentaban el manejo de esa clase especial de la sociedad. Lo que se necesitaba eran leyes, reglamentos y estructuras que ayudaran a la sociedad de mercado a funcionar, además de ofrecer servicios como defensa, extensión militar, educación, salud, impulso a la industria, etcétera, que se creyeran necesarios para que el sistema pudiera operar eficientemente y con utilidad. El camino era encomendar el poder gubernamental a individuos que estuvieran sujetos a elecciones periódicas, en las cuales se

presentara una selección de candidatos y partidos. El electorado no necesitaba ser democrático, que por regla general no lo era, todo lo que se necesitaba era un electorado constituido por hombres con representación, de tal manera que el gobierno pudiera ajustarse a las preferencias de aquellos. Para que esta selección política pudiera ser efectiva, tenían que ofrecerse otras libertades, tenía que haber libertad de asociación, libertad de palabra y de prensa, pues sin estas no tiene sentido la anterior, estas libertades no podían quedar limitadas a los individuos de las clases dirigentes, debían exigirse para todo el mundo.

Fue como nació el Estado liberal, su esencia fue el sistema de partidos alternados o múltiples, a través de los cuales, pudiera responsabilizarse a los gobiernos ante diferentes sectores de las clases que tuvieran derecho a la expresión política. Sin embargo, la sociedad de mercado produjo, después de algún tiempo, una presión en pro de la Democracia, que se tornó irresistible, los que carecían del derecho de voto, se dieron cuenta que no pesaban en el mercado político, es decir, sus intereses no eran consultados en lo más mínimo, y demandaron entonces el derecho de voto para sí mismo. Así fue como apareció la Democracia, como "algo" ligado al Estado y a la sociedad liberal de libre competencia, esto tuvo que exigirse, y se admitió sobre bases liberal-competitivas. La Democracia, se exigió y se admitió sobre la base de que era "injusto" carecer de ella en una sociedad de libre competencia. Era algo que la sociedad "lógicamente" necesitaba, se consideró como el esfuerzo de las clases inferiores para ocupar el lugar total, y justamente competitivo, que les correspondía dentro de aquellas instituciones y de aquel sistema de sociedad.

Lo que se logró con la adición de la Democracia al Estado liberal, fue simplemente encauzar por vías constitucionales el flujo de diversas presiones populares, para mantener el orden público y evitar posibles revoluciones.

Profundizando respecto al liberalismo, como fenómeno histórico, aparece estrechamente ligado con el surgimiento del capitalismo y la Democracia moderna, se manifestó de modo distinto en Europa y el resto del mundo; en Inglaterra surge

como una política comercial a partir de 1688, mientras que en el resto de la Europa continental, es un fenómeno que se vé con mayor claridad en pleno siglo XIX; bien puede definirse como un fenómeno político, social y económico, que se manifiesta en la edad moderna y tiene su centro de gravedad en Europa. Para el liberalismo como doctrina filosófica política, la libertad, es el valor supremo de la vida individual y social. De este concepto de libertad se derivan consecuencias que cambian la vida del mundo, pues la ruptura de los lazos corporativos y los privilegios feudales, permite un despegue económico que va ligado con un nuevo fenómeno, el del asociacionismo; en lo político, surge la formación de una opinión pública y la existencia de diversos partidos políticos; en el aspecto social y cultural se modifican los valores morales y se fortalecen aquellos que tienen un sustento laico (Orozco, 1995).

Cabe mencionar, que el ámbito de la moral y la vida cotidiana, el problema del libre albedrío se presenta, como un asunto en contra del determinismo natural o social, que constituye un presupuesto fundamental del mundo moderno. De esta manera, el pensamiento liberal presupone una libertad que se conquista sólo en una sociedad determinada. El liberalismo como política estatal aparece como un regulador de la vida política, económica y social (Bobbio, 1986), considerando que el Estado moderno, de acuerdo con Weber, es el monopolio de la fuerza o del poder de decisión, éste se ejerce a tres niveles: jurídico, político y sociológico. En el aspecto jurídico, con el concepto de soberanía, el Estado conquista el poder de determinar por medio de leyes la conducta de sus súbditos; en el plano político, el Estado moderno es un órgano propio de la sociedad, concentrador del poder; y finalmente en el ámbito sociológico, se genera una organización administrativa a disposición de la moderna burocracia. La burguesía liberal se consolida en el siglo XIX, con el monopolio del poder económico y político. Como política estatal, aparece más ligada al liberalismo económico que regula y controla el mercado, sin intervenir directamente en la economía.

Macpherson (1997), señala que la Democracia liberal, se encuentra asociada a la existencia de una economía capitalista de mercado y a la aceptación teórica de la sociedad dividida en clases.

El término, "Democracia liberal", puede tener en un primer momento diferentes significados, lo mismo puede significar libertad de los fuertes para aplastar a los débiles, mediante la aplicación de las normas del mercado; que una libertad efectivamente igual para que todos utilicen y desarrollen sus capacidades. Aunque la segunda libertad es incompatible con la primera, la Democracia liberal primero como concepto y luego como institución, ha tratado de combinar ambos significados. Su existencia se inició en sociedades capitalistas de mercado y desde un principio proclamó que "el mercado hacía al hombre" (Fernández, 1997).

Macpherson, señala con mucha claridad que sólo hasta el siglo XIX, surge una propuesta de Democracia liberal, asociada a la existencia de un gobierno democrático y a la sociedad dividida en clases. Las teorías y visiones anteriores al siglo XIX, son consideradas como precursoras, pues contienen algunos elementos, pero que resultan insuficientes como para poderlas incluir en el concepto de Democracia liberal. Las teorías proponen una sociedad sin clases, se ubican en el terreno de propuestas utópicas; en el caso de Rousseau y Jefferson, ambos quieren una sociedad en la que todos tuvieran, o pudieran tener, una sociedad de productores independientes. La actitud de Rousseau, es clara, la propiedad privada es un derecho individual sagrado. Pero este derecho a la propiedad es en el sentido moderado, del pequeño propietario que la trabaja; así por ejemplo, la existencia de la voluntad general, debe estar orientada al bien común, para lo cual requiere de una sociedad igualitaria compuesta por trabajadores propietarios. Sin embargo, es importante señalar, que la idea de una sociedad de una sola clase, no incluía a las mujeres, ya que se consideraba como un sector subordinado que no podía poseer propiedades productivas por derecho propio. Rousseau, pensaba que era necesario mantener a las mujeres en situación de dependencia, hasta el siglo XIX y parte del XX, se consideraba que las mujeres no eran miembros de pleno derecho de la sociedad. Estaban en la

sociedad civil pero no eran parte integrante de ella. Un demócrata del siglo XVIII, podía concebir una sociedad de una sola clase y excluir a la mujer, igual que un ateniense podía concebir una sociedad de una sola clase y excluir a los esclavos y a las mujeres también.

Para Macpherson, los liberales del siglo XVII y XVIII, parten de la aceptación de las libertades del mercado de la sociedad capitalista, pero aún no pueden considerarse demócratas, en virtud, de que no contemplan las formas de participación.

La Democracia liberal, como protección surge con Bentham y John Stuart Mill, para ambos pensadores, el hombre es un consumidor infinito, su motivación suprema es maximizar la corriente de satisfacciones o de utilidades que le aporta la sociedad. El gobierno tiene la función ante su electorado, de proteger a los individuos de la rapacidad de los funcionarios y garantizar sus derechos de propiedad; las leyes para estos autores, tienen la finalidad de proteger a los hombres en su trabajo y hacer que tengan asegurados los frutos de él, sin la seguridad de la propiedad, la civilización es imposible. Así, la seguridad es un aspecto más importante que la igualdad.

Bentham, pensaba que el tipo de Estado que necesitaba la sociedad, era aquel que garantizaba la protección de una sociedad de mercado libre y al mismo tiempo, protegiera a los ciudadanos de los abusos del gobierno. El derecho al sufragio se convirtió en un asunto central del gobierno representativo que postulaban. Si los hombres individuales, como los gobernantes, se rigen por lo que a su juicio les interesa, en el sentido más estricto y egoísta, entonces, la única forma de impedir que el gobierno no sea arbitrario, es hacer que la mayoría de la gente elija y revoque a sus gobernantes. El razonamiento en pro de un sistema democrático se limita exclusivamente a la protección. El sufragio que proponía Bentham era limitado, pero estaba dispuesto a incluir a todos los varones; el voto era poder político, pero de aquellos que tenían la posibilidad de hacerlo. En el

fondo este modelo, no sólo protegía a los ciudadanos, sino que incluso mejoraría la situación de los ricos como gobernantes.

Para esta visión, era la ley natural, la que marcaba que cada individuo intentara en todo momento, explotar a los demás, la lógica social respondía a causas naturales; lo único que se podía hacer era impedir que el gobierno abusara de los gobernados y para eso bastaba con un sufragio democrático protector.

A mediados del siglo XIX, surgen dos fenómenos sociales que obligan a teorizar la idea de Democracia liberal, la clase obrera estaba empezando a resultar peligrosa para la propiedad; las condiciones de vida y de trabajo de esa clase estaban llegando a límites descarados e inhumanos; ante esta situación, los liberales consideraron necesario introducir un nuevo concepto de sociedad y de gobierno.

John Stuart Mill, construye un modelo ético del hombre y de la sociedad, a partir de la existencia del mercado, planteando la posibilidad de que la humanidad mejore, ya que para él, el hombre es un ser capaz de desarrollar sus facultades y capacidades, por lo que no solamente se trata de un ser consumidor y propietario, sino alguien que ejerce, desarrolla y disfruta de sus capacidades. La buena sociedad es la que permite y alienta a cada uno a actuar dentro de dicho marco.

Al ofrecer este modelo de hombre y de sociedad, sentó las bases de la teoría democrática liberal que va a prevalecer hasta mediados del siglo XX. Este modelo avanzó en la concepción moral sobre el hombre, pero significó un retraso en su visión del gobierno democrático y el sufragio; Mill consideraba inconveniente que se diera un voto por persona, en virtud de que las clases proletarias o desposeídas eran mayoría y se corría entonces el riesgo de que el voto mayoritario inclinara la balanza hacia algún sector, había que impedir que la clase más numerosa pudiera dirigir el rumbo de la legislación y la administración conforme a sus intereses. El dilema de Mill, consistía en poder mantener la importancia del sufragio como un medio para lograr que la gente desarrollara sus capacidades y su personalidad, pero también temía que alguna clase se impusiera

sobre otra. Entre algunas de sus ideas, sostuvo que todos los individuos varones tuvieran un voto, pero también que algunos tuvieran más de uno; en otro momento llegó a señalar que incluso, algunos tendrían más votos, y a otros se les excluiría del sufragio, así, se excluiría a los pobres por fracasar en la sociedad de mercado, a los que no sabían leer ni escribir, y por supuesto a las mujeres.

Los teóricos del siglo XX, que de alguna manera retoman la visión de la Democracia como desarrollo, advierten que el temor de Mill acerca de que el voto plural podría haber puesto en peligro el equilibrio de fuerzas, es completamente falso. Advierten que con el surgimiento del sistema de partidos, los conflictos de clase se mediatizan y desaparece la posibilidad de un gobierno de clase. Ahora, el Estado es visto como el representante de los intereses generales, en representación de los hombres como ciudadanos, y no como defensores de intereses particulares. A mediados del siglo XX, la mayoría de los teóricos de la Democracia liberal, se inclinan fuertemente por el pluralismo democrático, basado en el sistema de partidos, que como sabemos, derivó en dos formas de gobierno: parlamentarismo y presidencialismo.

Para Schumpeter, la Democracia liberal es sencillamente un mecanismo de mercado: los votantes son los consumidores políticos, y a la sociedad política, la veía como mera relación análoga a la del mercado entre los ciudadanos y los proveedores de mercaderías políticas. La competencia entre los políticos por los votos de los ciudadanos es el motor del sistema, y es ese mecanismo, el que produce un equilibrio estable (Schumpeter, 1961).

Para Macpherson (1997), la Democracia como participación, debe ser vista como un modelo de Democracia liberal, sus primeras ideas vienen de la izquierda de los años sesenta y se difundieron entre la clase obrera de los países occidentales. Su dilema, radicaba, en cómo poder combinar formas de participación directa y formas de Democracia representativa. El autor señala que la existencia de los referéndums o formas de participación semidirecta, son importantes para poder decidir sobre algunos asuntos, pero evidentemente,

existen otras cuestiones en las que tienen que pasar forzosamente por la Democracia representativa. También señala que no podemos prescindir de los políticos elegidos, debemos de utilizar la Democracia indirecta, sin prescindir de algunas formas de Democracia semidirecta.

Si bien es posible admitir que en sus orígenes la propuesta de la Democracia formal, por denominarla de alguna manera, está estrechamente relacionada al pensamiento liberal, fue el liberalismo político clásico, el que estableció las fronteras, las delimitaciones del ejercicio de las libertades políticas no obstante, prevalece la idea de que el liberalismo político es un pensamiento de derecha y que, en el extremo, puede ser conservador e impulsor de un capitalismo salvaje e injusto.

Ahora bien, la búsqueda de un estadio superior que tiene que ser democrático, pero además justo, no parece encontrarse en el comportamiento de los proyectos liberales. Tanto el liberalismo como la Democracia, en sus respectivos diseños institucionales, confluyen para combatir a un enemigo común: el absolutismo, y lo hicieron favoreciendo el Estado de derecho, donde el poder está subordinado a una norma superior: la Constitución. Al liberalismo, le interesa el Estado de derecho, porque limita el poder al obligarlo a respetar las libertades civiles de los individuos; a la Democracia en cambio, le interesa, porque distribuye la posibilidad de participación de los ciudadanos.

Si bien, el fracaso del socialismo real, como proyecto de Estado, no solucionó el problema de la injusticia social, ni el de crecimiento económico, tampoco el liberalismo lo ha logrado; así las cosas, la Democracia es el planteamiento más vivo como proyecto y éste debe ser instaurado plenamente sobre las bases de un liberalismo prevaleciente, sin que ello deba tomarse como una panacea que resuelve todos los problemas; nos debe quedar claro, que la Democracia no soluciona, por sí misma, la injusticia, cuando más, garantiza que todos los ciudadanos determinen el rumbo, que nadie imponga su criterio y que,

en todo caso, dicho rumbo, tanto en lo individual, como en lo social, sea compartido.

Poco a poco, se ha dado un uso, abuso y mal uso de los conceptos, en esta revisión rápida, por lo que ha sido el acontecer del hombre, salta a la vista, cómo la Democracia no fue la excepción, actualmente ha quedado en el discurso, de forma vacía, como requisito para ser un Estado moderno y competente ante las nuevas condiciones del libre mercado; entendida como representación, como derechos políticos, como libertad e igualdad; conceptos que de la misma manera, han quedado a la deriva y que cada quien los interprete según le convenga, o un tanto como podría decir Cornelius Castoriadis, según atienda al imaginario social, para dar paso a las significaciones instituidas e instituyentes.

Por eso, al hablar de Democracia en general, pensamiento y sentimiento, tienden a un ideal de la colectividad popular, es decir, el Estado regido por la Democracia, se nos aparece como un Estado popular, como una institución de todo el pueblo, un órgano de interés general; por lo que podemos hablar de una Democracia real y una ideal; la primera, bien se puede denominar Democracia política, asociada al Estado capitalista, liberal-burgués, ya que con el triunfo de la Revolución Francesa, trasciende las fronteras de Francia y se extiende por todo el orbe el que: todos los hombres nacen libres e iguales ante la ley; así la estructura de poder de la nueva sociedad sienta sus bases en una relación jurídico-política, en la que se establece un gobierno de la mayoría y que tiene por base el sufragio universal. De esta manera, los individuos obtienen derechos políticos de libertad e igualdad, y asimismo, se establecen mecanismos que legitimen el poder de una clase que se adjudica representar los intereses generales de la sociedad, mediante el voto ciudadano. La Democracia política representa los intereses particulares de una clase, sobre las demás; en este sentido, se le considera como un gobierno de la mayoría, que impone su voluntad en forma de leyes.

El ideal democrático, la Democracia Social, o en un sentido sociológico, entendida como la libertad y la igualdad de cada uno en su condición de miembros de un conjunto social, de un todo más extenso, fuera del cual el individuo, ni siquiera es posible, no es casual que uno de los principales representantes del ideal democrático, Rousseau, haya desarrollado la idea de Democracia únicamente en relación con su célebre noción de "voluntad general", que no es el principio mayoritario lo que constituye la base de la Democracia, sino la idea del interés general, del bien público, al cual todos participan, y en el cual todos tienen por igual el deber y el derecho de cooperar.

La Democracia aparece adjetivada de manera invariable con parejas de contrapunteo conceptual: presidencial o parlamentaria; mayoritaria o consensual; directa o representativa; liberal o social; formal o real; burguesa o socialista. El carácter laico de la Democracia, supone un principio teórico: el antidogmatismo, y uno práctico: la tolerancia.

Conclusión

A través de esta revisión histórica, hemos visto cómo ha evolucionado y permanecido la Democracia. En términos generales, su mayor apuesta ha sido por la igualdad y la libertad, ambas en aras del bien común; así como buscar convertirse en un hecho consolidado, resultado del progreso humano y que por ende pueda ser universal, homogéneo, durable e incuestionable.

Sin embargo, ha llegado a un punto, donde como menciona Bobbio, se trata del conjunto de reglas, para saber el cómo se habrán de tomar las decisiones, más no lo que se habrá de decidir. Por ello, en la actualidad se piensa en la normatividad y la creación de instituciones donde se vea consolidada la Democracia en modo procedimental, además del carácter universal que ha adquirido por ser un producto de Occidente, que de igual modo se exporta y permite que sea el capital el que se globalice.

Precisamente, respecto a esta idea de cumplir con los procedimientos, se ha dado un abuso y mal uso de la Democracia, pues se ha malentendido la legalidad con la legitimidad, se puede cumplir con las formas, pero no se debe dejar de lado el fondo, es decir, a partir de esta idea de que se trata de las reglas del juego democrático, cumplirlas, no significa que las decisiones que se tomen, en realidad sean lo más conveniente para la mayoría y que a su vez, no represente una imposición o intolerancia hacia las minorías.

Quizá sea necesario alcanzar primero, la consolidación de una sociedad y ciudadanía consciente y responsable sobre los roles que nos toca jugar, sobre todo en cuanto al tema de representación se refiere, y al mismo tiempo respetar valores y principios indispensables, para poder realizar el juego democrático, superando subjetividades.

Todo lo anterior, con la intención de encontrarle un significado y un sentido real a la Democracia, no dejarla como utopía, no como mero requisito que sólo encuentre su razón de ser en leyes de mercado; sino que en realidad atienda a necesidades reales que requieren de soluciones también reales e inmediatas.

Capítulo 2 **Globalización**

“La Globalización es una utopía en el sentido de reflejar condiciones ideales que nunca han existido... como una ideología que alaba la eficiencia de los mercados libres, la Globalización ofrece la expectativa de una economía mundial abierta, en la que los actores compiten en un juego de suma positiva, en condiciones en que todos los jugadores suponen que están en condiciones de ganar”.

James H. Mittelman. *Globalización: Reflexiones Críticas.*

“La Globalización tiene grandes implicaciones en todas las esferas de la existencia: la económica, la política, el medio ambiente y la cultura.

Si se aísla una sola de estas dimensiones, se corre el riesgo de tergiversar los complejos efectos interactuantes del proceso como un todo; pero tenemos que hacerlo si queremos profundizar en las abstracciones teóricas”.

John Tomlinson. *Globalización Cultural: ubicando y cambiando de sitio el Occidente.*

Capítulo 2

Globalización

2.1. ¿Qué es la Globalización?

Un vocablo muy repetido, desde la última década del siglo XX es sin duda: "Globalización"; y se ha generado todo un fenómeno comunicacional sobre este concepto, es tan irresistible que, habitualmente, confunde la percepción sobre su verdadero grado de desarrollo, sentido y consolidación, pues en la práctica ha pasado de una realidad virtual a una tendencia que se toma ya como cierta.

La Globalización es un término de moda en muy diferentes ámbitos del saber y de la cultura, respecto a la realidad mundial; pues con el mismo vocablo se designan aspectos tan dispares como la universalización del capital financiero, la difusión orbital de tecnología de punta (comunicaciones), los intercambios económicos y productivos, las migraciones, la difusión de ciertos patrones culturales, etcétera.

En su acepción más corriente, el término se utiliza para describir la creciente interdependencia e integración que se produce entre los pueblos a raíz de las facilidades que existen para que ideas, imágenes, productos y dinero, fluyan a través de las fronteras como resultado de los recientes avances tecnológicos. Es un proceso que desdibuja las fronteras entre lo interno y lo externo, e induce a un nuevo tipo de vinculación que articula multifacéticamente estos dos ámbitos.

Es por ello, que la búsqueda de una noción de Globalización, ha inquietado el debate social de los últimos años, pues desde todos los campos del saber se ha intentado construir dicha noción; quizá ninguna disciplina queda exenta de haber realizado un esfuerzo o cuando menos alguna contribución para explicar el fenómeno de la Globalización. Por ello se pueden encontrar definiciones con acento comunicacional, informático, industrial, administrativo, político, económico,

financiero, comercial, social, cultural, etcétera, que complejizan bastante dicha búsqueda.

El término se popularizó en la década de los noventa; sin embargo, un análisis etimológico del concepto, nos remite a los años sesenta, época en que Marshall McLuhan, acuñó la expresión "aldea global", para denotar el acercamiento que se estaba produciendo entre los pueblos a raíz de las grandes transformaciones tecnológicas y comunicacionales. Posteriormente, el politólogo norteamericano, de origen polaco Z. Brzezinski, sostuvo que los cambios tecnológicos que se estaban generando en el planeta, aunados al poderío norteamericano, estaban conduciendo al surgimiento de la primera sociedad propiamente global. En esta primera etapa, el término, pretendía dar cuenta de los cambios tecnológicos y comunicacionales que estaban alterando de modo radical las sociedades modernas y acercando a los distintos pueblos en torno a patrones culturales y comunicacionales comunes.

En la década de los ochenta, con la literatura sobre las formas de gestión de las firmas multinacionales, Theodore Levitt en 1983, recurrió al término para evidenciar la creciente interpenetración de los mercados en el mercado mundial. Kenichi Ohmae, posteriormente le dio un nuevo sentido, cuando lo asoció a una forma de gestión de la empresa multinacional que se integraba a escala mundial.

Una tercera acepción, se refería al hecho de que dada la extrema movilidad de la empresa transnacional, los espacios nacionales, debían ajustarse a las exigencias del medio exterior, por lo que, la Globalización, implicaba la superposición de las empresas multinacionales sobre los Estados, en la definición de las reglas del juego prevaleciente en el sistema internacional. Por último, la Globalización mostró una nueva configuración de la economía internacional que se caracterizaba por la emergencia de una economía global, en la que las economías nacionales se descomponían y después se rearticulaban en un sistema que operaba directamente a nivel internacional. Implicó el surgimiento de relaciones sociales y económicas capitalistas, totalmente nuevas que

determinaban en sus aspectos fundamentales el funcionamiento del sistema internacional contemporáneo.

La Globalización, en los años noventa, para algunos autores, es un proceso que se explica por el ingreso de un nuevo estadio de desarrollo del capitalismo; otros lo asocian a un mundo posmoderno y otros más, lo perciben como un intento de rehegemonización en condiciones donde se desvaneció la configuración planetaria de la época de la Guerra Fría (López, 1999).

Hacia la última década del siglo XX, una primera distinción, fue entre internacionalización y Globalización; la primera consistía en la apertura de fronteras geográficas de cada sociedad para incorporar bienes materiales y simbólicos de otras; partía de la existencia del Estado-nacional, lo producido y consumido es identificable con un país, y, las fronteras entre lo propio y lo ajeno, son más o menos nítidas. Estos tres rasgos pierden importancia con la Globalización, ante todo las fronteras se desvanecen; modificando radicalmente nuestras formas de producir, consumir, gestionar, informar y pensar, al menos así lo plantea García Canclini en sus diversas obras, reflejo de su pensamiento.

La Globalización se distingue también del imperialismo denunciado por Lenin, en que parece excluir la posibilidad de cualquier tipo de monopolización del mercado, pues la manera en que se organiza, entendida como un mercado mundialmente abierto, se opone a ello.

Precisamente transnacionalización, Globalización, mundialización, significan no ya internacionalización, sino superación de las instancias nacionales, ruptura de su lógica, libre flujo del capital y de las mercancías por un mercado mundial global, organización planetaria de la producción y del consumo, subordinación de lo nacional e internacional a lo mundial. (Iglesias, 2000).

El fin de la geografía, no es metáfora para el futuro, sino una ley vigente para la economía real de fin del siglo XX y comienzos del XXI. Un sistema productivo transnacional-globalizado, parece una consecuencia inevitable de un

mercado de capitales organizado bajo el mismo principio de irrelevancia geográfica. Principio cuyo surgimiento puede rastrearse en la evolución desde una sociedad agraria fuertemente relacionada con la tierra, hasta una sociedad del conocimiento y la información que está perdiendo todo contacto con el territorio.

Las empresas globales descartan la idea de centralidad de una empresa fundadora, es decir, con sede en un país central y que se desempeña como base operacional que guía las acciones de las filiales extranjeras. Las empresas globales no son multinacionales sino transnacionales, es decir, transversales. Sobre todo, las empresas globales no son multinacionales imperialistas.

Diversos estudiosos, coinciden en considerar que la Globalización, es un proceso civilizatorio, un modo de producción material y espiritual en marcha, a escala mundial, que tiene varios antecedentes: la expansión mercantil y el desarrollo del comercio desde el siglo XV al XVIII; el advenimiento de la industrialización y la modernización en los siglos XVIII y XIX; y en la consolidación del imperialismo en el siglo XX. Podemos llamar Globalización al proceso de varios siglos que ha dejado al modelo liberal, demócrata y capitalista, como la única alternativa de desarrollo que se presentó vigente a fines del siglo XX.

Si algo demuestra la historia reciente, es lo acertado de la perspectiva marxiana de que el capital no tiene patria y de que su interés supremo, es el de su reproducción y aumento. Si para ello utiliza la retórica nacional, o lleva adelante su política mediante el empleo de las fuerzas de los Estados nacionales, éstos son meros medios de la aplicación de sus políticas, más nunca sus fines.

La Globalización económica vuelve a poner en discusión, la existencia de un mundo dividido socialmente y no nacionalmente, por ello implica la obsolescencia de la cuestión nacional y su reemplazo por la emergencia transnacional de una nueva cuestión social, de la internacionalización de una cuestión social mundializada.

La Globalización como proceso, no es algo nuevo, dado el carácter transnacional del capitalismo, por lo menos a partir del siglo XIX; lo nuevo es la intensificación de la transnacionalidad del capitalismo como un único sistema mundial, lo que constituye en sentido estricto, la llamada Globalización. Lo nuevo, es igualmente la ideología y la conciencia de la Globalización que se extiende por el planeta como una de las representaciones sociales que se producen hoy a escala también global. Lo nuevo son las formas de resistencia, residuales y emergentes, que convergen o se cruzan a escala transnacional.

Algo que queda claro respecto a la Globalización, es que se trata de un proceso multifacético que pone en interacción las diversas esferas de la sociedad con distintos ritmos e intensidades; pero básicamente el papel que en este campo han desempeñado los procesos económicos, ha sido el crear las bases para una interacción más intensa entre los diferentes pueblos. Sin embargo, a lo largo de la historia, la vinculación que la economía capitalista estableció con los otros ámbitos ha sido tensa y contradictoria. A partir de la alteración en la dinámica espacio y tiempo, que se percibe más claramente en el plano económico, es por lo que la Globalización se interpreta básicamente como un fenómeno económico.

Cada una de estas situaciones de Globalización, difieren entre sí por su grado de universalidad, es decir, por el número de zonas del globo terráqueo que se ven afectadas por ella, y además por la velocidad, que han logrado imponerle a los procesos, pues algunos de ellos ya se encuentran claramente mundializados (actividades comerciales), mientras que otros, todavía están geográficamente localizados (políticos, sociales). No obstante esta diferencia en los alcances, la Globalización como proceso y totalidad debemos visualizarla como un movimiento que constantemente se crea, recrea, destruye y deconstruye, que ha ido abarcando cada vez más a un número mayor de comunidades, regiones y pueblos. Como totalidad, la Globalización se realiza a través de la interiorización por los diferentes grupos, para los cuales la Globalización no es algo que se encuentra por fuera de ellos y de sus actividades, se revela a través de lo

cotidiano: nuevas formas de comunicación, consumo, cultura, política, donde las personas, buscan reterritorializarse, con prácticas globalizadas, en lo local.

Lo específico de la Globalización es que, a diferencia de los anteriores procesos de internacionalización, entendida como mayor cobertura de las actividades en cuanto a su extensión geográfica, el fenómeno actual ha intensificado la internacionalización, influye en casi la totalidad de las actividades humanas e implica una determinada integración funcional de actividades anteriormente dispersas.

Es cierto que la Globalización, se asocia con la evolución general del capitalismo, sin embargo, diversos cambios en las últimas décadas, han introducido una esencial variación, que consiste en la autonomización de la economía.

Además, la Globalización ha reforzado algunos mitos propios del capitalismo: el mito del progreso, de la técnica y de la comunicación e información. Cada uno ha tenido repercusiones en el imaginario de los seres humanos del mundo actual, por lo que no es raro, que el ciudadano promedio esté imbuido por dichos mitos; de tanto ser repetidos han penetrado en el imaginario colectivo, reforzando ideas como aquella de que el progreso es sinónimo de acumulación de bienes materiales, de producción de mercancías e innovaciones tecnológicas, y que además es una fuerza incontenible, objetiva e irreversible que no sería producto de la acción de los seres humanos, sino de una voluntad superior, que irá hacia delante y siempre mejor, sin que exista obstáculo que impida el avance del progreso y además sin mencionar en lo más mínimo los costos sociales, humanos y ambientales.

El mito de la técnica, ha llevado a que se considere que todos los problemas y contradicciones del mundo de hoy son resultado de carencias e insuficiencias técnicas y por supuesto todos los problemas, incluyendo los laborales, se solucionarían con más y mejores técnicas; llegando al extremo de absolutizar su importancia y se considera que los grandes problemas sociales,

económicos y ambientales de la humanidad, se pueden enmendar con dispositivos técnicos.

Respecto al mito de la comunicación, en virtud del peso creciente que han adquirido las computadoras y sus apologistas a ultranza, de repente se ha llegado al "fabuloso descubrimiento" de que los seres humanos somos simplemente acumuladores de información; el *homo informaticus* habría sustituido al *homo sapiens* y al *homo Fabrés*, por lo que información es casi sinónimo de comunicación y ambos se usan indistintamente (López, 1999).

No es de extrañar que parte de éstos mitos, hayan servido para legitimar lo que hoy se denomina el pensamiento único, para referirse a la ortodoxia neoliberal dominante en todo el orbe; y tampoco lo es que, precisamente el pensamiento único pueda ser definido como el sistema PPII, es decir, Planetario, Permanente, Inmediato e Inmaterial, que como se podrá notar son las características que se les suelen atribuir a los dioses.

Aunque la Globalización sea la noción más usada, existe una diversidad de denominaciones para referirse a nuestra época actual: sociedad posindustrial y posmaterial, sociedad digital, sociedad de lo efímero, modo de producción microelectrónico, sociedad de servicios, sociedad de la información, la tercera ola, sociedad red, sociedad de la imagen, poscapitalismo..., es de notar que casi todas estas denominaciones, al igual que la Globalización, colocan el acento en uno u otro aspecto técnico de los muchos que se observan, y lo social mismo parece subordinado a los imperativos técnicos.

Resulta conveniente no perder de vista, las grandes tendencias que han transformado el planeta desde los años ochenta, pues encontramos que, con ritmos y grados específicos, múltiples situaciones aluden a la concreción de la Globalización: primero, la económica, ejemplificada por la creciente importancia que ha alcanzado la unificación de finanzas y mercados; segundo, la globalización de las comunicaciones, los sofisticados sistemas de cables, uso de satélites, y la progresiva utilización de métodos digitales; tercero, la mundialización de la cultura,

que se expresa en una creciente desterritorialización; cuarto, la societal, que se expresa a través de la emergencia de la sociedad civil y las profundas transformaciones que están alterando el tejido social de las sociedades contemporáneas; quinto, la globalización de la ideología, que se afirma en la amplia difusión y aceptación del discurso neoliberal, y por último, la política e institucional, que no sólo está erosionando el poder y la cobertura de acción del Estado, sino que está igualmente alterando los patrones estructurales de las formas de hacer política.

Para Anthony Giddens, en su obra "Consecuencias de la Modernidad", la Globalización es la intensificación de las relaciones sociales a nivel mundial, que vincula localidades distintas, de tal manera, que los acontecimientos locales son modelados por eventos que tienen lugar a muchas millas de distancia y viceversa, además la Globalización desancla las relaciones sociales de sus contextos tradicionales y las inserta en mecanismos desterritorializados de acción, pero también provee a los sujetos de competencias reflexivas que les permiten reterritorializar esas dinámicas en contextos postradicionales de acción. El eje de su noción es la transformación como intensificación de todas las relaciones sociales a nivel planetario y el moldeamiento de lo local por lo global y viceversa. El nacimiento de formas distintas de desterritorialización y relocalización de las relaciones sociales.

Para Manuel Castells (1995), el proceso de Globalización de la economía y la comunicación, ha cambiado nuestras formas de producir, consumir, gestionar, informar y pensar. No toda la actividad económica o cultural en el mundo es global. En realidad, la inmensa mayoría de dicha actividad, en proporción de personas participantes, es de ámbito local o regional, pero las actividades estratégicamente dominantes, en todos los planos, están organizadas en redes globales de decisión e intercambio, desde los mercados financieros a los mensajes audiovisuales. El planeta es asimétricamente interdependiente. La Globalización, para Castells, está afectando todas las dimensiones del quehacer social, desde nuestras formas de producir, hasta las estructuras del pensar. Los

problemas y acciones locales siguen siendo determinantes, pero las políticas estratégicas de todos los escenarios sociales están trazadas por mecanismos globales; reproduciendo la desigualdad y asimetría económica y social existente a escala mundial. En ningún caso puede ser concebida la Globalización como un equilibrio o competencia equitativa.

Uno de los resultados más significativos de los procesos contradictorios de la Globalización es la crisis "sistémica" de los Estados nacionales. Según Castells, por un lado, sus competencias no son suficientes para controlar los flujos globales y su organización suele ser demasiado rígida para adaptarse a los cambios constantes del sistema mundial. Por otro lado, la pluralidad de identidades territoriales y culturales que aspiran a ser representadas por los Estados nacionales generan procesos crecientemente conflictivos y, en último término, tienden a deslegitimar la idea de representación nacional. La importancia del tema de la identidad en el debate teórico de los últimos años, está relacionada con las consecuencias que la Globalización ha tenido en el ámbito de los límites culturales de la figura del Estado nación moderno. El Estado es demasiado pequeño dentro de las lógicas estratégicas globales y demasiado grande para representar las diversas identidades territoriales y culturales.

Para Ulrich Beck, en su libro, "¿Qué es la globalización?", plantea la necesidad e importancia de hacer una diferenciación entre globalismo, globalidad y Globalización, pues considera que nos enfrentamos a conceptos vacíos y al mismo tiempo a una degeneración de diversos valores.

Así pues, al globalismo, lo entiende como "la concepción según la cual el mercado mundial desaloja o sustituye el quehacer político; es decir, la ideología del dominio del mercado mundial o la ideología del liberalismo". Apunta a una dimensión económica, considerada de manera lineal y sobre las que se ponen todas las demás dimensiones; además pretende que el Estado, la sociedad, su cultura y todo lo que implica de modo tan complejo, sea visto y tratado como una empresa. El globalismo neoliberal, es una acción altamente política que se

presenta de manera totalmente apolítica. Esa ideología defiende que no se trate de intervenir, sino de seguir las leyes del mercado mundial que lamentablemente obligan a minimizar el Estado y la democracia.

La globalidad, por su parte, apunta a "que las distintas formas económicas, culturales y políticas no dejan de entremezclarse y que las evidencias del modelo occidental se deben justificar de nuevo. Así "sociedad mundial" significa la totalidad de las relaciones sociales que no estén integradas en la política del Estado nacional, ni están determinadas a través de éste". Cabe señalar que en la expresión "sociedad mundial", sociedad significa estado de no-integración y mundial, apunta hacia la diferencia y pluralidad, por lo que se puede comprender como una pluralidad sin unidad. Quiere decir, que se rompe la unidad del Estado nacional y de la sociedad nacional, estableciéndose relaciones nuevas de poder y competitividad, conflictos y entrecruzamientos por una parte unidades y actores del mismo Estado nacional y por la otra, actores, identidades, espacios, situaciones y procesos sociales transnacionales.

Por último, para él, la Globalización "significa los procesos en virtud de los cuales los Estados nacionales soberanos se entremezclan e imbrican mediante actores transnacionales y sus respectivas probabilidades de poder, orientaciones, identidades y entramados varios". Globalización, es la perceptible pérdida de fronteras del quehacer cotidiano en las distintas dimensiones de la economía, información, ecología, técnica, conflictos transnacionales y la sociedad civil. Así entendida, significa la muerte del apartamiento, el vernos inmersos en formas de vida transnacionales a menudo no queridas e incomprendidas.

Se equivoca quien crea que la Globalización, exige la aplicación de las leyes del mercado mundial de determinada manera. La Globalización económica, no es ningún mecanismo, ni automatismo, es un proyecto político cuyos agentes transnacionales, instituciones y convergencias en el discurso, fomentan la política económica neoliberal.

La Globalización no es un hecho histórico consolidado, pero sí constituye un proceso real e irreversible. Lo nuevo es que la sola proyección de las consecuencias y múltiples dimensiones de un proceso en marcha se incorpore en la conciencia de las personas como una realidad consumada, existente y tangible; ello se explica por el enorme poder ideológico que tienen las nuevas tecnologías de información y comunicación. Ya que como imagen, la Globalización es un proceso concluido; históricamente, es un proceso en desarrollo, pero irrevocable.

Es irreversible porque la tendencia a la expansión incesante que caracteriza al capitalismo, que le permitió crear mecanismos de acumulación en todo el mundo, hoy se fusiona con una matriz tecnológica que hace posible el funcionamiento, sin limitaciones de espacio y tiempo, de una economía planetaria. Proceso que es facilitado por la autopercepción precoz que tienen los seres humanos respecto a lo que fue el fin del siglo XX, convencidos de que viven ya en una economía global (Verduga, 2000).

La Globalización como historia total, puede entenderse en dos formas: una primera, atendiendo a las transformaciones de los sistemas productivos nacionales, así como a la reconversión de los polos transnacionales en mecanismos de una economía mundial, está dando lugar al surgimiento de espacios diferenciados pero interconectados de articulación de los circuitos económicos. La Globalización, podemos definirla como un proceso multidimensional que pone en interacción a las diversas sociedades, Estados y regiones del planeta de una manera desigual, tanto en el ámbito internacional como nacional.

La segunda, es concebir a la Globalización como totalidad, como ese conjunto de dispositivos que en su interacción ponen en funcionamiento el sistema. La columna vertebral que articula este proceso, radica en lo que Giddens denomina la deslocalización, entendida como la extracción de las relaciones sociales de los contextos locales de interacción y su posterior reestructuración en campos espacio temporales indefinidos.

Como hemos observado, la sola enunciación del término Globalización, connota múltiples y rotundas significaciones, de las cuales grosso modo, podemos concluir que para los economistas convencionales, es destino, porque el funcionamiento de un mercado mundial movido por leyes inmutables sustituye a la política, con todas las distorsiones que le son inherentes. La historia se vuelve un proceso lineal y previsible, en lugar de un encadenamiento indescifrable de rupturas y continuidades.

El libre cambio se posiciona como criterio dominante para las relaciones económicas internacionales; pero el proteccionismo, a través de aranceles, o encubierto mediante subsidios, persiste para áreas económicas de tanto volumen y significado como la agricultura de Europa Occidental y los Estados Unidos. Sólo el capital financiero circula libremente, sin restricciones.

La Globalización como vaticinio, para cierta sociología del conocimiento, es un conjunto de interpretaciones de aceptación y reconocimiento generalizado, que parte de un hecho supuestamente evidente: existe un conjunto de relaciones sociales que escapa a las determinaciones de los Estados nacionales; son relaciones sociales internacionalizadas, cuya trama conforma una suerte de sociedad mundial.

Para la política, la Globalización es una suerte de profecía, cuyo desciframiento debe hacerse desde la teoría y la práctica. Las primeras señales, respecto del desciframiento del papel de la política en el proceso de creciente internacionalización, semejan una curiosa operación de hipocresía y miopía autodestructivas. Muchos políticos reniegan de la política para sobrevivir en ella. Es común escuchar, a lo largo y ancho del mundo, a líderes políticos que se plegan a la campaña de desvalorización de lo público, desprestigio de la política y exaltación de lo privado, en pos de beneficios electorales. Más el debilitamiento de lo público y el descrédito de la política no son sólo producto de una operación mediática.

2.2. Modernidad y Globalización

Es difícil hablar sobre la Modernidad, pues para muchos historiadores de la filosofía, ésta comienza a materializarse desde el Renacimiento, a partir de fenómenos como la revolución del conocimiento astronómico, rompiendo con la idea del mundo medieval, permitiendo el paso de un mundo cerrado, protegido y sobre todo, rigurosamente estamentado, a uno abierto, de órdenes y jerarquías aleatorias, que anticipa ya la dinámica y movilidad de las sociedades modernas.

Esta transformación, además fue acompañada de una modulación antropológica, mediante la cual se retomó la concepción inalterable de la persona como reflejo y reproducción del universo y, por consiguiente, como posibilidad infinita, ya que a diferencia de las cosas y los animales, puede elegir qué ser.

A partir de esta percepción optimista y nueva sobre las posibilidades humanas, se puede decir, que la Modernidad se mueve en dos ejes: la razón científica y la razón histórica. La ciencia constituye un sustento práctico de dicho optimismo, al hablar de un universo causal, además expresable en leyes generales, por medio de las cuales era posible prever el comportamiento de la materia en el tiempo. Por otro lado, la acción y la capacidad de perfeccionamiento del hombre, ya no se conciben como reducidas al lapso de una vida, sino capaces de traspasar generaciones, lo que crea la noción de un fin determinado de la historia en el que confluyan, en un solo cause, los esfuerzos individuales; por ello, si la historia antigua era una memoria únicamente descriptiva, es a partir del Renacimiento que empieza a narrarse como finalidad, como historia de emancipación.

Si bien es cierto, que la Modernidad como "figura del mundo" comenzó a abrirse paso en el imaginario de las sociedades desde el Renacimiento, sus valores no se plasman cabalmente en las formas institucionales, en las relaciones sociales y en el acontecer diario, sino hasta el siglo XIX, cuando la razón científica completa su tarea secularizadora y se erige como el gran catalizador del progreso

material, ganando terreno de manera definitiva la organización social basada, no en jerarquías tradicionales, sino sustentadas en la idea de razón.

La aparición de la humanidad como sujeto histórico concreto, dejó en entredicho las viejas ideas de relativismo cultural y de la antropología estructural, basadas en la distinción centro-periferia. En tal sentido, no es lo mismo afirmar que la cultura occidental es superior a la oriental y por lo tanto debe ser impuesta a las sociedades atrasadas, que sostener que las sociedades nacionales de Europa y de América, han sido las mejores expresiones alcanzadas por la civilización humana en función de unos valores más precisamente definidos por ellas como Libertad, Igualdad, Fraternidad, Democracia, Progreso, Solidaridad, Bienestar, etcétera, pero presentes en casi todo el ámbito de la geografía y de la historia: la felicidad, la realización de los deseos, la emancipación de la necesidad, la justicia, las posibilidades de concreción de la solidaridad humana. Y no es lo mismo sostener la necesidad de imposición de una Modernidad europeizada a la totalidad del planeta, que defender el derecho de todos los pueblos a apropiarse de un patrimonio cultural, económico y político humano, y de alcanzar así, a una expresión original de su propia Modernidad (Iglesias, 2000).

Para el europeo del siglo XX, la Modernidad no era un descubrimiento sino una herencia, dicho de otra manera, no era una elección, sino su destino. La Modernidad era la plataforma que lo sostendría o el declive por el que lo haría caer. Puede decirse, que la Modernidad es nuestro pasado más reciente. Por otra parte, la palabra, resulta adecuada para discernir y apreciar conductas teórico-prácticas: todas nuestras contiendas son modernas, todos nuestros problemas, al igual que las preguntas y soluciones. Igualmente modernos son el nacionalismo y el socialismo, moderna es la idea de Estado, moderna también es la democracia liberal, moderna es la dialéctica de identidad y diferencia que nos ocupa sin cansancio.

Por un lado, la Modernidad inicial, buscó traspasar los límites de la experiencia, cuestionó el calor de las convenciones, al mismo tiempo que inventaba pasados y soñaba o ideaba futuros, denunció también así, la ficción de lo real, desde la certeza de lo posible. La Modernidad es el soporte a medias explícito de nuestras formas de convivencia, de nuestros diversos criterios de juicio y valor, de nuestros pensamientos y también de nuestras acciones. Además se pueden adjudicar tres significados básicos al adjetivo moderno: actual, nuevo y efímero, los cuales se oponen respectivamente a: pasado, viejo y eterno (Beriaín y Lanceros, 1996)

La ciencia y la técnica occidentales se universalizan, porque expresan categorías y conceptos presentes en el aparato cognoscitivo del ser humano y satisfacen necesidades de éste en su relación social y en su intercambio con la naturaleza. La ciencia y la técnica modernas florecieron especialmente en Occidente, porque allí se combinaron procesos económico-políticos y socio-culturales que hicieron del progreso científico-técnico una necesidad del desarrollo social y uno de los fundamentos del poder.

Una sociedad universal que escinde la experiencia humana en relación con el tiempo y espacio, puede atentar contra su origen que es la unidad y la universalidad del género humano. La humanidad dividida en "incorporados" y "desincorporados" en su relación con el espacio y el tiempo y, por ende, en el acceso al trabajo, la alimentación, la salud, la educación, la cultura y la comunicación puede culminar, en el largo plazo, escindida en dos especies que serían comportamientos estancos sin ninguna vinculación económica, social, psicológica o cultural entre ellas.

La Modernidad como categoría de valores asociada a lo temporal, implica pues una teoría de la historia como progreso o, para decirlo correctamente, como intento de progreso. Si la idea de Modernidad es temporal, la de Occidente, es geográfica. La injustificada equivalencia entre ambos conceptos sólo puede generar confusión.

Desde los inicios de la Modernidad, la economía y la política, han sostenido lo que representa o parece ser el conflicto central y organizador de la misma: el de un orden basado en la eficiencia que se opone a otro basado en la igualdad y la justicia. Dicho conflicto entre economía y política, es una expresión del simultáneo paso hacia la racionalidad y la subjetivación que define la Modernidad, como expresión perfeccionada de un animal que inaugura la eficiencia (la economía) a partir de la creación de instrumentos y funda con ese acto la base material para la cultura específicamente humana.

La Modernidad se define hoy por su vocación mundial por un humanismo que exhorta el ideal de una humanidad universal conformada por individuos autónomos y por el principio de que cada vida humana es sagrada, aunque sólo sea porque es única. Humanismo universalista inevitablemente abstracto durante el Iluminismo, pero posiblemente concreto en los tiempos de la Globalización económica y de una sociedad civil mundial.

La característica distintiva de esta etapa particular de la Modernidad que la Globalización abre, depende enteramente del desarrollo más veloz de los medios técnicos que los económicos, y de éstos que los políticos y culturales. No es la Globalización de la economía la que determinará la inevitable mundialización de la política, sino más bien que ha sido el desarrollo tecnológico el que ha creado las posibilidades de un mercado y de una política mundiales difícilmente imaginables.

La Globalización es una categoría con la cual designamos una totalidad, que tiene su propia lógica de organización, proyección y alcance planetario. Como tal, se trata de una noción reciente, incorporada en el discurso de las ciencias sociales, aunque proviene inicialmente del mundo de los negocios y finanzas, y del campo de las telecomunicaciones y la informática. La Globalización como concepto, nos permite desplazar el punto de vista y mirar las transformaciones no sólo en la economía, las relaciones entre los países y los procesos de trabajo, sino en el orden de la cultura, el diseño urbano, la redefinición de lo público y lo privado

y la reconfiguración de las relaciones entre lo nacional, lo regional y lo local (López, 1999).

Por su carácter claramente mundializante e integrador 1989, abre las puertas a un nuevo paradigma de época: la Globalización, es decir, la mundialización de la Modernidad política y no sólo de la Modernidad de la técnica. En términos más generales, 1989, cierra ese período iniciado simbólicamente 200 años antes con la Revolución francesa, en el cual la nación-Estado fue el artefacto organizador y la metáfora central de la cultura humana. Así, la caída del Muro y de la Cortina de Hierro, cierran el período de las Modernidades nacionales. Y si bien muchos episodios históricos posteriores están aún teñidos de nacionalismo, éstos parecen más bien los coletazos postreros de una teoría política superada y agonizante. Su peligrosidad deriva más bien de su desesperación que de su fuerza.

Lamentablemente la versión de modernización que ofrecen los capitales transnacionales, este neoliberalismo globalista, avasalla las diversidades y legitima el aislacionismo anacrónico de los fundamentalismos. Pero el justo derecho a preservar una identidad cultural que se reivindique como propia no debe confundirse con la negativa a la modernización del sistema económico y a la democratización de la sociedad. En realidad, una verdadera modernización no debiera ser un proceso impulsado desde arriba o desde afuera; externo y culturalmente destructor; sino un camino por el que todos los pueblos puedan hallar su peculiar vía hacia la Modernidad propia.

La mundialización de la Modernidad es inseparable al abatimiento de toda frontera geográfica, lo que implica también la obsolescencia de las fronteras entre Primer, Segundo, Tercer y Cuarto mundo. Ha sido la caída del Muro de Berlín, lo que en buena medida, provocó la elevación de la Globalización, es decir, de la expresión económico-tecnológica de la mundialización, a fenómeno central que describe y metaforiza nuestra época. Pero en realidad, puede pensarse, en que la

extensión mundializante de la moderna civilidad burguesa se inicia con ella misma, en el emblemático año de 1492.

La mundialización globalizada, no es un mero paso cuantitativo en la dirección internacionalista del Iluminismo, sino que solicita un nuevo nivel de comprensión que permita reinterpretar a la internacionalidad y a la nacionalidad misma: la idea de Modernidad-mundo.

La Globalización económica, no hace sino consumir lo que se alienta intelectualmente mediante la posmodernidad y políticamente mediante la individualización, a saber, el colapso de la modernidad. Se quiebra la alianza histórica entre sociedad de mercado, Estado asistencial y democracia, que hasta ahora ha integrado y legitimizado al modelo occidental, al proyecto de modernidad del Estado nacional. Así, los neoliberales son los liquidadores de Occidente, aún cuando se presenten como sus reformadores. Respecto al Estado asistencial, la democracia y la vida pública, la suya, es una modernización condenada a muerte (Beck, 1998).

La Modernidad anunció la paradoja y la ambigüedad de la vida en sociedad y demostró que la experiencia de este mundo es intensa e intrínsecamente ambigua. Por lo que el individualismo y la cosificación constituyen experiencias básicas, pero por otro lado, los individuos convencidos de su realidad generan formas comunitarias. La ambigüedad y la paradoja son la base desde donde podemos comprender la acción humana, donde las múltiples experiencias que enfrenta el hombre moderno, no admiten la coherencia.

La vida en las sociedades modernas es diferente, se encuentra segmentada en grado elevado y también son diversos los mundos sociales que se presentan como opción ante los hombres. Se genera un extrañamiento, donde el individuo termina por no reconocerse en el producto que él mismo ha creado, en cuanto se le presenta como algo ajeno, extraño y exterior a él mismo y ejerce una coerción peculiar sobre su creador, así como sobre la arquitectura social por él diseñada (Beriaín y Lanceros, 1996).

Cuando la diferencia no sólo es posibilidad sino condición de universalidad, la propia existencia de civilizaciones con adjetivos distintos se diluye. Precisamente por haberse universalizado, el concepto de Occidente, lastrado de provincianismo europeo, de eurocentrismo, ya no tiene sentido, pero al mismo tiempo, con los albores de la civilización universal, pierde significado el término mismo de la civilización.

En décadas recientes, el racionalismo, la ciencia y la técnica, la idea de progreso, han sido objetos de encendida polémica. La objetividad de los valores es cuestionada por el relativismo, al universalismo se le oponen los particularismos culturales. La coexistencia activa entre universalismo y diferencia es un tema intelectual que se resuelve en la práctica social y política.

La universalidad es el fundamento de la diferencia y la garantía de su aceptación. Si se impusieran los particularismos sobre ciertos valores que deben tener vigencia universal, la defensa de la diversidad de identidades se vería menoscabada en la conciencia de las personas y en la práctica de los Estados; o en su defecto, el mundo naufragaría en un océano de particularismos, sin que ningún referente ético, de aceptación general, pudiese servir para condenar o impedir crueldades contra Estados, pueblos, etnias, culturas, religiones o individuos.

La tendencia universal a reconocer al mercado como actor económico más eficiente que el Estado, impulsó inicialmente corrientes de pensamiento y prácticas estatales absolutizadoras del mercado, que han tenido funestas consecuencias para el crecimiento económico y la equidad social. Hoy, el problema comienza a ser mirado con otro prisma. Empresarios financieros, con poder a escala mundial, reclaman una mayor intervención del Estado en la lucha contra la pobreza, en la educación, en la generación de empleos, en la provisión de seguridad y en la regulación de los flujos financieros de corto plazo.

Si el desarrollo de la nueva civilización sigue el curso de armonizar universalidad y diferencia, ese conflicto deberá disolverse como negación del otro y sobrevivir como confusión de identidades diferentes.

La defensa de los derechos humanos, como valor compartido universalmente, deberá garantizar la convivencia entre culturas diferentes y el despliegue de una interpretación de los distintos valores religiosos y laicos, alejado de toda tentación integrista.

Desde fines del siglo XX, la humanidad vive los albores de un cambio civilizatorio. Por primera vez la unidad y la universalidad, la diversidad y diferencia del género humano se transparentan, como parte de un mismo todo, a lo largo y ancho del planeta. Cambia dramáticamente la relación entre cultura y naturaleza. Por primera ocasión es tecnológicamente posible desarrollar la sociedad y la cultura sin una transformación destructiva de la naturaleza. El espacio y el tiempo son fusionados y redefinidos por el sujeto humano a través de tecnologías creadas por él (Verduga, 2000).

El periodo de Modernidad que transcurre en la actualidad, es por demás complejo: quizá en ninguna otra etapa de la historia humana, el influjo de una forma de vida se había extendido a todos los puntos del planeta en periodos tan cortos. Hoy, todos los individuos, más allá de desigualdades y/o multiplicidad en las formas de vida, se convierten auténticamente en contemporáneos, dado que sus expectativas y decisiones se encuentran interconectadas, por lo que influyen entre sí.

Ya para el siglo XX, los efectos de la Modernidad prevalecen en las formas institucionales y en la inercia del desarrollo económico. Sin embargo, la evolución de la ciencia, así como sus diversas consecuencias, junto con la experiencia histórica, han desgastado el optimismo en torno a la razón científica e histórica como instrumentos autónomos de progreso material y moral.

La civilización que emerge en el siglo XXI es contradictoria, como otras aventuras emprendidas por el ser humano en su historia. Y es susceptible de que el gigantesco potencial científico-técnico que la mueve se oriente en uno u otro sentido, de acuerdo con la dirección que los seres humanos le impriman a su organización social. Nunca ha existido tanta desolación de propuestas. Jamás el horizonte de posibilidades para la construcción de opciones ha sido tan vasto. Ésa es una de las contradicciones que explican el sentimiento de exaltación y temor que nos invade.

Además, la crisis del Estado nacional, es una crisis terminal, una agonía, no ya porque la mundialización de la sociedad moderna y sus procesos implique su abolición efectiva e inmediata, sino porque supone la definitiva desaparición de su centralidad, la crisis de su hegemonía como sistema político autónomo y como metáfora que organizaba las relaciones y los conflictos económicos, políticos y sociales en toda la superficie del planeta.

El encuentro social, se transforma en un enigma, algo por comprender, enigma que puede y debe fundarse desde el individuo y el proceso de fragmentación que crea la pluralización de los mundos de vida. Todas las comunidades crean tradiciones porque éstas son la memoria colectiva, el imaginario social desde donde la realidad cobra sentido para sus adherentes. Si las pluralizadas sociedades modernas deben inventar (o crear) un espacio fundacional que sirva de referente central al colectivo humano que se adscribe a la realidad concreta, no debe parecer extraño que la legitimación de la modernidad, se base en una u otra tradición; sea en forma de nación, soberanía popular, valores democráticos, etcétera. Un mito fundacional de la modernidad, es el de la armonía o de un orden necesario (Beriaín y Lanceros, 1996).

2.3. Cosmopolitanismo y Libre Mercado

En la calmante dulzura de la vida moderna, la masa de las reglas tradicionales que daban consistencia a la vida se disgregó, tal disgregación es tan evidente en el individuo, como en la familia y la sociedad. No tenemos ya que

luchar de modo incesante con la naturaleza, la ciencia suavizó de modo milagroso la aspereza del combate por la vida de cada día; somos alimentados, vestidos, abrigados, alumbrados, transportados y hasta instruidos por el trabajo de las máquinas, gracias al progreso de la tecnología, la mayor parte de los constreñimientos que nos imponía el mundo cósmico ha desaparecido, y al mismo tiempo, el esfuerzo creador de la personalidad que esos constreñimientos demandaban.

Con la misma diligencia de esa lucha contra el medio, hemos abandonado la lucha contra nosotros mismos; la frontera entre el "bien" y el "mal", se desvanece en medio del brillar de las ideologías, de los caprichos y de los apetitos, hemos renunciado a toda disciplina interior, las nuevas generaciones, ignoran también que haya existido semejante disciplina. Para el hombre moderno, puede decirse que no hay ya otra regla de conducta que el capricho, cada uno se cierra en su egoísmo. Las relaciones sociales elementales se han modificado profundamente, la división reina en todas partes.

Hubiéramos podido servirnos de la libertad conquistada para establecer sobre base sólida nuestra existencia de comunidad, sin embargo, no lo hemos hecho así, por lo que la conducta de los hombres de nuestra época será para las generaciones futuras motivo de profunda extrañeza. Es extraño, en efecto, que siendo una sociedad conocedora de los conceptos y los métodos de la ciencia, no los haya utilizado en la organización de su propia vida, dándonos el dominio de nosotros mismos y asegurar el éxito "feliz" de nuestra existencia individual y social, pero preferimos sus claros y simples conceptos, las lucubraciones del pensamiento filosófico del siglo XVIII, nos hemos estancado en abstracciones en lugar de avanzar hacia la realidad concreta. Sin duda alguna, la realidad concreta es difícil de asir y a nuestro espíritu le gusta el menor esfuerzo; escogemos la simplicidad de lo abstracto sobre la complejidad de lo concreto. Por eso, la humanidad se ha complacido siempre en manejar las abstracciones, aún cuando éstas le den una visión, incompleta o incluso falsa de la realidad.

Parte del ánimo de nuestro tiempo es la sensación de incertidumbre en relación con el futuro y de desconocimiento de la naturaleza del presente. Hay un malestar espiritual generalizado por lo que se percibe como la crisis de toda forma de organización de la sociedad. Pero también está en el espíritu de la época la sensación de un cambio de colosales dimensiones; pues nace una nueva civilización basada en la globalidad, impulsada por la ciencia, la técnica, la economía, los medios de comunicación y los flujos migratorios. Su matriz es la civilización occidental; sin embargo, su desarrollo no conlleva a la occidentalización del mundo. Esta nueva experiencia civilizatoria puede desarrollarse sin suprimir las diferencias políticas, sociales, económicas y culturales; por el contrario, la superación de lo distinto, o la síntesis positivista de los contrarios, parece ceder su espacio al enredo de situaciones, procesos e identidades diversas, todas las cuales tienen cabida en una civilización global.

Surge una relación cualitativamente nueva entre cultura y naturaleza, y entre el sujeto humano, el espacio y el tiempo. Instituciones antiguas como la familia y el Estado se desintegran, para reconstruirse sobre bases nuevas; el progreso tecnológico supera en intensidad al cambio social y al desarrollo moral. Los sujetos humanos se comunican más que nunca en su historia, sin que esa comunicación interpersonal y directa debilite las tendencias a su individualización. El mercado como asignador de recursos y la democracia política como metodología de estructuración del poder, se toman parte de una cosmovisión universalmente compartida.

Cuando ocurrió el derrumbe de la Unión Soviética, en el mundo se desarrolló una tendencia intelectual que pronosticaba no sólo la homogeneización de modelos económicos y políticos, sino de los valores culturales, gustos y conductas. Tuvo lugar una verdadera explosión de las especificidades nacionales, regionales y locales, de las diferencias étnicas, culturales y religiosas, como operación inmunológica contra la homogeneización de un mundo esencialmente diverso. La variedad se opuso a la entropía; la diversidad fue reconocida como combustible de vitalidad y creatividad. La identidad fue asumida como condición

del progreso de personas, grupos y sociedades. Es insuficiente una coexistencia pasiva entre mundialización y preservación de identidades.

El presente y el futuro de todas las sociedades y Estados es desarrollarse como multiculturales y pluriétnicos, en una civilización universal. Por su propio camino, todas las identidades nacionales que conforman el mapa del mundo globalizado tendrán que aproximarse al multiculturalismo y desterrar la idea de un Estado nacional basado en la existencia de un pueblo, una lengua, una cultura. Dicho destino no tiene fundamentos únicamente en la cultura, sino que es también una necesidad de la economía global. Una cultura de consumo universal y uniforme atentaría contra la diversidad de nichos de mercado, que es una de las fuerzas motrices del capitalismo posindustrial (Verduga, 2000).

Un elemento, que vale la pena explicitar, respecto al ámbito económico, es el libre comercio, que se entiende como el flujo del comercio basado en la oferta y la demanda, exento de reglamentaciones gubernamentales, controles y actividades de promoción. Adam Smith, lo expuso en su obra de "La Riqueza de las Naciones", para fomentar la división internacional de la mano de obra, basándose en una especialización nacional de la producción, que elevaría tanto la producción, como los niveles de vida de todos los países. Más tarde, la teoría de la ventaja comparativa de David Ricardo, modificó la ventaja absoluta propuesta por Smith; pues Ricardo reconoció que muchos países no tendrían tal ventaja en la producción de cualquier artículo y por lo tanto, podrían especializarse en aquellos productos que cada uno de ellos pudiera producir más eficientemente, para ofrecerlos a cambio de otras necesidades. Bajo el sistema capitalista, la política gubernamental del *laissez-faire* o dejar hacer con respecto a cuestiones de comercio extranjero, permitiría que las fuerzas del mercado determinaran las actividades económicas.

Así, el comercio libre se desarrolló teórica y prácticamente como una reacción a las políticas de sofocación de empresas del mercantilismo. El comercio relativamente libre, floreció en muchos países durante el siglo XIX y principios del

XX; pero después de la Primera Guerra Mundial, la mayor parte de los países establecieron políticas proteccionistas. La orientación principal de las relaciones económicas internacionales desde la Segunda Guerra Mundial, ha incluido un esfuerzo colectivo para remover las barreras de comercio levantadas durante el período de nacionalismo económico de las décadas de 1920 y 1930. Fue hasta 1945 que ha habido una tendencia a un comercio más libre entre casi todas las naciones y hacia el libre comercio entre los miembros de los mercados comunes establecidos por grupos regionales (Plano y Olton, 1985).

Puede señalarse, que de manera paralela, el pensamiento occidental moderno desarrolló la idea de que todas las culturas tienen igual valor, esta convicción acompañó a Occidente en la investigación y comunicación con otras culturas, y actuó como contrapeso moral frente a la expansión imperial de las potencias occidentales y la lucha de los pueblos colonizados, permitió que la humanidad fuese consciente de su diversidad.

Como ya habíamos mencionado, antiguas instituciones como la familia y el Estado, se redefinen aceleradamente; pues el abstraccionismo de las relaciones sociales ha vuelto más opaco que nunca el estudio de la creación y distribución de la riqueza social, a pesar de lo tangible que son las polarizaciones de su reparto. El sujeto humano ha dejado de ser el único factor inteligente del proceso productivo, gracias a la intervención de máquinas creadas por él mismo.

En un mundo donde la tecnología y la economía han ganado el predominio sobre la política y la cultura, los productos de la humanidad parecen someter al hombre. Alienación, cosificación, desgarramiento, fragmentación... son algunas de las palabras que se emplean a menudo para describir la percepción del sujeto moderno frente a una historia que se escapa de sus manos y que poco a poco pierde todo significado humano (Iglesias, 2000).

El objetivo fundamental de las identidades culturales, no es hacer frente al enemigo, sino ocuparse del extranjero. Se favorece todo lo que suponga un fortalecimiento de la unidad sociocultural; se favorece y se refuerza la homogeneidad étnica, religiosa, lingüística y cultural.

El proceso de evolución de las sociedades pone de manifiesto que la modernidad occidental despliega un conjunto de nuevas situaciones funcionalmente especializadas, en torno a las que organiza una estructura de roles igualmente especializados, para proceder a la inclusión de los nativos. Sólo hay que mirar hacia atrás, para encontrar ejemplos, como el rol de ciudadano que es el primero en hacer su aparición histórica a través de las revoluciones liberales y burguesas; le sigue el rol de trabajador prolijado al calor de la revolución industrial y la sociedad centrada en el trabajo; el Estado social de bienestar, crea los roles de consumidor y el rol de cliente de la burocracia. El nativo goza de los derechos de propiedad, de contrato y de trabajo dentro de la economía capitalista, y de los derechos electorales del ciudadano y de los derechos del bienestar como cliente de las burocracias administrativas. La categoría de perteneciente a un Estado nacional, pone de manifiesto que todos los contextos funcionales son accesibles a todos los participantes de la vida social: todos tienen la posibilidad inmediata de decidir la propia fe (Beriaín y Lanceros, 1996).

La concepción del sujeto como individuo, como sujeto de intereses y necesidades, tiene ciertas bondades, pues nos permite entender que la racionalidad también obedece a intereses y que los procesos económicos deben resolver necesidades humanas. Pero habría que discutir, si el ser humano es ante todo un individuo aislado, que se relaciona gracias a sus propias necesidades e intereses, o si, es alguien relacionado con "otro" y, por tanto, movido irremediabilmente a la responsabilidad con ese "otro". Presenciamos el espectáculo del movimiento de aquello que Occidente ha llamado "desarrollo", "modernización" y "Globalización"; el individuo realiza su libertad cuando opera desde la perspectiva dominante de su racionalidad y desde sus intereses; dentro del mercado, este proceso es la producción a gran escala, a una escala casi

infinita, de bienes y servicios, que resuelven necesidades dentro de los dispositivos de distribución y consumo fijados por el sistema.

En este sentido, la Globalización es la realización de la libertad, si se puede llamar libertad a este proceso de producción y consumo, que se acerca asintóticamente hacia el infinito: un procedimiento insaciable de consumo que permite que la producción aumente constantemente, sin detenerse, sin límites; cada individuo, es libre porque puede consumir determinado producto, después este otro o aquel otro, y así hasta el infinito, entonces el individuo es libre en cuanto consume, en cuanto identifica su libertad con el consumo de objetos de deseo (López, 1999).

La Globalización disminuye el peso de los territorios y los acontecimientos fundadores que sustentaban y esencializaban lo nacional, y también la revaloración de lo local redefine la idea misma de nación. Mirada desde la cultura-mundo, la nación aparece provinciana y cargada de lastres estatistas y paternalistas; mirada desde la diversidad de las culturas locales, la nación equivale a homogeneización centralista y acartonamiento oficialista. De modo que es tanto la idea como la experiencia social de identidad, la que desborda los marcos maniqueos de una antropología de lo tradicional-autóctono y una sociología de lo moderno-universal. La identidad no puede seguir siendo pensada como la expresión de una sola cultura homogénea perfectamente distinguible y coherente. Hoy nuestras identidades (incluidas las de los indígenas), son cada día más multilingüísticas y transterritoriales, y se constituyen no sólo de las diferencias entre culturas desarrolladas separadamente sino mediante las desiguales apropiaciones y combinaciones que los diversos grupos hacen de elementos de distintas sociedades y de la propia. Lo que nos devuelve a la multiculturalidad de la ciudad, pues es en ella mucho más que en el Estado, donde se encarnan las nuevas identidades hechas de imagerías nacionales, tradiciones locales y flujos de información transnacionales, y donde se configuran nuevos modos de representación y participación política, es decir, nuevas modalidades de ciudadanía.

La modernidad supone, desde la revolución americana y francesa, una diferenciación entre cultura y política, emergiendo de esta manera, un tipo de identidad dual que engloba al ciudadano de un Estado nacional, es decir, de una comunidad política y al miembro de una comunidad cultural. El equilibrio inestable existente entre ambos lados de la identidad moderna, conduce a conflictos sociales, cuya manifestación más importante se da en los movimientos etnosociales hoy en día.

Hay una búsqueda de identidad colectiva, como respuesta al empobrecimiento de las relaciones e interacciones en las sociedades modernas. La efervescencia de la masa, la reunión física en determinados lugares, es una respuesta social, compensatoria, al anonimato de los individuos, a la fragmentación en roles de la vida, a la carencia de visiones o relatos compartidos, a la diseminación de los referentes de sentido.

La individualización y el mundo privado, se erigen como embriones de comunidad, y no porque tales realidades sean de orden superior a cualesquiera otras, sino porque son las que ejemplarmente utilizan los actores sociales. En un mundo marcado por problemas de integración y sentido, los individuos se empeñan en seguir construyendo grupos comunitarios y lo hacen con el aparato cognitivo e institucional que poseen.

Si las formas de socialidad manifiestan la progresiva pérdida de importancia de los lazos primarios, emerge con fuerza una corriente: el nacionalismo, que intenta sustituir las mediaciones entre el individuo y las grandes instituciones de la civilización por una forma de comunidad no política, pero políticamente generada desde el Estado: la nación. El sentimiento de pertenencia y la adscripción al nosotros comunitario, en la situación moderna, requiere la identificación de cada individuo con una comunidad necesariamente abstracta.

El componente moderno de la nación, radica en la capacidad de generar en ciertos grupos humanos, "un sentimiento" específico de solidaridad frente a los otros grupos, una comunalidad compartida basada en una convicción emocional

más que en una racional, basada en un pensar con el corazón más que con la mente. La nación logra instituirse como unidad sociocultural substituyendo la comunidad natural de sangre, de origen étnico, por la comunidad de símbolos socialmente creados y concreados. Las naciones modernas pretenden ser lo opuesto de lo nuevo, de lo construido, pretenden ser comunidades naturales, en realidad, son comunidades simbólicas socialmente construidas que se dotan de un simbolismo constitutivo que se mantienen en una invención de la tradición (Berriain y Lanceros, 1996).

En la Globalización comunicacional, se puede incrementar la sensación de protagonismo y presencia, al lado de un mayor anonimato: "los flujos de información y la circulación de imágenes en la nueva industria comunicativa son instantáneos y globalizados. Esto imprime en quienes participan, percepciones paradójicas; por una parte sensación de protagonismo, porque a través de Internet son muchos los que hacen circular sus discursos con un esfuerzo mínimo; por la otra, sensación de anonimato, al contrastar nuestra capacidad individual con el volumen inconmensurable de mensajes y de emisores que están presentes a diario en la comunicación interactiva a distancia. Por un lado la impotencia del sujeto ante un orden que lo rebasa en volumen de información, de transacciones, mensajes e innovaciones tecnológicas; y por otro, las tantas nuevas opciones de autorrealización por vía de la extroversión *massmediática*. Todo esto hace que en la subjetividad se recombinen nuevas formas de ser activo y ser pasivo, nueva percepción del tiempo y la distancia, nuevas representaciones del diálogo y la comunicación, nueva relación con la información y el conocimiento (López, 1999).

La prevalencia de la racionalidad funcional, que encamina a la homogeneización funcional de la sociedad y de la cultura, apuesta más a una tiranía de un tipo de mentalidad y de actitud que supone de hecho la represión de una serie de dimensiones humanas. Ha colaborado fuertemente a la liquidación de las visiones del mundo y del predominio de la visión del mundo totalizante. Han aparecido diversas visiones de la realidad, cada vez más fragmentadas; lo que ha facilitado la desecación de las fuentes del sentido, de la tradición, los valores,

etcétera. Nos encontramos en una situación de fragmentación cosmovisional, de pluralidad de referentes de sentido, con el predominio de una visión funcional y mercantilista, donde el individuo queda referido a una multiplicidad de roles, grupos, tareas, experiencias... que no traspasan el umbral de lo utilitario y pragmático. El sentido global o general, naufraga en estas circunstancias; la persona carece de coordenadas para poder obtener referencias y ubicarse en el mundo. La desorientación, el sin-sentido, comienza a deambular. La identidad se vuelve entonces, enormemente problemática. El universo del mercado y el de las identidades, la funcionalidad y la identidad, no terminan casándose.

La identidad se ha vuelto problemática en nuestra sociedad moderna. Para analistas sociales de la modernidad como Alain Touraine, Jürgen Habermas o Anthony Giddens, constituye uno de esos indicadores, donde se revelan los malestares y las contradicciones de nuestra cultura y sociedad. Esta cultura y sociedad modernas, están enfermas o aquejadas de algunas contradicciones que se manifiestan en la dificultad de individuos y colectivos para tener claras sus señas de identidad. No saben exactamente quienes son; han perdido sus referentes de sentido. No saben de dónde vienen ni a dónde van, o al menos, no lo tienen tan claro como antes.

Anthony Giddens, habla de una destradicionalización, es decir, de un orden social postradicional. Así, las tradiciones que han jugado un papel social estabilizador de primer orden, son sometidas a la reflexión más o menos crítica; no desaparecen, pero sí son reinterpretadas, reformuladas, sometidas a una justificación. Con dicha crítica, el orden social pierde suelo y estabilidad. Así, los individuos y grupos experimentan desazón y el cuestionamiento de muchas de sus seguridades sobre las que descansaba su visión del mundo, así como sus comportamientos. Los referentes de sentido, se tambalean y con ellos la identidad personal y grupal.

Existen dos aspectos centrales en la Globalización: la noción de racionalidad tecnológica y la concepción del sujeto humano como individuo. En contraste vamos a encontrar el vínculo ético con el "otro" como algo originario a la experiencia humana, incluso antes que los propios intereses y razones. La racionalidad tecnológica, no sólo es la racionalidad que acompaña al proceso de modernización, una razón libre de mitología y ritualidad; sino que también ha sido un largo proceso de reducción de lo "otro" a las condiciones de dominio del individuo "pensante", condiciones definidas con metáforas visuales. Por su parte, la libertad humana puede ser asumida en este encuentro con el rostro del "otro"; se rompe el sueño de la homogeneidad, del modelo uniforme de realización humana, encontrar al radicalmente "otro", nos permite asumir nuestra propia finitud y contingencia (López, 1999).

La Globalización se enfrenta al drama del hambre, del desempleo, de la inmigración y de la destrucción del medio ambiente; la sociedad global obtiene su propio éxito logrando integrar a una porción considerable de la humanidad en las formas capitalistas de producción, distribución y consumo, haciendo valer a la democracia representativa como el mejor sistema político posible, y postulando las ideas liberales como las actitudes pluralistas y tolerantes correctas, necesarias para un mundo abierto e interdependiente. Se puede decir, que la Globalización, es una crisis de la cultura occidental, pues todos los logros indudables que ha alcanzado y puesto a disposición de la humanidad, se ven amenazados desde su mismo interior al incrementar desmesuradamente la destrucción de las bases para su propio éxito: la naturaleza y la vida humana misma.

Asimismo, hay fragmentación en el ámbito ético, corresponde al relativismo dominante, que nos hace pensar que nada tiene valor o que todo es susceptible de ser convertido en dinero. En una sociedad donde nada tiene valor, lo que queda es la forma o el estilo de "presentación", es decir, la estética de las actuaciones. La estetización de la ética produce vidas carentes de fundamento y sentido. La existencia frívola, la vida estética, sencillamente es una opción de vida que se considera ideal sin mayores cuestionamientos, es decir, en ella se imita lo

que se presenta de manera global como "rol deseable". Aquello que se desea se busca por el placer estético que proporciona, pues estamos ante una humanidad que se presenta como espectáculo de sí misma en todos los foros posibles.

Una cultura global no es un invento reciente, sino un proceso en gestación por lo menos desde los viajes de Marco Polo y Cristóbal Colón. Y si las nuevas expresiones artísticas, no logran alcanzar los mundialmente reconocidos valores artísticos de tantos genios del siglo XIX o de las vanguardias del temprano siglo XX, acaso ello se deba más bien a que la lógica y el poder creciente del sistema económico está progresivamente aplanando toda superficie innovadora y creativa de los productos culturales y haciéndoles perder la condición de tales, independientemente del lugar de producción de éstos o de su carácter de mundiales o folklóricos (Iglesias, 2000).

Es cierto que existen temas como los derechos humanos y la preservación ecológica, que movilizan crecientemente a redes internacionales de acción ciudadana, al margen de los Estados nacionales. Pero también es real que el creciente individualismo de los seres debilita los referentes colectivos y las sociedades civiles nacionales, lo que aún influye negativamente en el desarrollo de una potencial sociedad civil planetaria. Por otra parte, la sociedad civil se ha desarrollado históricamente en una relación de aproximación y conflicto con el poder político. Sin un poder político internacionalizado, es difícil concebir una sociedad civil global.

Por ello, encontramos que el individuo de finales del siglo XX, enfrentándose a los albores del siglo XXI, no participa ya del entusiasmo, no se siente preocupado por promesas ni utopías. Escucha, curioso o perplejo, discursos que reproducen epitafios: se le ha hablado de la muerte de Dios, de la muerte del Hombre, del fin de la idea de progreso, del fin de la historia... en tales condiciones, el debate de lo moderno carece de credibilidad e interés, es mera observación de la mera actualidad.

Conclusión

Muchas pueden ser las posturas respecto a la Globalización, así como su fecha de nacimiento, pues hay quienes aseguran que la Globalización inició en 1492 con el descubrimiento de América; otros señalan que nació junto con el capitalismo y otros, sostienen que se trata de un proceso joven y que aun no se ha consolidado.

Dentro de las ciencias sociales, y más específicamente en el área de política, fue desde los años setenta, que se empezaba a hablar de Globalización, aunque no con esas letras, sin embargo, fue hasta la década de los noventa y propiamente a raíz de la caída del Muro de Berlín, que empezó a tener un uso común. Así, al hablar de Globalización, se consideraba como el resultado de la crisis del orden mundial, siendo en sí misma un proceso aún en curso, donde diversos procesos históricos se vieron relacionados, tales como la reconversión transnacional del capitalismo, que surgió de las crisis de los modos de acumulación y regulación de la década de los setenta; el arribo ideológico y político del neoliberalismo; la revolución tecnológica en comunicaciones; la expansión y unificación del mercado capitalista a nivel mundial; la desarticulación de las economías estatal-nacionales y la nueva geopolítica.

Como se trata de un proceso en curso, se le considera moderno o posmoderno, pero repercute fuertemente en el individuo, pues se ha creado una tríada entre modernidad, economía y política, donde se ha generado un conflicto central, llegar a un orden basado en la eficiencia, pero se opone a otro basado en la igualdad y la justicia; tal conflicto ha llevado a un replanteamiento cultural y social, de modo colectivo, el cual por cierto está menguando, pues la apuesta principal es a nivel individual; ya que la nueva dinámica, este proceso, apunta en gran medida, a "ser" en relación del "tener" material, somos en la medida de nuestro poder adquisitivo, así como del acceso y uso que hagamos de la tecnología e información, todo aquello que nos haga estar "in" en esta construcción del nuevo orden mundial que avanza a pasos agigantados.

Parte de estas redefiniciones del mundo y sus costumbres, afecta de modo inevitable a la política, desde su concepción de Estado-nación, sus funciones y valores e ideales perseguidos desde antaño como la Democracia, la libertad, la igualdad, la justicia... etcétera; pues en este proyecto, la economía, propiamente las leyes del libre mercado, marcan las pautas hacia la reconfiguración del nuevo orden mundial, aún con un alto costo social, pues son pocos los Estados fuertes que se encuentran en condiciones de liderar.

Capítulo 3 **Democracia Autoritaria**

“La nación-estado, ya no es lo que fue hace dos siglos: ha desaparecido el nacionalismo fundamentado sobre las necesidades prácticas de la interdependencia económica y la seguridad dentro de las fronteras. Pero eso nos dá la oportunidad –a los norteamericanos como a todas las demás sociedades– de redefinir quienes somos, por qué nos hemos reunido y qué obligaciones tenemos entre nosotros y con el resto del mundo. La decisión es nuestra. Estamos sometidos tanto a las tendencias actuales como a los vestigios del pasado”.

Robert B. Reich. *El Trabajo de las Naciones.*

“La Democracia es el espíritu de esta época.

La Globalización es su cuerpo”.

“Gobernar la Globalización, es poner las cosas en su lugar, devolverle a la política su carácter fundacional, su condición de vincular entre nación y modernidad, su función de puente entre pasado, presente y futuro, su significado insustituible en la representación social de la realidad”.

César Verduga Vélez. *Gobernar la Globalización: La Historia que Comienza*

**ESTA TESIS NO SALE
DE LA BIBLIOTECA**

Capítulo 3

Democracia Autoritaria

3.1. Impacto de la Globalización en los Estados nacionales

Sin lugar a dudas durante el siglo XX, se marcó un gran interés por perfeccionar al Estado, por alcanzar la igualdad que nos fue prometida desde la Revolución Francesa, fuimos testigos de una reproducción a escala mundial de fenómenos que llevaron a los totalitarismos y a las grandes guerras mundiales. Precisamente el fin de la Segunda Guerra Mundial, marcaría una nueva dinámica en el orbe: bipolaridad; donde se implementaron dos modelos de desarrollo opuestos y quedó así, lanzada la moneda al aire. Fueron años difíciles, donde cada modelo mostraba sus bondades, sin embargo, la moneda cayó al suelo, y marcó en apariencia el triunfo del modelo capitalista; de igual manera cayó el Muro de Berlín en 1989, lo que dio origen a una fuerte crisis, la cual por cierto sigue en proceso.

Ya no existía la bipolaridad, por lo que se empezó a hablar de Globalidad, de lo que convendría al "globo terrestre", pero desde sus inicios, adoptó la postura de pensar que la revolución no es lo que se esperaba; se afirmó también el Estado Liberal, pero para hacerlo "ad hoc" con la época, se le nombró Estado Neoliberal; las guerras continuaron, pero básicamente por índole étnica y religiosa; las ciencias sociales no fueron inmunes, y entraron también en crisis, pues cómo habrían de explicar lo que estaba pasando, cómo reaccionar ante el cambio; el Estado se volvió más racional, en el entendido de que todo lo hace "lógico", ordenando incluso las costumbres, lo que llevó a la despersonalización del individuo, así como de las comunidades; en general, llevó a la negación del progreso, del desarrollo y del significado de civilización, pues se asimiló también que no había futuro, que no llegaron las promesas de la historia, por lo que se apostó a una posmodernidad carente de sentido histórico, como época de desilusión, con un intento de homogeneizar, aunque no se sepa qué, ni cómo, y donde indiscutiblemente se extendió la incertidumbre.

Por ello, ante la ausencia de una propuesta de izquierda y bajo la amenaza de un neofascismo, la única alternativa no utópica fue la neoliberal, e implicó la profundización de la fractura social, de la desocupación, de la marginalidad, de la división a manos del mercado entre los que cada vez siendo menos poseían más, y de los que cada vez siendo más, poseían menos.

La reconfiguración del mundo, puso en jaque la función y los mecanismos de los Estados nacionales, pues se volvió obsoleto y nocivo el Estado benefactor; al igual que se trastocó la idea de la nación; pues se planteaba la urgencia de "un mundo" homogéneo, en equilibrio, universal... por lo tanto se tendrían que redefinir los Estados nacionales, pero cómo hacerlo cuando lo que les dio origen ya no existía más, y las nuevas condiciones eran aún incomprendidas como para dar una respuesta inmediata y correcta para su sobrevivencia.

Pero la ruptura de la antigua nación-estado, no fue meramente geográfica, sino social, al crear una minoría de ciudadanos nacionales que dependen progresivamente de un mercado mundializado y una mayoría de víctimas socioeconómicas de esta Globalización neoliberalizada, la mundialización del sistema económico-tecnológico, fragmenta la unidad nacional, ya que la idea de "destino común" sobre la que se basaba no es más racionalmente sostenible.

La pérdida de eficacia de los Estados nacionales y de las instituciones políticas democráticas nacionales, así como de los sindicatos nacionales, está provocando su rápida deslegitimación y llevándolos a una posterior pérdida de eficacia frente al sistema económico globalizado.

El Estado nacional, en cierta medida es impotente para extender el principio igualitario de la ciudadanía por encima de su propio marco. Las enormes desigualdades geográficamente determinadas que siguieron a la Declaración de los Derechos Humanos de 1948, demostraron lo insalvable de tal incapacidad ante el surgimiento de Primeros, Segundos, Terceros e incluso Cuartos mundos, progresivamente más ajenos a la igualdad proclamada.

Las mismas sociedades del bienestar, han sido puestas en crisis porque la hegemonía planetaria del sistema económico capitalista mundializado, sobre unos sistemas políticos meramente nacionales, lleva necesaria y velozmente al predominio global de las desigualdades capitalistas, por sobre las igualdades de la ciudadanía democráticas.

El Estado moderno heredó dos tradiciones en parcial contradicción, que sin embargo, lo fundamentan: una tradición democrática por la cual todos los hombres, en cuanto ciudadanos, tienen derecho a la representación política en el marco de una soberanía popular determinada por una mayoría, y una tradición liberal que establece los límites al poder político resultante en el respeto de los derechos de la minoría, del espacio propio a la sociedad civil y del ámbito privado. En tal sentido se sostiene, con razón, que el Estado moderno es un estado de derecho cuyas razones deben someterse al doble juego democrático y liberal. El Estado moderno es, por lo tanto, un Estado de todos y a la vez, un Estado de poderes limitados.

A través de la Globalización del mercado económico, los capitales transnacionales han logrado anular la principal fuente de poder de los Estados nacionales: la capacidad de restringir el acceso a su propio mercado a productos y capitales provenientes de otros países y eventualmente, de impedir o limitar la exportación de las ganancias obtenidas en su territorio; capacidades de las que se deriva la posibilidad de imponer medidas fiscales, salariales, etcétera a unos capitales entonces obligadamente nacionales, cuya fortuna estaba fuertemente ligada al crecimiento y desarrollo del mercado interno. A través de la progresiva caída de las fronteras económicas nacionales, las medidas que los gobiernos democráticos lograban imponer casi planetariamente al sistema económico, se han transformado en las imposiciones con que los capitales mundiales condicionan y determinan las políticas económicas nacionales (Iglesias, 2000).

A la par que se presenta la mundialización del capital, se observa la transformación del rol de los Estados nacionales. No es que éstos desaparezcan, como se dice comúnmente, sino que su función como entes reguladores de la relación capitalista se modifica. En efecto, en vista de la superación del control de un territorio y de unas fronteras fijas y determinadas por parte de un Estado, transgresión que se ha facilitado por las innovaciones tecnológicas en las telecomunicaciones, los Estados han renunciado a las funciones que hasta ahora habían desempeñado como reguladores del capitalismo. Así se han abandonado sus tradicionales papeles de regular la moneda, el trabajo, el comercio internacional, los flujos de capital, la promoción de una cultura y de unos valores nacionales, la protección del mercado interior, etcétera, para adoptar ahora la lógica de la mundialización.

Dicha lógica, supone la desregulación completa en distintos frentes, tales como la liberalización financiera, la entrada sin restricciones a un país del capital internacional, la repatriación completa del capital invertido en determinado territorio, el abandono de la protección de la fuerza de trabajo local, para adoptar la flexibilidad laboral, la aceptación de las zonas francas y lugares de ensamblaje con todo tipo de facilidades para las empresas multinacionales, etcétera. Ahora el Estado asume el control y la ejecución de estas nuevas funciones, con el argumento de racionalizar los recursos, lograr eficiencia y poder competir en el mercado mundial, para lograrlo, adopta las recomendaciones del Banco Mundial, del Fondo Monetario Internacional y de la Organización Mundial de Comercio, tendientes a privatizar las empresas públicas, reducir el déficit fiscal, aumentar los impuestos al consumo, desregular el mercado laboral y dar facilidades a los inversores extranjeros.

El capitalismo se expandió por todo el orbe por una circunstancia política concreta: la disolución del sistema socialista en Europa Oriental y en la Unión Soviética; este proceso, que sólo puede ser explicado en virtud de la confluencia de factores internos a ese sistema y de la presión internacional del capitalismo, significó en la práctica la desaparición de un sistema que hasta ese momento se

había presentado como alternativa al capitalismo internacional desde 1917 y el robustecimiento de este último por los nuevos bríos, ideológicos y políticos, que le ha dado la desaparición a la Unión Soviética. Así, Europa Oriental y Rusia, son terrenos de colonización salvaje por parte de las multinacionales y de los Estados capitalistas occidentales, lo que se ha expresado en el terrible retroceso social, cultural y económico que conocen las poblaciones de esos países. Pero el capitalismo, no sólo se ha extendido por esos países, sino que se ha extendido por los antiguos Tercer y Cuarto Mundo (territorios de Asia, África y América Latina), donde se habían presentado importantes luchas de liberación nacional desde fines de la Segunda Guerra Mundial. Desde el punto de vista geopolítico, el paréntesis que representó la polarización oeste-este, que caracterizó a la Guerra Fría, ha terminado para mostrar nítidamente la polarización de los últimos quinientos años: norte-sur. En efecto, desde 1492, el norte (representado en ese instante por las potencias europeas) ha dominado y explotado de diversas maneras al sur, lo que explica entre otras cosas, las abismales diferencias que hoy se presentan en cuanto a nivel y calidad de vida entre una veintena de países que reúnen escasamente a un quince por ciento de la población del mundo y el resto de la población pobre del planeta (López, 1999).

Dentro de la Globalización, concurre toda una serie de condicionamientos y poderes que limitan permanentemente la libertad de los gobiernos y los Estados, pues se ponen límites a una política interior autodeterminada, se transforman las condiciones de decisión política, se cambian de manera radical los presupuestos institucionales y organizativos y los contextos de la política nacional, y se transmutan las condiciones legales para el quehacer administrativo y político, y ello en el sentido de que la responsabilidad y aceptación consciente de las consecuencias de la política nacional-estatal, apenas si son todavía posibles.

Es por ello, que la Globalización económica entendida y llevada a sus extremos, minimiza costos y maximiza las ganancias; la Globalización se ofrece como vía de escape y como promesa a un cercano paraíso de ganancias. De igual modo, el capitalismo global, al declararse exento de toda responsabilidad respecto

al empleo y la Democracia, está sacando en el fondo su propia legitimidad. Sin seguridad material, no puede existir libertad política, ni por tanto Democracia alguna, en conjunto, existe un vacío de legitimación y de poder en el Sistema Político (Beck, 1998). Precisamente porque los mercados tienen efectos desiguales, y la desigualdad que provocan ha traído esas consecuencias políticas graves y quizá faltan aún mayores.

La Democracia aparece como un sistema de mediaciones políticas entre el Estado y los actores sociales y no como un modo de gestión razonable de la sociedad. Además de que nuestras libertades democráticas se degradan, porque ya no sirven para tratar unos problemas sociales agudos (Touraine, 2001).

3.2. Decisiones de organismos internacionales ¿son democráticas?

La Globalización implica que no sean ya las políticas nacionales las que determinen el mercado mundial, sino que sea éste quien determine las políticas nacionales. Es esta la inevitable conclusión de un universo donde es cada vez más claro que la lógica del conjunto tiende a subordinar y dominar la lógica de las partes. En un universo global políticamente fragmentado, esto implica la hegemonía de una economía mundializada sobre una política nacionalizada o, peor aún, nacionalista.

Y si de democracia y libertad se trata, es inevitable señalar que la situación actual, en la que decisiones que afectan la vida de millones de personas son tomadas en foros como el GATT, la conferencia de Davos, donde destacan el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el G8 y la Organización Mundial de Comercio, es inaceptable; y que sólo una reconstrucción republicana de las regulaciones estatales a escala mundial puede restituir ese equilibrio entre democracia y capitalismo que se ha perdido en las últimas décadas (Iglesias, 2000).

La desaparición de la Unión Soviética, reforzó en Occidente la opinión de que su ideología había triunfado a escala mundial, con ello era suficiente para considerarla universalmente válida; por lo que habría que buscar la manera de que pueblos no occidentales se comprometieran con valores como: la democracia, mercados libres, gobiernos limitados, derechos humanos, promover el individualismo, convencer sobre el imperio de la ley, entre otros, incorporándolos en sus instituciones, presentando la pócima mágica para crear un mundo feliz. Para Occidente, esto era universalismo, para el resto del orbe, es visto como imperialismo.

Las crisis de los años ochenta y noventa, cuando varios países del antiguo mundo comunista empezaron su democratización, eran necesarios drásticos recortes a todos los sectores estatales pertenecientes al antiguo ámbito comunista. Los sectores estatales de muchos países subsaharianos se dedicaron a actividades tales como la administración de empresas estatales y de compañías de comercialización agrícola, que provocaron efectos negativos en la productividad. Como reacción a esta tendencia, instituciones financieras internacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, junto al gobierno de Estados Unidos, recomendaron enérgicamente una serie de medidas enfocadas a reducir el grado de intervención estatal en los asuntos económicos; se trataba de un paquete de medidas al que uno de sus autores atribuyó la denominación de "consenso de Washington" y al que sus detractores en Latinoamérica llamaron "neoliberalismo" (Fukuyama, 2004).

Por ello, diversos organismos internacionales, que fueron creados para otros fines y bajo condiciones específicas, han tomado el estandarte para conquistar al resto del mundo, buscan y seguirán buscando mantener su posición preeminente y defendiendo sus intereses, bajo el discurso de que se trata de los intereses de la "comunidad mundial", expresión utilizada para revestir de legitimidad "universal" el discurso y medidas que responden sólo a los intereses de algunos cuantos países. Por ello, Occidente intenta integrar las economías de las sociedades no occidentales en un sistema económico global que domina, a través

del Fondo Monetario Internacional y otras instituciones económicas internacionales, promoviendo sus intereses económicos e imponiendo a otras naciones las directrices económicas que considera oportunas y que le generan ganancias a corto, mediano o largo plazo (Huntington, 1998).

Puede decirse, que el neoliberalismo es una doctrina, ha sustentado una verdadera guerra económica contra la mayor parte de la población mundial, que son los asalariados. Dichas políticas, decididas por los centros de poder financiero transnacional, y que han sido bautizadas como de la "Globalización", pretenden alcanzar la "eficiencia económica", escudándose en nociones tan vagas como la de "la modernidad" o las de "la sociedad tolerante", pero en general, se ha logrado todo lo contrario.

También, el neoliberalismo, puede verse como un totalitarismo, que pretende imponer un modelo único, pero al mismo tiempo es un dogmatismo, ya que sus principios contradictorios y hasta cierto punto velados, se presentan como verdades incuestionables e inevitables (Chomsky, 1999).

El neoliberalismo, se planteó como solución viable ante la crisis del Estado Benefactor, y por ende, parte inherente a la reforma del Estado, en términos generales, planteó la apertura al libre mercado; propagó la idea de ver al Estado como promotor, ni siquiera como árbitro; apuntó hacia la polarización de la riqueza y sobre todo, optó por una sociedad abierta, plural. Apuntaba hacia una modernización del Estado, pues había sido perjudicial, que su actividad se hubiera concentrado en programas de bienestar social; su protagonismo económico en gran escala mediante sus empresas públicas, así como una mayúscula y diversificada red de funciones administrativas de la más diversa índole, lo cual dejó como consecuencia un notorio vacío de rendimiento gubernamental; todo lo anterior debía cambiarse por una nueva gestión pública, donde imperaran la democratización; la rendición de cuentas; la transparencia de las acciones de gobierno; la representatividad y la efectividad.

Por ello el neoliberalismo, significó un importante golpe social, pues hubo reducción al gasto público, especialmente en servicios sociales como salud y educación, así como una reducción de servicios indispensables para los pobres y por ende a programas de combate a la pobreza.

Respecto a la pobreza, cabe señalar, de modo muy general, que a nivel mundial, dentro de programas de asistencia para el desarrollo, precisamente encabezados por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, éstos hicieron un manejo de recursos reembolsables, así como también permitieron que surgieran las ayudas atadas, donde queda condicionado el préstamo o ayuda, a cambio de adquirir bienes y servicios sólo del país donante y además en las áreas que éste estipule; aunque otras de las condicionantes son: que los países receptores sean democráticos, pues esto apuntará a una transparencia en el manejo de recursos; con reformas estructurales, ya que de ello dependerá el buen uso de dichos recursos; y a como están los tiempos, no nos sorprendería que quede explícito la lucha antiterrorista con que cuentan.

Ha cambiado la prioridad geopolítica para Occidente, mientras África sigue sufriendo de hambre, geopolíticamente no es prioritario, pues existen otros países que tienen posibilidades comerciales y por tanto se convierten en focos importantes de inversión, ya que la ganancia será ventajosa y a corto plazo; en general, los países que más necesitan el apoyo, para resolver sus necesidades más básicas, no lo reciben.

Dentro de estos programas de cooperación para el desarrollo, un caso que llama la atención, es sin duda México, pues de ser un país receptor, fue reclasificado, ya que al firmar tratados, se tradujo como un no requerir ayuda, no estar necesitado; por ello, a partir de 1994, varios programas han sido cancelados, pues dio una imagen distinta a partir del TLCAN y "su incursión al Primer Mundo", cuando también en ese mismo año, quedó expuesto ante el mundo, un México dividido, con problemas de pobreza, de marginación indígena... de una falta de proyecto de nación incluyente, plural, tolerante, responsable... hasta la fecha, es

necesario replantear la imagen real de que México, es un país que sí necesita ayuda para su desarrollo.

La oferta del mundo moderno es muy atractiva porque conjuga la prosperidad material de las economías de mercado con la libertad política y cultural de la democracia liberal. Sin embargo, la modernidad del Occidente liberal resulta difícil de alcanzar para muchas sociedades del mundo. Si bien algunos países de Asia Oriental han llevado a cabo esta transición con éxito a lo largo de las últimas dos décadas, otros países del mundo en desarrollo se han estancado o incluso han experimentado una regresión durante el mismo periodo. La cuestión que cabe plantearse es, por tanto, si las instituciones y los valores del Occidente liberal son verdaderamente universales o si, por el contrario, como mantendría Samuel Huntington, representan únicamente el resultado de la evolución de unos hábitos culturales procedentes de una determinada parte de la sociedad del norte de Europa (Fukuyama, 2004).

Actualmente, el producto principal de la economía está dejando de ser sólo la forma objeto-mercancía, se trata de algo mucho más amplio y complejo, pues se contempla también como información y conocimiento, lo que a su vez contribuye también al predominio del poder económico sobre el político.

Hoy, las mismas políticas, la misma lógica del sistema económico globalizado son impuestas a escala nacional en todo el planeta. El resultado a escala mundial es: disminución de una demanda efectiva global y aumento de la productividad, es decir, hay sobreproducción, crisis, desinversión, desocupación, nueva caída de los niveles de empleo, nueva disminución de la demanda efectiva y, por lo tanto: fragmentación social y retroceso político; sin embargo, eso no parece interesar mucho a los organismos que llevan la batuta económica mundial.

Las recurrentes comparaciones entre el crack de 1929 y la situación actual, que se desatan a cada nueva crisis económico-financiera global y ante su frecuencia y gravedad crecientes son algo más que una exageración periodística, constituyen la demostración de que un sistema económico librado a su propia

suerte, incapaz de redistribuir los incrementos productivos, marcha hacia el abismo de su propia implosión.

Frente a las aspiraciones europeístas de muchos ingenuos bienintencionados, es necesario recordar que el principio sobre el que se basa la hegemonía globalista del neoliberalismo, es que los Estados territoriales, son permeables y fantasmales frente a un sistema económico cuya mundialización es irreversible. Los bloques continentales que, como el europeo, han logrado resistir provisoriamente a la lógica destructiva de la Globalización del mercado, están condenados, a mediano plazo, a la misma decadencia de las naciones Estado que los conforman.

Se olvida frecuentemente que el Estado moderno nació de la democratización de un poder político elitista, clasista y hereditario, es, por definición, el Estado de todos, es decir, el Estado en el cual cada uno de los individuos que componen la sociedad, tiene derecho a la representación política en el doble sentido, de elegir sus representantes y de constituirse él mismo en representante; así dado su origen y su índole intrínseca, el Estado moderno no puede sino ser una asociación política de pares, en el que todo habitante es ciudadano y posee iguales derechos al resto. En este sentido, el desarrollo de la sociedad industrial es la historia de la conciliación de intereses contrapuestos en mutuo y generalizado beneficio. Y su principal terreno de disputa y de dirimición y acuerdo de tales intereses ha sido el Estado.

Sin embargo, la misma lógica interna de los Estados nacionales sometidos a la Globalización y a la competencia por la afluencia de los capitales transnacionales se diferencia de una mecánica imperialista. Si ésta se fundamenta en la exportación forzada de capitales, aquélla se basa en el intento de atraer capitales desterritorializados que forman parte de la burbuja financiera global.

El verdadero problema no es la dependencia de las naciones del Sur respecto a las del Norte, sino la subordinación de los sistemas políticos democráticos y el porvenir de los seres humanos, respecto a un sistema económico capitalista mundializado.

Cuando la política es abolida por la economía, cuando el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial conforman el piloto automático oculto de la economía mundial: ¿cómo extrañarse de que los intereses del tercio perdedor de las sociedades avanzadas, y los de los desocupados, y los de las masas empobrecidas del Tercer Mundo, no sean mínimamente considerados por quienes elaboran unas políticas económicas que ahondan la brecha ya enorme que separa a aquéllos del resto de la humanidad? (Iglesias, 2000).

3.3. Imposición del modelo democrático

Las grandes ideologías políticas del siglo XX son: liberalismo, socialismo, anarquismo, corporativismo, marxismo, comunismo, socialdemocracia, conservadurismo, nacionalismo, fascismo y democracia cristiana; todas ellas tienen una cosa en común: son producto de la civilización occidental, ninguna otra civilización ha generado alguna ideología política relevante. Por ello, cierto engreimiento generalizado y provinciano, que acompañó las últimas décadas del siglo XX, que sostiene que la civilización europea de Occidente, es ahora la civilización universal del mundo (Huntington, 1998).

Nunca como ahora la Democracia se había convertido en un término retórico de uso diario y tampoco nunca antes existían tantos gobiernos formalmente democráticos, es decir, con sistema electoral y separación de poderes, pero tampoco nunca como hoy, la mayor parte de los seres humanos del planeta, habían visto tan pisoteados sus derechos. A la par que se difunde la retórica democrática, unos 800 millones de mujeres y hombres, están desempleados en todo el planeta, un tercio de la población económicamente activa del mundo, mientras que otros cientos de miles, ven reducidos sus salarios o ven cómo se les incrementa la jornada laboral y ven desaparecer las conquistas

sociales del siglo XX. Al mismo tiempo, reaparece la esclavitud en diversos lugares del mundo, e incluso en Estados Unidos vuelve a ser rentable el trabajo infantil, y la pedofilia y actividades criminales semejantes se convierten en lucrativos negocios que proporcionan jugosas ganancias a los “nuevos” industriales del orbe (López, 1999).

Desde los años sesenta, Charles Lindblom, escribió que la Democracia es un medio de acción racional del sistema político para cumplir y ampliar sus funciones de control, mediación política y consenso político. De acuerdo con ello, la Democracia se define como inteligente porque establece un sistema de negociaciones, controles y equilibrios de poderes frente a los líderes y no líderes y mantiene la tendencia niveladora del control gubernamental sobre la vida económica. Desde esta perspectiva, el problema de la Democracia no son sólo sus relaciones con la economía, sino el carácter racional y plural de sus fundamentos, a través de los cuales Lindblom diserta y trata de responder a una pregunta clave de su biografía académica: ¿cómo lograr el equilibrio entre Democracia y sistema de mercado?, es decir, ¿cómo operan los fundamentos de la coordinación de los dirigentes políticos y sus decisiones?.

La capacidad de exportar un discurso a todo el orbe y de esperar una respuesta cercana a la deseada es potencializado por un voluntarismo emanado de la providencialidad de un destino manifiesto que obliga a un activismo internacional autolegitimado y bienaventurado. Cuando promovemos la Democracia, estamos promoviendo un sistema de gobierno que permite a la gente de otras naciones escoger su propio destino de acuerdo a sus propios valores y aspiraciones. Todo queda así, al libre albedrío de los pueblos, todo menos la misma Democracia.

Crear en la posibilidad del bienestar mundial a partir de la Globalización, esperando que el comercio y la tecnología se globalicen y que la falta de desarrollo económico y técnico local sea una limitante para la misma Globalización, es creer en esas promesas contenidas en el globalismo

estadounidense. La Globalización no tiene necesidad de garantizar esas condiciones, y no asumirlo significa olvidarse de que el desarrollo desigual y el nivel de vida de las masas semihambrientas son las condiciones y las premisas básicas, inevitables de este modo de producción.

Es en este sentido en que la Globalización, aporta las condiciones de materiales y de inmediatez informativa que permiten que el discurso democrático sea trascendente y que se manifieste, aún siendo una promesa incumplida de la modernidad ilustrada, con una gran utilidad en el propagandístico poder suave ejercido por la política exterior de Estados Unidos y por lo tanto, clave de un pretendido orden internacional basado en la universalidad democrática, universalidad al final valorativa y no necesariamente aplicable.

La Democracia será el gran signo de la Ilustración en su aplicación, será la concreción sistemática del liberalismo político y se convertirá en el gran eje articulador de la política exterior de los Estados Unidos, durante el siglo XX, posibilitando que la potencia sobreviviente de la Guerra Fría, se erija como un Imperio Benevolente fundamentado en el ejercicio intensivo de un poder suave que le significará asumirse como la "nación indispensable" (Orozco y Dávila, 2001).

Para Fukuyama, la democracia es el derecho de todos los ciudadanos de participar en el poder político, es decir, el derecho de todos los ciudadanos a votar y a tomar parte en la política, a través del derecho a elegir a sus gobernantes en las elecciones periódicas, en votación secreta y con multiplicidad de partidos. Como se trata de un derecho que puede asimilarse con la idea de los derechos consagrados por el liberalismo, la democracia se ha asociado históricamente con el liberalismo, aunque estos dos conceptos no tienen porqué coincidir, pues se dan en países liberales que no son democráticos y países democráticos que no son liberales.

La democracia liberal ya no tiene contrapesos ideológicos; se reconoce, por tanto, que el único principio universalmente válido de legitimidad es la soberanía del pueblo, en el sentido de derecho al voto y multiplicidad de partidos. La democracia es, por tanto, "la única forma universal".

El éxito de la democracia en gran variedad de puntos y entre pueblos diferentes, debería sugerir que los principios de libertad e igualdad en que se basa, son de hecho, descubrimientos sobre la naturaleza del hombre en tanto que es hombre.

Gracias a Fukuyama, tenemos una descripción de los dispositivos institucionales característicos de la Globalización; lo que se ha globalizado son tres instituciones propias de Occidente: la democracia formal, el capitalismo o economía de libre mercado y las ideas liberales. Estas instituciones, son a su vez, las normas básicas y expresan lo contrario de aquello que se prohíbe.

¿Por qué las Democracias son fundamentales para el nuevo orden internacional?

1º. Porque se asume que las Democracias son amantes de la paz y la explicación más contundente para ello, es que las Democracias van más renuente a la guerra, dando como un hecho la generalidad del procedimentalismo y el utilitarismo democráticos;

2º. Porque la legitimidad que debe caracterizar a las Democracias permite al gobierno un amplio margen de acción, trasladando la fundamentación del ejercicio del poder del nacionalismo al institucionalismo despersonalizado y a la posibilidad de participación civil.

3º. Finalmente la Democracia obliga a que los grupos de presión, los grupos de interés, los partidos políticos y toda la sociedad en general, tenga que expresarse y actuar políticamente haciendo uso sólo de discursos comunes y de consenso, evitando los extremos y la oposición de ideas, acomodándose en un

estrecho espectro de liberalismo conservador, que inercialmente conduce a un status cercano al del fin de la historia.

Puesto que el principio insustituible de la democracia es el de la igualdad, ésta posee una vocación universalista, esto es: es ciega a todo particularismo. Por ello, la asignación diferencial de derechos según la pertenencia a un grupo particular es esencialmente contraria a la igualdad e instaura un privilegio. Es decir: es antidemocrática aún cuando intente hacerlo a favor de los humillados y ofendidos.

La idea abstracta de universalización de la Democracia y de los derechos humanos, integra la materia dura donde se refractan los rayos de las tradiciones nacionales, del lenguaje, de la literatura, de la historia... de la propia nación. No obstante, para el enraizamiento de estos principios universalistas, siempre se precisa de una determinada identidad. Este tipo de universalidad se basa en el "imperativo categórico", de unas concepciones o convicciones sobre "lo bueno", "lo deseable" (Beriaín y Lanceros, 1996).

La democracia y la Modernidad se definen por el reconocimiento del sujeto y de la humanidad, del hombre, en su doble acepción de individuo y de especie.

Contrariamente al renovado énfasis en los particularismos fundamentalistas, los derechos son humanos, esto es: no pueden basarse en la pertenencia a un grupo étnico, por mayoritario o minoritario, poderoso o humillado que éste sea. Un Estado verdaderamente moderno, sólo puede basarse en la disociación entre las adscripciones sociales, familiares, étnicas, religiosas, etcétera, y los derechos de sus ciudadanos.

La decadencia de la democracia, es el resultado previsible de la caducidad de la escala nacional de la política. Las naciones modernas obtuvieron su racionalidad de su aspiración a representar un interés general. Por ello, su actual imposibilidad para desempeñar tal cometido las deslegitima, descalificando injustamente a la política y amenazando con el fin de la democracia.

Contra el generalizado apocalipsismo de diversas predicciones, es necesario insistir en que el desaparecer de la nación, no lleva así a la muerte de la política, sino la muerte de las políticas nacionales e internacionales, en que la pérdida de la eficacia y legitimidad de los Estados nacionales no lleva necesariamente al fin de la democracia, sino a la agonía de su manifestación centralizada en la escala piramidal de los Estados nacionales.

Una política democrática ha de reconocer objetos distintos a los de su actividad y espacios autónomos a su dominio, en lo que Habermas llamaría el mundo de la vida. Pero una política totalitaria no se define por su aplicación al entero espacio geográfico, sino al entero espacio social, no por el carácter continental o planetario de la unidad política, sino por su invasión anuladora de los ámbitos de la sociedad civil.

La democracia en el mundo se halla hoy más amenazada por la inoperancia de los sistemas político-institucionales que por sus intervenciones antiliberales, por la inexistencia de formas eficaces de participación pública que por los movimientos de masas, por un sistema económico omnímodo que por sistemas políticos totalitarios. Un verdadero liberalismo debiera hoy ocuparse más de la construcción de nuevos espacios políticos que de la limitación de los poderes del Estado, entre otros motivos, porque la reconstrucción de un poder público democrático y eficiente en la redistribución social de los incrementos productivos constituye hoy un paso hacia la evitación de las condiciones económico-sociales que históricamente han llevado al horror de los totalitarismos (Iglesias, 2000).

3.4. Retraso social y el bienestar que no llega

La expansión mundial del capital, trae asociada una manifiesta polarización social en todos los países del mundo. Este proceso, ha sido más drástico en aquellos territorios en los que siempre la distribución del ingreso y de la riqueza ha sido más inequitativo. La mundialización del capital viene acompañada de una mundialización simbólica y de los imaginarios de los seres humanos, que se transmiten a través de los satélites y que son recibidos hasta en el último rincón

del planeta, a través de la televisión. Los mensajes que se difunden, proponen un mundo feliz, en el que hombres y mujeres se realicen por medio del consumo ilimitado de productos. Este sueño global, rápidamente se convierte en una pesadilla global, cuando esos seres humanos se dan cuenta al confrontar su realidad inmediata que incluso sobrevivir es cada día más difícil. Esta contradicción, genera frustración y malestar social, que se manifiesta en el incremento de la delincuencia, enriquecimiento fácil, descomposición de identidades locales, etcétera.

La Globalización es producto de un orden internacional unipolar, caracterizado por la rapidez de la comunicación y el éxito financiero; sin embargo, el avance económico, se da en forma paralela al deterioro social, pues la pobreza, el hambre y la desigualdad en la distribución del ingreso han sido una constante en los últimos años, que en su conjunto conforman la otra cara de la Globalización, de la que nadie quiere hablar y que algunos cuantos si preguntan e incluso comentan para otros, lo que han descubierto.

Hay un descontento generalizado ante la dinámica global, por lo que se busca promover los derechos humanos, la protección del ambiente y una mejor calidad de vida para la humanidad.

Ciertas promesas del modelo, rápidamente quedaron al desnudo como simples falacias, una de ellas: que si bien en el corto y mediano plazo, se agudizarían las desigualdades sociales, esto habría de cambiar en el largo plazo; sin embargo, la igualdad social, no era un elemento intrínseco al modelo neoliberal, sino que se integró como un elemento ideológico.

La pobreza es palpable, ahí está y además sigue creciendo, sin embargo el discurso del núcleo dominante, se refiere a ella como algo ajeno, algo que no tiene que ver con el circuito modernizador, se trata de algo integrado en sí mismo. Pero esta pobreza moderna, prolifera además en medio de una desorganización social extrema, se acompaña y se caracteriza por la generación de formas cercanas a la anomia: el empleo informal y la economía subterránea no son un semillero de

empresarios populares; se caracterizan más bien por la nula solidaridad, la hiperjerarquización, la explotación más despiadada, la falta de formación laboral; además, todo ello en su conjunto, repercute en la familia, pues con gran facilidad encontramos a la familia rota, alguno de los padres ausente, problemas de adicciones y violencia... todo ello, extendido en general a la sociedad, cambiando y rompiendo el tejido social, así como también modificando formas y fondos de diversas instituciones.

Se trata del manejo de dos imágenes contrapuestas; por un lado, una visión respecto a cambios paulatinos, "concertados" en el nivel de la vida institucional y de los aparatos públicos de manera de ir logrando paso a paso una modernización armoniosa de la vida política y de la economía que logre expresar en algún momento y de manera formalizada en instituciones a la pluralidad política e ideológica de nuestra sociedad; por el otro lado, se evoca un panorama de caos, violencia, sufrimiento, hambre y desesperanza, producto de la confrontación, panorama del que ya no es necesario citar los ejemplos, ya que tanto la televisión como la Internet nos los han traído con lujo de detalles. Puede verse, que es una posición efectivamente maniqueísta que no difiere de ciertos planteamientos de los años setenta salvo en que lo que allá tenía signo negativo aquí tiene signo positivo y viceversa.

Los límites del capitalismo en su etapa de Globalización, implica que sólo algunos puntos del orbe pueden subsistir en una competencia mercantil a campo abierto, es decir, sin fronteras ni aranceles y que relega a la mayoría de los hombres a la pobreza, a la destrucción de su cultura y a la exclusión. Por esto mismo no pueden llegar estos teóricos al extremo del cinismo de llamar a esta teoría "tránsito a la modernidad", limitándose a la noción de tránsito a la Democracia.

La propuesta de una llamada teoría del tránsito a la Democracia, desde el momento en que se está llevando a cabo en una sociedad crecientemente desigual, está condenada a producir una separación entre sociedad y política: ante

la desorganización y la pobreza crecientes, nos dice, opongamos pactos para la paz que permitan conservar los pocos o los muchos beneficios de los integrados, un sistema de pacificación entre integrados y excluidos en el que se evite la revuelta, y en el que cada quien se vaya haciendo cargo bajo su responsabilidad y de acuerdo con sus medios, de su seguridad cotidiana (Zermefio, 2001).

En síntesis, la mundialización del capital, no es ese proceso idílico y dichoso que se nos pinta a diario, sino que está atravesando por un sinnúmero de contradicciones. Ese proceso, no ha beneficiado por igual a todos los seres humanos, pues las evidencias indican que solamente una minoría reducida está ganando con la mundialización mientras las vastas mayorías se hunden en la pobreza y la desesperanza. Esa misma realidad contradictoria es la que podremos constatar en seguida al tratar el tema de la metamorfosis del mundo del trabajo.

Se considera en una forma olímpica, que las transformaciones del trabajo experimentadas en esos países, se pueden hacer extensivas en su forma "civilizada", a la europea, a todo el mundo sin generar contradicciones esenciales ni graves problemas al conjunto de los trabajadores y que esas transformaciones dejen de ser analizadas como resultado de la reestructuración internacional del capitalismo de las dos últimas décadas, para ser vistas como un irreversible e incontenible resultado de la innovación tecnológica.

El crecimiento de la desigualdad atomiza la sociedad deteriorando los mecanismos de cohesión política y cultural, y desgastadas las representaciones simbólicas, "no logramos hacernos una imagen del país que queremos, y por ende la política no logra fijar el rumbo de los cambios en marcha" (López, 1999).

Una sociedad verdaderamente democrática implica el reconocimiento no ya del simple derecho a la subsistencia económica, sino de ese derecho a un trabajo productivo y socialmente reconocido que fue declarado inalienable desde los mismos inicios de la Modernidad política burguesa y que está hoy fuertemente cuestionado por un mundo que marcha hacia la abundancia de bienes materiales y hacia la extrema escasez de puestos de trabajo.

Todo el siglo XX, se desarrolló en la tensión entre la situación vigente en sus extremos y su contraposición con el largo paréntesis central del New Deal americano y de la socialdemocracia europea. Cuando la situación económica y social comienza a retrotraer a las pesadillas de inicios del siglo, la duda indispensable es: ¿por cuánto tiempo puede resistir un sistema democrático liberal republicano y cuánto perdurará la inexistencia de conflictos a media escala en un marco de desocupación y miseria en expansión, de expectativas de salarios y calidad de vida decrecientes, y de una crisis económica y social sin perspectivas de solución?. Las similitudes entre aquel primer período del siglo que tuvo violenta resolución y la actualidad, parecen suficientes para temer un desenlace trágico de las tensiones que acumula esta crisis. El enrarecimiento del clima social, la aparición de corrientes neofascistas, el corrimiento hacia la derecha del espectro político, el auge de la discriminación racista y de las teorías nacionalistas y los fundamentalismos, las guerras regionales cada vez más sanguinarias y extendidas, la creciente participación de los países centrales en ellas, etcétera, son realidades confirmatorias de la validez de estas preocupaciones.

Cuando a los enormes aumentos de la productividad, ya no corresponde una mejora en las condiciones de vida, el consenso socialdemócrata se rompe por sus primeros dos puntos: progreso económico e igualdad social; esenciales desde el punto de vista del contrato que la civilización moderna implica. Así, el pacto implícito en que se basaron los maravillosos treinta, estalla en mil pedazos. Y como era de esperarse, la ruptura de los puntos fundamentales de un acuerdo, lleva paulatinamente a la fractura de los otros: las instituciones democráticas ya no pueden verse como instrumentos de una transformación progresista, sino como un reducto de fuerzas corruptas y retrógradas; y la racionalidad de la técnica y de la ciencia es percibida como la imposición de fuerzas ajenas a la voluntad de los hombres. Proceso que conduce a un rechazo irracional de la Modernidad, al intento de su cancelación y a la reivindicación acrítica de los valores premodernos (Iglesias, 2000).

Así, por su parte, el discurso neoliberal se encuentra en jaque, sin embargo, no admite sus errores, un ejemplo de ello, es lo que plantea Fukuyama (2004) al hablar de la construcción del Estado, pues desde el inicio se justifica al decir, que se malinterpretaron los lineamientos del llamado consenso de Washington, pues no había nada de malo en él, los sectores estatales de los países en desarrollo constituían en multitud de casos un obstáculo para el crecimiento y, ante eso, la solución a largo plazo, pasaba por la liberalización económica.

El problema residía, en que a pesar de que los Estados requerían recortes en ciertas áreas, necesitaban ser, simultáneamente, fortalecidos en otras, cosa que, en teoría, los economistas que impulsaron la reforma de la liberalización económica entendían perfectamente. Sin embargo, durante este período, el énfasis recayó de forma contundente sobre la reducción de la actividad estatal, lo que podría confundirse o malinterpretarse deliberadamente como una tentativa de disminuir la capacidad estatal a todos los niveles. A pesar de que el programa de construcción de Estado revestía, como mínimo la misma importancia que la reducción del Estado, el peso y la relevancia que se le atribuyeron fueron muy inferiores.

Como consecuencia, en muchos países la reforma económica de liberalización produjo resultados diferentes a los esperados, incluso podría decir que opuestos. En algunos de ellos, de hecho, la ausencia de un marco institucional adecuado dio lugar, tras la liberalización, a una situación más grave que la que se habría producido sin la reforma. El problema residió en un error conceptual básico cometido al momento de desglosar los diferentes elementos constitutivos de la estatalidad y comprender la relación que guardaban con el desarrollo económico.

La comunidad dedicada a políticas de desarrollo definitivamente se encuentra, en una posición paradójica; la era posterior a la Guerra Fría comenzó estando bajo el dominio intelectual de los economistas, que apostaron con firmeza por la liberalización y por un Estado más pequeño, sin embargo, fue hasta diez

años después, que muchos economistas han llegado a la conclusión de que algunas de las variables más importantes que afectan al desarrollo no tenían relación alguna con la economía, sino más bien con las instituciones y la política.

Si bien es cierto que la tendencia dominante en política mundial en los últimos años, ha consistido en criticar "el gran gobierno" y tratar de desplazar las actividades del sector estatal a los mercados privados o a la sociedad civil, la mala interpretación que se ha hecho, ha generado que en el mundo en desarrollo, existan gobiernos débiles, incompetentes o incluso inexistentes, que a su vez son fuente de graves problemas, como la pobreza, el terrorismo, las adicciones y el SIDA. La austeridad que exigían las políticas de estabilización y adaptación estructural, en determinados países, sirvió de pretexto para recortar la capacidad del Estado a todos los niveles.

Actualmente para países altamente desarrollados, los países en transformación o en vías de desarrollo y democratización, son una amenaza, pues ante la debilidad estatal que representan, están orillando a la población a migrar a países primer mundistas, lo cual genera grandes problemas a nivel local, pues no se puede dar respuesta a tantos problemas ajenos y desde luego, se genera un desequilibrio a nivel mundial; por ello, se preocupan en encontrar la capacidad de fortalecer o crear, instituciones y competencias estatales hasta ahora ausentes, por lo que ya es un asunto prioritario en la agenda global y probablemente se convierta en un requisito imprescindible, para garantizar la seguridad en importantes partes del mundo. Así pues la debilidad del Estado, constituye un asunto de primer orden tanto en el ámbito nacional como en el internacional. Sin embargo, existe la conciencia de que la transferencia de instituciones fuertes a los países en desarrollo no es tan fácil, sí se sabe cómo traspasar las fronteras internacionales para hacer llegar los recursos, pero las instituciones públicas requieren, para su buen funcionamiento, determinados hábitos de pensamiento y se rigen por complejos mecanismos que no admiten ser trasladados.

Pero mantienen firmemente la idea de que en el mundo actual la única fuente auténtica de legitimidad es la democracia; pues se habla de que existe una correlación entre desarrollo y democracia; tal relación empírica, continúa siendo compleja y ambigua: no confirma las transiciones autoritarias como el método general de aplicación de reformas económicas, ni la democratización como estrategia de crecimiento.

Más allá de los "errores" de apreciación, es ambigua la situación en que se encuentran los países en desarrollo, pues ahora resulta que la solución ideal para afrontar el nuevo orden mundial (el neoliberalismo), se entendió mal, cuando claramente se habían mostrado los lineamientos a seguir y sobre todo que quedaban condicionados los apoyos para apostar por un desarrollo; puede decirse, de manera burda, que se trató de un discurso por demás engañoso y que dejaba atado de pies y manos a los países en vías de desarrollo, pues se estaba experimentando con este modelo que parecía el "ideal", en un contexto y con variables completamente desconocidas, verdaderamente nos está costando caro adaptarnos al nuevo orden de las cosas.

Conclusión

Es inherente al hombre el miedo a lo desconocido, se resiste a los cambios y actualmente, nos encontramos frente a un mundo que no imaginamos, que no pensamos, que jamás contemplamos; pensamos que sería permanente el orden bipolar; que el mundo se mantendría estático y buscábamos perfeccionar al Estado, pero al cambiar el orden mundial, todo se trastocó, todo entró en crisis, en formas y sobre todo en fondos; ideales de antaño no cumplidos, los seguimos cargando a cuestas, quizá con una falsa esperanza, pues han perdido sentido y significado.

Ante este nuevo mundo y con nuestro miedo a lo desconocido, países desarrollados, triunfadores y sobrevivientes junto con el capitalismo, se autonombraron líderes para dirigir al resto a la construcción de un nuevo mundo, donde pareciera que todo está permitido en el afán de homogenizar, de

sincronizar, de encontrar orden ante el caos; y parte de lo que está "permitido", es imponer la Democracia, claro que se reviste de consenso una forma autoritaria, se crea y se cree en un ambiente de concordia y que es por aprobación de todos los involucrados, de todos aquellos que quieren un mundo mejor. Sin embargo, queda planteado en el discurso como un medio necesario y no como fin último; además, se ningunea, se habla de una Democracia vacía, enlistada como un requisito más para alcanzar el desarrollo, el progreso y la riqueza, vía libre mercado, circulación de capitales y donde definitivamente la economía esté por encima de la política, donde sean las leyes del mercado, de la oferta y la demanda, las que marquen el camino a seguir, sin contemplar el costo social que esto representa y los problemas que pueden desencadenarse.

Las decisiones las toman unos cuantos, pero marcan las pautas para todos, universalizando su visión, sus modelos, sus costumbres, mostrando que tienen "la verdad", la "solución única"; olvidando la diversidad que existe en el mundo y, que por tanto existen necesidades diferentes. Por ello, ante el nuevo orden mundial, los países subdesarrollados, en términos generales, optan por dos vías: una, aventurarse a lo desconocido, poner en práctica la "solución única", donde ciertamente se desconocen escenarios y por tanto resultados positivos y negativos, arriesgándose a altos costos sociales; y dos, aferrarse a lo que eran, a lo que son o lo que queda de ellos, no dejarse llevar por la corriente, por ello es que resurgieron los fundamentalismos, los enfrentamientos étnicos, porque buscan asirse a lo conocido, a lo que les es propio, lo que les dá identidad.

Se da una clara exclusión de la libertad, (siendo uno de los valores más importantes de la Democracia) al imponer el modelo democrático como la mejor solución, por ello puede hablarse de una Democracia autoritaria, porque se ejerce una autoridad "mala" o "falsa", parafraseando a Sartori, cuando habla de autoridad autoritaria, en su obra *¿Qué es la Democracia?* (2003).

Sin embargo, para los defensores del neoliberalismo, autoimpuestos, la segunda opción, y en términos generales, todos aquellos países que no sigan al

pie de la letra la receta, representan retrasos en la construcción del nuevo mundo, del "mundo feliz" que todos ansiamos, pues generan diversos problemas que representan o se traducen en gastos innecesarios para los países desarrollados, que sólo buscan el bien común, que trabajan por ideales universales como la igualdad, la libertad, la impartición de justicia, el reconocimiento y goce de los derechos humanos, aunque para lograrlo sean los primeros en faltar a tales principios.

Capítulo 4

Alternativas para una Democracia

“Asistimos a la agonía de la sociedad que comenzó con tanta esperanza en la Declaración de Independencia y en la Revolución Francesa, cuando la Libertad, el Reino de la Ciencia y la Revolución Industrial, parecía habían de dar a la humanidad una felicidad sin límites.

Comprobamos la quiebra de las ideologías, la insuficiencia de la religión, lo mismo que de la ciencia; asistimos al desorden y confusión de la civilización de Occidente.

Es preciso sustituir la persecución de la felicidad por el perfeccionamiento del cuerpo y el espíritu. Si alcanzamos la perfección, la felicidad nos será dada por añadidura. No tenemos en este momento ni inteligencia ni fuerza para edificar completamente un mundo nuevo. Antes de renovar nuestras instituciones, es preciso que nos renovemos nosotros mismos...”

Alexis Carrel. La Conducta en la Vida.

Capítulo 4

Alternativas para una Democracia Amplia

Han sido muchas las alternativas para exaltar a la Democracia, una de tantas que pareció viable, fue la socialdemocracia europea de posguerra, pues se trató de un intento por promover la justicia social sin abolir el sistema de producción basado en el capitalismo, de conjugar productividad económica con bienestar social y quizá también, el último esfuerzo en hablar y crear una Democracia con ideales, pero real; buscarle un sentido tangible. Como tal, constituyó una síntesis superadora entre el capitalismo salvaje y el socialismo soviético entonces existentes.

La receta económica socialdemócrata consistió, resumidamente, en la aplicación de las teorías keynesianas: intervención estatal en el ciclo económico guiada, principalmente, por una política fiscal de estímulo de la demanda efectiva a través de masivas inversiones públicas, pleno empleo, condiciones de trabajo estatalmente reguladas y progresivamente mejores, intervención del Estado en salud y educación, regulación del mercado de capitales a través del déficit público, inversiones dirigidas a mejorar la rentabilidad futura de los capitales privados, política monetaria moderadamente expansiva.

En el trípode socialdemócrata, confluían tres fuerzas constitutivas: el Estado, las grandes empresas capitalistas y los sindicatos, quienes negociaban y compartían, el poder en la práctica.

Podemos definir a la socialdemocracia como el régimen político basado en la producción destinada al consumo masivo, en la intervención estatal en la economía y en la existencia de un Estado social cuya ecuación política es: sistema económico capitalista + sistema político democrático + sindicatos de trabajadores asalariados.

Se buscaba mantener una política económica y social, basada en el supuesto de la eficacia del Estado nacional, su fracaso abrió la puerta a los efectos perversos que la aplicación de una política nacionalmente progresista producía en una economía crecientemente mundializada.

En definitiva, si la fórmula keynesiana se basaba en una teoría del carácter cíclico de una economía capitalista concebida básicamente como cerrada, la contradicción entre la existencia de un mercado de capitales y productos globalizado y la fragmentación nacional del poder político, que gobierna dicho mercado, implica la obsolescencia de las ideas de Keynes y la imposibilidad de una recomposición de la fase expansiva de pleno empleo y altos salarios, de bienestar generalizado y creciente.

La derrota de Keynes y la obsolescencia política de la socialdemocracia, se originan pues, en la década de los setenta, con la progresiva incapacidad de los Estados nacionales de coordinar y aplicar una respuesta efectiva a una recesión mundializada. Esta incapacidad se ve agudizada por la percepción de un universo económico mundialmente autorreflexivo, es decir, por la existencia de actores económicos cuya supervivencia depende de una correcta evaluación de las tendencias del sistema completo.

El nuevo orden internacional, consagrado en 1989 y basado en la hegemonía del sistema económico capitalista, pareciera que sólo puede ser revertido por un orden mundialmente democrático. Salvo por motivos catastróficos, la Globalización económico-tecnológica no se detendrá, y su desarrollo conducirá sin duda a una mayor coordinación económica y política internacional, intercontinental y mundial. La cuestión no es pues si nos oponemos inútilmente al proceso de concentración de las decisiones en acto, sino la forma en que los organismos responsables de su elaboración y aplicación adoptarán. Dado que toda política es expresión de una relación de fuerzas sociales, el consenso socialdemócrata debe ser reconstruido con modos y escalas diferentes si deseamos la reconstitución de ese equilibrio inestable entre sistema político y

económico, entre capitalismo y Democracia, que es el principio de la socialdemocracia como manifestación más avanzada de la Modernidad.

Si hablamos hoy de destino común, es necesario ya hablar de humanidad, no ya en el sentido abstracto del viejo Iluminismo, sino en el de un sujeto histórico progresivamente concreto. Los modelos de representatividad nacional no parecen ser suficientes y la sola insinuación de un gobierno mundial o de un Estado mundial, nos lleva justificadamente a temer los horrores del totalitarismo.

Una de las primeras y más agudas percepciones de la contradicción entre sistema político democrático y sistema económico capitalista, fue el célebre ensayo *Ciudadanía y clase social*, en el que T.H. Marshall, se preguntaba si la igualdad derivada del principio de ciudadanía era o no compatible con las desigualdades que son parte indiscernible del capitalismo. La respuesta afirmativa dada por Marshall en 1949, durante el auge inicial del consenso socialdemócrata europeo, se vacía hoy de significado, porque la eficacia demostrada por las sociedades del bienestar para compatibilizar ambos principios antagónicos a escala nacional no son ya suficientes (Iglesias, 2000).

La distinción entre un orden público y uno privado, es característica del fenómeno que denominamos Modernidad y es la diferencia fundamental entre Esparta y Atenas, y entre Estado democrático y totalitario. Pero la protección del ciudadano individual frente a los poderes del Estado y el reclamo liberal de autonomía del orden privado implican el simétrico reconocimiento de que el orden público tiene su propia lógica, de que ésta es diferente a la del orden privado y de que ambas deben ser preservadas en interés de la sociedad y de sus libertades cívicas.

Sin embargo, la Globalización está en boca de todos, una llave destinada a abrir las puertas a diversos misterios, presentes y futuros; todos entienden que es un proceso irreversible que afecta de la misma manera y en idéntica medida a la totalidad de las personas. El fenómeno de la Globalización es más profundo de lo

que salta a la vista; al revelar las raíces y las consecuencias sociales del proceso globalizador.

La Globalización divide en la misma medida que une, las causas de la división, son las mismas que promueven la uniformidad del globo.

Los procesos globalizadores incluyen una segregación, separación y marginación social progresiva. Las tendencias neotribales y fundamentalistas, que reflejan y articulan las vivencias de los beneficiarios de la Globalización, son hijos tan legítimos de ésta como la tan festejada “hibridación” de la cultura superior, la cultura de la cima globalizada.

Ahora que la velocidad global del movimiento toma impulso algunos objetos se desplazan más velozmente que otros. La “economía” se desplaza rápidamente; lo suficiente para mantener un paso de ventaja sobre cualquier gobierno que intente limitar y encauzar sus movimientos.

Puesto de moda el tema de la Globalización, existen múltiples definiciones, dependiendo el área de la cual se enfoque, así como de la posición política e ideológica que se asuma al respecto. Así pues, encontramos interpretaciones que van desde la apología neoliberal de la apertura global, de la cual supuestamente se benefician todos por igual, hasta las más radicales posiciones nacionalistas en contra de dicho proceso.

En esta etapa, la telaraña de relaciones económicas, culturales, políticas, etcétera en el ámbito internacional, es cada vez más compleja y difícil de explicar desde un sólo punto de vista. La especialización geográfica del proceso productivo, en el cual intervienen diferentes países y regiones, hace que se encubra cada vez más el origen real de las mercancías; es como si éstas no tuviesen nacionalidad. En estas condiciones, la economía mundial es cada vez menos la suma de economías nacionales aisladas, para convertirse en una economía global e interdependiente, lo cual da la impresión de homogeneidad. Sin embargo, Globalización no es sinónimo de equidad, pues no todos los miembros

de la comunidad internacional participan en igualdad de condiciones dentro de la nueva división internacional del trabajo.

Al contrario, tal y como lo muestran las estadísticas, pese a la innegable mejoría en el posicionamiento de un grupo de países en desarrollo en el contexto mundial de la economía, en primer lugar los llamados países de industrialización reciente, la brecha relativa que separa al puñado de potencias dominantes, congregadas alrededor del llamado grupo de los ocho, del resto de los países del hemisferio, no sólo se conserva, sino que parece profundizarse, especialmente en aquellas actividades relacionadas con el conocimiento de vanguardia.

Igualmente, al tiempo que la dinámica del comercio mundial, en el marco de impresionantes cambios cualitativos en los sistemas de información y de transporte, rompe fronteras y modifica el concepto tradicional de soberanía nacional, se da la contratendencia a conformar bloques de integración comercial y de mercados únicos, con el fin de buscar mecanismos que les permitan a sus integrantes mejorar las ventajas competitivas en el plano internacional. La Globalización tampoco implica la desaparición de las contradicciones entre lo global y lo local, lo que se manifiesta en la tendencia a la fragmentación regional. Cada día aparecen en el mapamundi más países, la mayoría de los cuales, desde el punto de vista poblacional, son pequeñas naciones.

La mayor interdependencia surgida del actual proceso de Globalización, al tiempo que integra cada vez más las economías y los pueblos de todo el mundo, incrementa su vulnerabilidad frente a los cambios que se producen al interior de los principales centros tecnológicos y financieros, incluyendo a los llamados países emergentes del mundo en desarrollo.

El proceso de Globalización es liderado por las llamadas empresas transnacionales, las cuales concentran el mayor volumen de producción de bienes y servicios, así como los mayores avances en el campo del desarrollo tecnológico a escala mundial.

No hay duda que nos encontramos en una de las fases más apasionantes del desarrollo de la humanidad. El llamado proceso de Globalización, delimitado por la vanguardia del conocimiento en todos campos, donde la política no es la excepción, se está modificando profundamente la estructura socioeconómica, política y cultural del mundo, al punto que parecería que estamos entrando en una etapa cualitativamente nueva del desarrollo histórico. No obstante, la persistencia de muchos de los problemas que aquejan a la humanidad desde tiempos inmemoriales, y otros que han surgido precisamente dentro del actual proceso de profundización de la división internacional del trabajo, obligan a reflexionar sobre este tipo de afirmaciones.

Sin embargo, el diagnóstico de Castoriadis sobre la sociedad contemporánea es desolador. Las sociedades llamadas democráticas de nuestro tiempo, distan mucho de serlo. Se restringen a un simple conjunto de procedimientos dirigidos, más que a promover la participación, a acallar y trivializar la divergencia, lo que las convierte en regímenes bastardos de oligarquías liberales. El valor social predominante es el dinero y la corrupción se generaliza. Se logra así, a partir de una sociedad de espectadores televisivos y no de ciudadanos activos, el letargo y la desaparición del conflicto. Los signos de resistencia son escasos y, en consecuencia, la sociedad “marcha hacia el abismo”.

Este desarrollo nos plantea por lo menos algunas preguntas. Si la sociedad moderna tuvo la capacidad de construir esa política autorreflexiva y el ciudadano relativamente autónomo y participativo del periodo político por excelencia (siglo XIX y primera mitad del XX), en el que “más que cualquier otro periodo de la historia de la humanidad, parece haber confiado a la política el papel más importante en la solución de los problemas humanos”, ¿cómo se llegó de esa política “bella” al “ascenso de la insignificancia” y la trivialidad? ¿No hay una conexión muy profunda entre ambos momentos? ¿No están ya presentes, en las promesas de la modernidad, el totalitarismo y la parálisis, el vacío y la insignificancia?

No se puede dejar de mencionar que, ya en la primera mitad del siglo XX, el proceso de masificación de las sociedades y los ensayos totalitarios, de los que tan exhaustivamente habló la Escuela de Frankfurt, estaban muy distantes de la constitución de una política sujeta a crítica por medio de la racionalidad y la deliberación.

Probablemente lo político y la política encuentren íntimas correlaciones en todas las sociedades, donde autonomía y heteronomía se confunden, porque aun la deliberación y la crítica explícita topan con presupuestos básicos incuestionables. Si la afirmación que hace Castoriadis al decir: “estamos infinitamente más condicionados de lo que nos gusta pensar, en tanto que individuos no elegimos ni las cuestiones a las que habremos de responder, ni los términos en los que éstas se plantearán”, la deliberación racional no parece tan definitiva, no en todo caso como para disolver lo político en el espacio claro y abierto de la política. Es posible entonces que la política siempre haya sido, y siga siéndolo, básicamente opaca.

Sin embargo, eso no torna irrelevante el problema de la participación, pero sería necesario abordarlo a partir de la idea de opacidad y de la imposibilidad de hecho de una concurrencia igualitaria en el ámbito de toma de decisiones, fundada no en un deseo sino en las asimetrías propias de las relaciones de poder, que no se disuelven en el espacio democrático. El problema, entonces, es cómo garantizar una participación lo más amplia posible, en condiciones de desigualdad que hay que considerar, reconocer, y dar posibilidad de juego para su modificación. No existiría posibilidad de una universalidad política sino el reconocimiento de diversidades particulares, de desigualdades que se ponen en discusión y se negocian, a partir de lugares de fuerza, no simétricos, pero en los que se disputa una cierta “universalidad” siempre abierta y en redefinición (Calveiro, 1998).

El siglo XX amaneció en el mundo occidental previsto de una confianza aparentemente inquebrantable en el poder de la ciencia y de la tecnología para resolver todos los problemas y responder a los retos que tenía planteados la humanidad. El pensamiento simbólico se evaluaba como un fruto caótico y arbitrario, que engendraba la imaginación cuando no está dirigida y controlada por la razón metódica. Se creía que la realidad estaba siendo despojada por fin de los velos tejidos por la ignorancia, el miedo y la superstición y que pronto podría ser contemplada en su desnudez por la mirada objetiva de la ciencia, desprovista de cualquier prejuicio mítico, metafísico, religioso e incluso ético. El simbolismo, estaría condenado a extinguirse o a recluirse en la reserva de lo decorativo.

Existe un prejuicio de la superioridad y de la validez universal de la concepción occidental del mundo.

El simbolismo reforzado con el estatuto de una "realidad psico-antropológica", es reconocido como un tipo peculiar de realidad, que aún no siendo fácilmente detectable con los métodos empíricos convencionales, sería lo que más inmediatamente aprehende y en lo que propiamente vive el ser humano. El hombre queda desarraigado de la realidad exterior, sea cósmica, natural o social, y va a ser visto como un ser implantado o reimplantado en un mundo culturalmente formalizado, lingüísticamente mediado y simbólicamente interpretado.

El triunfo definitivo de la Democracia, dio lugar a cambios fundamentales, tanto en sus contenidos, como en sus valores, principios o significados por las nuevas condiciones del también imperante, triunfador y maduro capitalismo que mutaba una configuración global. De igual modo instituciones, procedimientos y en general la formalidad de la Democracia, entraron en un doble proceso, uno de expansión y aceptación por todo el orbe, y por el otro, se iban vaciando en sentido y encontrándose carentes de coherencia... se exageró respecto a su importancia, llegando al grado de imposición, aparentemente carente de contradicciones respecto al nuevo desarrollo económico.

Sin embargo, donde aparentemente se ha establecido la Democracia y se trabaja por estabilizarla, es donde existe mayor desigualdad, porque es una Democracia vacía, implementada a la fuerza, como requisito para la reconfiguración de lo nacional-estatal frente al nuevo orden mundial, basado y dirigido o coordinado por el mercado y la libre circulación de capitales.

En realidad, se trata de una situación compleja, más allá de encontrar un funcionamiento óptimo en la relación sociedad-Estado, hay una crisis respecto a la legitimidad, que rebasa por mucho a la legalidad, sobre todo se busca que la Democracia, sea un elemento extra dentro de un contenido ideológico estable, que chocha con la creciente desigualdad y exclusión social, falta de identidad, carencia de pertenencia... pues diversas decisiones políticas, no atienden a procesos democráticos que busquen conformar voluntades e intereses sociales, sino que se transfieren a una presión por demás fáctica de competencia capitalista transnacional.

Hay que valorar las posibilidades de una extensión, profundización y radicalización de la Democracia. La cuestión no consiste en una reflexión sobre sus "promesas incumplidas" en el pasado, sino intentar abordar las posibles propuestas políticas para una radicalización democrática en un sentido liberal y libertario.

La sociedad occidental se asienta en un conjunto de valores tales como igualdad, libertad y justicia. Esos valores, como señalaba Castoriadis, son significaciones imaginarias sociales que abren una interrogación permanente sobre la mejor forma de organizar la sociedad y que se articulan en una significación central: el proyecto de la Democracia. La igualdad, la libertad y la justicia son valores abiertos, siempre sometidos a nuevos intentos de expresar su sentido.

La Democracia es el proyecto político que intenta hacer efectivas la igualdad y la libertad. El origen etimológico de la palabra Democracia (demos: pueblo, kratia: poder) expresa completamente su significado. La Democracia es el

poder del pueblo, es decir, aquella forma de gobernar en la cual es el pueblo quien gobierna. Pero, desde la antigüedad, también significa algo más, la Democracia es el régimen de la libertad y de la igualdad de derechos entre los ciudadanos. Es decir, un régimen político donde gobierna el pueblo pero no identificable con la dictadura de la mayoría, porque es el gobierno de la autolimitación, en el cual el ejercicio del poder debe respetar las libertades de todos, en el cual se contemplan tanto los derechos de las mayorías como los de las minorías.

La Democracia es un régimen, pero también un conjunto de procedimientos de decisión. No podemos reducir la Democracia a los procedimientos, pero tampoco olvidar que necesita y exige de técnicas de decisión, de procedimientos y de instituciones concretas.

Históricamente no hay un régimen democrático, sino una historia de las experiencias de democratización. Una historia política que es el producto de esas experiencias y de las luchas revolucionarias que las hicieron posibles. Por tanto, para cada etapa histórica vivir en una Democracia ha significado fundamentalmente lo mismo, haber roto el cerco de la heteronomía. Es decir, tener libertad frente a lo que en cada época representa la negación de la libertad y de la igualdad.

De acuerdo con el sentido usual de las palabras, vivir en regímenes democráticos quiere decir, fundamentalmente, que los regímenes occidentales no son totalitarios, que vivir en la Europa del año 2000 es esencialmente distinto a haber vivido en la Alemania de Hitler, la China de Mao, la España de Franco, o la Cuba de Castro.

Por otra parte, esa construcción pragmática del sentido de la Democracia no es algo privativo del siglo veinte. En la antigüedad, los griegos definían su Democracia en sí misma, pero sobre todo por lo que era frente a los sistemas despóticos y bárbaros que les rodeaban. Las ciudades renacentistas concebían sus libertades frente al orden feudal estamental. El nacimiento de los regímenes representativos europeos era un desafío a los Estados absolutistas y se definía

como lo contrario de éstos. Tenemos pues, un primer punto de llegada. La concepción de la Democracia existente siempre se construye más como un concepto de oposición a algo, que como adecuación entre una realidad y un ideal. Entendemos por Democracia existente el producto de las experiencias históricas concretas de lucha por la libertad y la igualdad, y de oposición al dominio y a la heteronomía.

Las afirmaciones anteriores ponen de manifiesto el hecho esencial de que los distintos regímenes democráticos han sido radicalmente diferentes entre sí, tuvieron instituciones diferentes y conceptos distintos de la ciudadanía. Quizás sea útil efectuar un recorrido por ellos, preguntándonos por lo que cada uno de ellos aporta para una agenda de la Democracia del siglo XXI.

La época dorada del Estado liberal representativo coincidió con una ciudadanía extremadamente restringida, era realmente la Democracia posesiva de los burgueses y de las limitadas clases medias del momento. Fue la época en que se consolidó la separación de los poderes del Estado y se reconocieron progresivamente muchos derechos individuales. A medida que se amplió el derecho de ciudadanía el régimen político fue evolucionando desde una auténtica Democracia representativa hacia una mera Democracia electoral.

Debe señalarse que el Estado liberal se constituyó bajo la forma de democracias representativas en las cuales el representante decide en nombre de sus electores. El poder soberano consiste esencialmente en poder delegar ese poder.

La evolución de los regímenes políticos a lo largo del siglo XX condujo al modelo actualmente prototípico tanto de los países europeos como de Estados Unidos, a pesar de las diferencias entre ellos según el menor o mayor grado de presidencialismo. Las democracias representativas se han ido transformando en democracias electorales a lo largo del siglo XX. Los regímenes democrático-electorales han establecido un concepto amplio de ciudadanía asentado en un derecho de sufragio prácticamente universalizado (excepto para los inmigrantes) y

han desarrollado su naturaleza liberal (con amplias libertades individuales). Si su principal virtud es abarcar muchas más personas que cualquier forma anterior de Democracia, su principal limitación es la restringida función que corresponde a los ciudadanos.

En las democracias electorales el poder del pueblo significa esencialmente la posibilidad periódica de cambiar el gobierno. La delegación efectiva no se hace a representantes concretos sino a un partido político, ya que aunque formalmente se eligen representantes, éstos son un mero medio para elegir a quienes gobiernan. Más que un régimen parlamentario, lo que existe es un régimen electoral de selección del ejecutivo, con un papel fundamental de los aparatos de los partidos.

El debate entre Democracia directa, Democracia representativa y Democracia electoral debe abordarse desde una perspectiva básica: cómo pensar la Democracia del nuevo siglo.

Aunque el capitalismo y la Democracia han tenido un amplio desarrollo en Occidente, forman parte de dos proyectos sustancialmente diferentes, como ya hemos indicado anteriormente. El capitalismo es la última expresión del sueño del crecimiento ilimitado, mientras que la Democracia es la expresión del proyecto de autonomía. La Democracia puede ser perfectamente compatible con el mercado, pero más dudosamente con un capitalismo basado en enormes corporaciones de inmenso poder económico y político, acostumbradas a corromper y a comprar a los políticos y al resto de los miembros de la élite gobernante. Todo ello sin olvidar el fomento de la desigualdad social y política que conlleva.

La nueva escala de los valores imaginarios de la Democracia radical se basa en el deseo de constituir una nueva ciudadanía social y democrática. El objeto de la política de la autonomía no puede ser otro que crear las instituciones que interiorizadas por los individuos, faciliten lo más posible el acceso a su autonomía individual y su posibilidad de participación efectiva en todo poder explícito existente en la sociedad. Queremos los instrumentos democráticos por

ellos mismos pero también para poder afrontar los retos humanos de nuestro tiempo, cuya magnitud, complejidad y diversidad, exige una concentración de la imaginación democrática y la inteligencia humana superior a cualquiera que se haya conocido en el pasado.

La Democracia no consiste únicamente en una mera serie de instrumentos, mecanismos y procedimientos, es fundamentalmente un régimen político capaz de transformarse y de hacer posible una sociedad de ciudadanos libres, autónomos y responsables. La Democracia es una forma de organizarse para afrontar los problemas, pero efectuada por ciudadanos conscientes y no por oligarquías políticas o económicas.

Conclusión

La modernidad trajo consigo, innumerables beneficios para la humanidad; dentro del ámbito social, se ha luchado por conservar la figura del Estado, las leyes, estabilidad económica y regímenes estables, de entre los cuales, destaca salvaguardar, perfeccionar y extender por todo el orbe, a la Democracia, presentándola como la mejor forma de gobierno.

Sin embargo, el mundo ha cambiado; dejó su conformación bipolar de posguerra, para lo que en la actualidad denotamos como el nuevo orden mundial, que tiene como punto de partida el año de 1989, con el suceso de la caída del Muro de Berlín, todo en conjunto marcó la pauta para repensar y redefinir a la economía, la sociedad, al hombre y también a la Democracia, en aras de lo que siempre ha buscado: Igualdad, Libertad y Justicia; sin embargo, ante las circunstancias impuestas por el modelo económico, su transformación se inclinó más en al ámbito formal, por lo que se alejó de alcanzar su fin último.

Si bien se habla de una radicalización de la Democracia, ésta no implica que se hagan a un lado los avances que en materia electoral se tienen, son importantes, más no suficientes, básicamente se tiene que plantear una alternativa

que vaya más allá de meras formalidades, más allá de una Democracia procedimental.

El reto de hoy, es ir más allá de la separación de poderes, de reconocer derechos individuales o ejercer el derecho de ciudadano a tener la posibilidad de cambiar los gobiernos de manera periódica; la Democracia no se limita a lo electoral, no se reduce a reglas, procedimientos, instituciones o una credencial, debe apuntar hacia una forma de vida en mejores condiciones, pensando en los individuos de manera integral, superando la utopía de crear igualdad entre desiguales.

En pocas palabras, se trata de que al hablar de Democracia se entienda una actitud y un compromiso de los diversos actores sociales, hacia una participación constante, gradual y consciente, donde más allá del respeto por las leyes, exista un respeto a las diferencias y con base a ellas se dé la tolerancia para pensar en un proyecto conjunto, donde efectivamente la mayoría viva de manera digna e idiosincrásica.

Conclusiones

La Democracia sin duda alguna, ha superado los diversos retos que el tiempo y el mismo hombre le han impuesto, prueba de ello, es que en los albores del siglo XXI y frente a la crisis de la reconstrucción del orden mundial, se erigió como la mejor forma de gobierno en las diversas sociedades y se le considera no sólo como la mejor, sino como la única vía posible para darle a la humanidad la posibilidad de vivir una vida en igualdad, libertad y justicia.

Sin embargo, la Globalización se encuentra involucrada en todas las actividades cotidianas que llevamos a cabo, más allá de ser entendida como un proceso tecnológico-comunicacional en curso, es sin duda, un proceso de redefinición sobre lo estatal-nacional, el ámbito de competencia de lo económico, el modo de hacer política e incluso la manera de relacionarnos entre diversas comunidades, cambiando nuestra cultura y la manera en que nos concebimos como individuos y ciudadanos.

Es precisamente, a partir de la importancia que ha cobrado la economía, que ha cambiado la forma de hacer política, ahora son las Instituciones Financieras Internacionales, las grandes potencias y las grandes empresas transnacionales, las que dictan las agendas de gobierno de los países en vías de desarrollo; entre los requisitos para ser aceptados, imponen a la Democracia, en aras de establecer políticas neoliberales, con la promesa de que en el mediano o largo plazo, traerán la riqueza para la mayoría de la población. Lo que resulta en verdad grave e importante de considerar, es cómo han logrado crear el discurso, donde posturas opuestas aparecen en completa armonía y que nadie se atreve a cuestionar.

En gran medida, ello se debe al momento histórico que representó la caída del Muro de Berlín; pues luego de la Segunda Guerra Mundial, se dio la conformación de un mundo bipolar, donde se pensó en una lucha eterna entre el Capitalismo y el Socialismo, aún cuando se sospechaba que alguno de los modelos se gastaría, nunca se contempló de manera seria, que pasaría si alguno

de los dos venciera al otro, dicho de otra manera, no se tuvo la visión o imaginación para pensar en un mundo distinto. Una vez que “ganó” el capitalismo, algunos pensadores plantearon que por antonomasia, la fórmula perfecta era, en el ámbito económico el modelo capitalista avasallador y en el rubro de la política, la Democracia.

Sin embargo, no es tan fácil querer aplicar tal fórmula al mundo en su totalidad, pues cada país tiene su propia historia, marca su propio ritmo de progreso; no es fácil superar la clasificación que se hizo del mundo durante la posguerra, hablar de segundos, terceros y hasta cuartos mundos, además del impacto que tiene hablar de “Occidente”, que propiamente, es hablar del híbrido Eurocentrista-Estadounidense, pero que insisten en autonombrarse occidente y de poseer la verdad absoluta y solución única, para unificar al mundo y generar riqueza mediante el libre mercado.

A partir de estas aparentes ventajas, que más bien han sido circunstancias históricas, la economía tomó las riendas del quehacer político, cuando décadas atrás era al revés, lamentablemente ese modelo, también se desgastó y trajo graves consecuencias.

Frente a este nuevo orden de ideas y circunstancias impensables, no se sabe que hacer, el mismo proceso de Globalización, cierra opciones y nos deja: por un lado, tomar la idea de entrar al libre mercado y aceptar el discurso que implica seamos países democráticos; o por el otro, aferrarnos a lo que fuimos e ir contra corriente, tomando el riesgo de sufrir fuertes crisis económicas al quedar excluidos del maravilloso edén de la Globalización y todo lo que implica.

Es también cuestionable ver cómo repercute en el individuo y por ende en las relaciones colectivas, que cada vez son las menos. Precisamente a partir del avance tecnológico-comunicacional, se apuesta por la individualidad, por un sujeto que puede sentirse ciudadano del mundo, por tanto, no tiene un sentido de arraigo o de pertenencia bien definido... en otras palabras, el individuo ahora “es” en función de lo que tiene, sobre todo en cuanto avances tecnológicos, la magia que

implica tener una computadora y acceso a Internet, pues con sólo presionar unas teclas, nos comunicamos con alguien que se encuentra al otro lado del mundo o de igual manera podemos mover nuestro capital e invertir en otro lado.

Para algunos, puede significar ampliar los horizontes culturales, conocer otras formas de pensar, pero también en el fondo, significa una despersonalización, una forma fría y a veces hasta ficticia de relacionarnos con los demás, razón por la cual, difícilmente pensamos en un bienestar colectivo y menos a nivel nacional, pues ya perdimos también ese referente de lo nacional.

Todo lo anterior, repercute indudablemente en nuestra forma de pensar y vivir en colectividad, por tanto, las ideologías como creación colectiva, también se trastocan y/o diluyen, prueba de ello, es que no nos cuestionamos respecto a lo que es o quisiéramos que fuera la Democracia; no alcanzamos a ver más allá, cuál es el interés de esas superpotencias u Organismos Internacionales, para que países subdesarrollados o tercermundistas se vuelvan democráticos; no alcanzamos a entender el beneficio que se obtiene de préstamos condicionados o intervenciones militares a países sometidos por dictadores... no es porque en verdad se busque la igualdad, imposible entre desiguales desde hace siglos; no es en aras de la libertad, cuando se impone descaradamente, cuando se subyuga la dignidad humana; tampoco es por la justicia, pues a fin de cuentas ¿qué es la justicia?; es por la generación de mayor riqueza para las grandes potencias, que son quienes no casualmente dirigen las grandes transnacionales y juegan un papel importante entre las instituciones y organizaciones financieras internacionales.

No es de buena fe que quieran generar gobiernos democráticos u ofrezcan prestamos para la reconstrucción o progresos de diversos países, utilizan la Democracia procedimental, para entrar y salir libremente con sus capitales, explotar la mano de obra y obtener jugosas ganancias.

Si bien es cierto, que el proceso de la Globalización, es inevitable y que indudablemente los países mejor posicionados, habrán de sacar ventaja, no todo

está perdido, por ello es necesario echar mano de esa instrumentación pero llena de sentido, con un significado real, no sólo tener la comodidad de delegar el poder para que lo ejerza alguien que sólo se vuelve títere de suprapoderes, o dicho de otra forma, que desde antes de tomar decisiones, éstas ya están marcadas de antemano.

Es precisamente por el entramado legal, que parece confundirse legalidad con legitimidad, pues existen las bases incipientes para ejercer la Democracia, en el ámbito electoral, más no es legítimo que sean pequeños grupos, quienes marquen la pauta política, condicionada a situaciones económicas.

Realmente hay mucho en juego, redefinir a la política y redireccionar el papel de la Democracia no es tarea fácil, sin embargo, un paso importante será reflexionar al respecto y buscar el mayor beneficio de nuestras condiciones actuales; la Globalización no va a parar, de hecho ni siquiera sus más fervientes defensores, saben en qué ha de concluir dicho proceso, es obvio que la promesa del Neoliberalismo, respecto a la acumulación de la riqueza en una gran montaña, que al paso del tiempo, se derramaría y llegaría a la base de la sociedad, es por demás incumplida, pues cada vez la riqueza se concentra en menos manos, y son cada vez más quienes se integran a las filas de la pobreza y pobreza extrema, no son estadísticas o simulaciones, es una realidad.

Más allá del rumbo, que tal proceso tome, es necesario que nosotros construyamos el escenario posible que queremos para alcanzar una Democracia participativa con orden, responsabilidad y conciencia, donde nuestro papel de ser ciudadanos, no se convierta en una misión imposible o una tarea pesada que requiera se le dedique el mayor tiempo del día o de nuestra vida, que se haga valer la representación, que verdaderamente, nuestros intereses y necesidades más inmediatas, se vean reflejadas en la toma de decisiones e implementación de políticas gubernamentales, mediante programas concretos y que ayuden a subsanar a la sociedad, más allá de devolverle la esperanza o prometer que el mundo puede ser distinto y mejor.

Bibliografía

- Aristóteles. (1968) Política. Traducción de Julián Marías y María Araujo, Instituto del Libro, La Habana.
- Bakunín, Mijael. (1974) Dios y el Estado. Colección Páginas Libres, Textos Anarquistas, Yunke, México.
- Bauman, Zygmunt. (1998) La globalización. Consecuencias humanas. FCE, Buenos Aires.
- Beck, Ulrich. (1998) ¿Qué es la globalización? Paidós, Buenos Aires.
- Beriain Josetxo y Lanceros Patxi (comps.). (1996) Identidades Culturales. Universidad de Deusto, Bilbao.
- Bobbio, Norberto. (1986) Diccionario de Política. 6ª. Edición, Siglo XXI, México.
- Bobbio, Norberto. (1984) El futuro de la Democracia. FCE, México.
- Calveiro, Pilar. (1998). "Política y verdad en Cornelius Castoriadis". En la revista Metapolítica, Vol. 2, No. 8, Octubre-Diciembre. México.
- Carrel, Alexis. (1958) La Conducta en la vida. Zarco, México.
- Castells, Manuel. (1995) La Ciudad Informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y desarrollo urbano-regional. Alianza, Madrid.
- Castoriadis, Cornelius. (2002) Ciudadanos sin brújula. 2ª. Edición, Ediciones Coyoacan, México.
- Chomsky, Noam y Dieterich, Heinz. (1999) La Sociedad Global. 1ª. Edición, 8ª. Reimpresión, Joaquín Mortiz, México.
- Dahl, Robert A. (1984) La poliarquía: participación y oposición. Tecnos, Madrid.
- Fernández, Christlieb Paulina. (1993) "Democracia sin pueblo". En la revista ENLACE del CNCPyAP. No. 27, Julio-Agosto. México.
- Fernández Santillán, José F. (1997) La Democracia como forma de Gobierno. 3ª. Edición, IFE, México.

- Forrester, Viviane. (2001) El Horror Económico. 2ª. Edición, FCE, México.
- Fukuyama, Francis. (2004) La Construcción del Estado. Hacia un Nuevo Orden Mundial en el siglo XXI. Ediciones B, Barcelona.
- Fukuyama, Francis. (1994) El fin de la historia y el último hombre. Planeta, México.
- García Canclini, Néstor. (1996) Culturas en Globalización. Nueva Sociedad, Venezuela.
- García Canclini, Néstor. (1995) Consumidores y Ciudadanos. Grijalbo, México.
- García Canclini, Néstor. (1993) Culturas Híbridas. Grijalbo, México.
- Giddens, Anthony. (1999) La Tercera Vía. La renovación de la socialdemocracia. Taurus, México.
- Giddens, Anthony. (1994). Consecuencias de la Modernidad. Alianza, Madrid.
- González Casanova, Pablo y Saxe Fernández, John. (1996) El Mundo Actual: Situación y Alternativas. Siglo XXI, México.
- Görlitz, Axel. (1972) Diccionario de Ciencia Política. 2ª. Edición, Alianza, Munich.
- Habermas, Jürgen. (1998) Más allá del Estado nacional. 1ª. Edición, FCE, México.
- Hobsbawm, Eric. (1998) Historia del Siglo XX. Editorial crítica, Buenos Aires.
- Huntington, Samuel P. (1998) El Choque de Civilizaciones y la Reconfiguración del Orden Mundial. 1ª Edición, Paidós, México.
- Iglesias, Fernando A. (2000) República de la Tierra. Globalización: el fin de las modernidades nacionales. Ediciones Colihue, Buenos Aires.
- Instituto Federal Electoral. (2000) Los Valores Democráticos. Colección Apuntes de la Cultura Democrática, 5ª. Edición, IFE, México.
- Lijphart, Arend. (1999) Las democracias contemporáneas. 4ª. Edición, Ariel, Barcelona.

López, de la Roche Fabio. (1999) Globalización: incertidumbres y posibilidades. Política, comunicación, cultura. Tercer Mundo Editores en coedición con el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) de la Universidad Nacional de Colombia, Primera edición, Santa Fé de Bogotá.

Macpherson, B. (1997) La democracia liberal y su época. Alianza, Madrid.

Merino, Huerta Mauricio. (1993) "Esa incertidumbre llamada democracia". En la revista ENLACE del CNCPyAP. No. 27, Julio-Agosto. México.

Orozco, José Luis. (1995) Sobre el orden liberal del mundo. Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM, México.

Orozco, José Luis y Dávila Consuelo (comps.). (2001) Globalismo e Inteligencia Política. Gedisa-FCPyS-UNAM, Barcelona.

Ortiz, Pinchetti José Agustín. (1994) "Nueva frontera de la lucha por la democracia". En la revista ENLACE del CNCPyAP. No. 33, Julio-Agosto. México.

Pereyra, Carlos. (1990) Sobre la democracia. Cal y Arena, México.

Plano, Jack C. y Olton, Roy. (1985) Diccionario de Relaciones Internacionales. Universidad del Oeste de Michigan-Limusa, México.

Platón. (1969) Diálogos. La República. Porrúa, México.

Rivadeo, Ana María. (2003) Lesá Patria. Nación y Globalización. UNAM ENEP ACATLÁN, México.

Rivadeo, Ana María. (2002) Globalización, nación y democracia: otra nación y otro mundo son posibles. Itinerario de las miradas, Vol.1, no.10. UNAM ENEP Acatlán. México.

Romero, Jorge Javier, et. al. (1995) "Gobernabilidad democrática". En la revista ENLACE del CNCPyAP. No. 37, Mayo-Junio. México.

Rousseau, Jean Jacques. (1969) El Contrato Social. Porrúa, México.

Sartori, Giovanni. (2003) Ingeniería . Constitucional Comparada. Una investigación de estructuras, incentivos y resultados. 3ª. Edición, FCE, México.

Sartori, Giovanni. (2003) ¿Qué es la democracia?. Taurus, México.

Sartori, Giovanni. (1988) Teoría de la Democracia. Tomo 1: El Debate Contemporáneo. Alianza, México.

Sartori, Giovanni. (1965) Aspectos de la democracia. Limusa, México.

Schumpeter, Joseph A. (1961) Capitalismo, socialismo y democracia. Aguilar, México.

Suárez, Iñiguez Enrique. (2001) De los clásicos políticos. 3ª. Edición Miguel Ángel Porrúa -FCPyS-UNAM, México.

Touraine, Alain. (2001) ¿Qué es la Democracia? 2ª. Edición, FCE, México.

Verduga, Vélez César. (2000) Gobernar la Globalización. La historia que comienza. Grupo Editorial Lumen Hvmánitas, Buenos Aires.

Zermefio, Sergio. (2001) La Sociedad Derrotada. 3ª. Edición, Siglo XXI, México.

